

NOE CASADO

TAL Y COMO SOY



Lectulandia

Ryan trabaja como guionista en una exitosa serie de televisión. Allí da rienda suelta a su creatividad, pero siempre intentando no salirse de los convencionalismos. Pero en su vida privada es muy diferente: rompe con las normas establecidas ya que no está dispuesto a que nadie le dicte qué se puede o no se puede hacer. Y menos aún en lo que se refiere a su sexualidad, basada en un único principio: la alternancia.

Para ello, nada mejor que dejar fuera del dormitorio las cuestiones sentimentales, pues de esa forma le resulta mucho más sencillo mirar hacia delante. Sólo una vez se saltó esa norma y tiene muy claro que no volverá a dejarse llevar por sus sentimientos.

¿Quién estaría dispuesta a aceptar una relación en esos términos?

Lectulandia

Noe Casado

Tal y como soy

Serie Gamberra - 2

ePub r1.0

Karras 05.05.2018

Título original: *Tal y como soy*
Noe Casado, 2015

Editor digital: Karras
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Capítulo 1

Normalmente no fumaba, pero aquella noche necesitaba hacer algo diferente y por eso estaba allí, mirando por la ventana la calle desierta mientras se encendía un cigarrillo. Suspiró y cerró los ojos al dar la primera calada.

Debería regresar a su apartamento y, para ello, apenas tendría que avanzar unos metros, incluso podría hacerlo así, sin ponerse nada encima. Miró de reojo la puerta entornada del dormitorio. No se oía nada; lógico, los dos habían caído dormidos al acabar la sesión de sexo desenfrenado a la que lo habían invitado.

Eso era él, el invitado, nada más.

Dio otra calada y apoyó la mano en el cristal; sabía que ésta sería la última vez y todo por un motivo muy sencillo: cuando se hacía un trío, uno de los requisitos fundamentales era que ninguno de los tres participantes tuviera implicaciones sentimentales entre sí y estaba claro que él era el único que cumplía esa norma.

Permaneció en silencio, fumando sin muchas ganas, mirando a través de la ventana pero sin fijarse en nada.

Oyó unos pasos a su espalda y maldijo. Debería haberse largado a su apartamento. No era el mejor momento para buscar pretextos.

—¿No se suponía que estabas molido? —preguntó sin mirar porque sabía de sobra quién era.

—Voy al baño y sí, estoy hecho polvo; entra la fiera y tú, me dejáis para el arrastre.

Ryan sonrió sin despegar los labios mientras continuaba disfrutando de su cigarrillo, aunque no en solitario como era su deseo, pues a los dos minutos tuvo compañía. Para ser un tipo que se preciaba de ser imprevisible para algunas cosas no lo era tanto.

Le observó, a través del reflejo del cristal, caminar en calzoncillos y descalzo hasta meterse tras la barra de la cocina y detenerse junto al frigorífico, fruncir el ceño, hacer como que pensaba, abrir la puerta, poner cara de asco, rebuscar en su interior y acabar sacando una lata.

—¿Una cerveza? —preguntó Patrick todo ufano sacando una para sí y abriéndola con rapidez.

—No, gracias.

Patrick tenía intención de regresar a la cama cuanto antes, pero al ver así al tipo le entró una especie de preocupación que se le pasó a los cinco segundos, pero, como tenía la cerveza a medio terminar, se acercó hasta Ryan con la idea de dedicarle cinco minutos, no más.

—Te veo... ¿nostálgico? —apuntó rascándose el estómago y acercándose a él.

—Un poco —murmuró encogiéndose de hombros. No hubiera utilizado ese término, pero podría servir, ya que tampoco tenía muy claro cómo definir su estado de ánimo.

—¿Desde cuándo fumas? —preguntó Patrick dando por buena la explicación y pasando al siguiente punto que le había llamado la atención.

—Al parecer, desde hoy —respondió con humor.

—¿Tiene aliño?

—¿No se supone que te has reformado? —Ryan se giró y arqueó una ceja ante aquella cuestión.

—¿Yo? ¡¿Estás de broma?! —respondió ofendido por considerar, ni siquiera de lejos, aquella posibilidad.

—No, no tiene nada —le aclaró negando con la cabeza.

—Una pena —dijo Patrick apurando su cerveza, y entonces Ryan se dio cuenta de un detalle.

—Joder, ¿ahora bebes cerveza sin alcohol?

—¿Y qué quieres que haga? —protestó poniendo incluso cara de asco—. Si no paso por el aro, se me pone farruca. Ya sabes cómo es.

—Quién te ha visto y quién te ve —se guaseó Ryan molestándolo aún más.

Se quedaron los dos en silencio. Ya habían agotado los posibles temas de conversación y, por lo tanto, tocaba retirada. El más impaciente de los dos fue el primero en hablar.

—Bueno, ya he hecho de buena persona, te he dado palique, me vuelvo a la cama. Si quieres, te dejamos un hueco.

Al oír aquello, Ryan se dio cuenta de que debía rechazar aquella invitación y ya de paso dejar clara la situación de cara al futuro.

—A partir de ahora os las vais a tener que apañar sin mí —comentó apagando el pitillo.

Patrick se cruzó de brazos y puso mala cara.

—Mañana hablamos —dijo bostezando—. Tengo una edad, necesito descansar.

—No voy a dormir con vosotros —añadió Ryan por si acaso no había pillado el asunto y esta vez sí logró captar toda la atención del actor, porque se lo quedó mirando como si tuviera antenas, fuera azul y acabara de bajar de un platillo volante.

—¿Y se puede saber por qué?

Ryan inspiró. Esto de hablar de lo que a uno le pasa por la cabeza con otro tipo siempre es complicado ya de por sí, pero, si además el sujeto en cuestión es alguien famoso por sus retorcidos procesos mentales, la cosa se pone peliaguda.

—Y no me vengas con mierdas sentimentaloides o similares, que no son horas.

—Por una razón bien sencilla... Cuando entran en juego los sentimientos, todo se va a pique —explicó con suma paciencia.

—Me estoy haciendo mayor o la falta de sueño me hace entender mal las cosas. A ver, que yo me aclare, ¿de qué sentimientos me hablas? —inquirió e intentó no ponerse de mala hostia ante lo que estaba oyendo.

—De Helen y de ti.

—Sigo sin entenderlo. Que yo sepa, en ningún momento me he puesto tontorrón

con ella dejándote a un lado —comentó frunciendo el ceño.

Ryan sonrió; vaya conversación que estaban teniendo, allí de madrugada. Uno en calzoncillos y el otro desnudo.

—Ésa no es la cuestión.

—¿Seguro que sólo tienes tabaco? —insistió Patrick porque, para escuchar cosas así, necesitaba o estar borracho o fumado. Siempre había evitado este tipo de conversaciones con las mujeres y tenía bemoles el asunto que terminara hablando de sentimientos con un hombre.

—Entre vosotros hay mucho más que sexo.

—Ya lo sé —admitió como si no le quedara más remedio—. Y, si te soy sincero, ando un poco acojonado, aunque se me pasará, tranquilo.

Ryan no puso en duda esas palabras, ya que los había observado y sabía que eran bien ciertas. Todavía mantenían una relación muy verde en muchos aspectos, pero al menos se esforzaba por no decepcionar a su amiga y eso ya era todo un logro viniendo de un tipo tan veleta como Patrick.

—De ahí que ya no tenga sentido que siga siendo el tercero —repuso hablando en voz baja, pues prefería que Helen no oyera esa conversación.

—¡Vaya por Dios!, ¿qué tendrá que ver una cosa con la otra?

—Mucho. Y baja la voz.

—Pues no te sigo —se quejó el actor frunciendo el ceño.

—Llegará un momento en el que tú o ella os sentiréis incómodos y no quiero terminar mal con ninguno de los dos.

Patrick, molesto, se acabó su cerveza y fue a por otra, porque al parecer sí iba a tener una de esas charlas íntimas que tanto le repateaban y que siempre había evitado, por comodidad en primer lugar y, en segundo, para no acabar desquiciado.

—Me dejas alucinado; yo pensé que eras más liberal y que eso de los sentimientos y demás tonterías no te afectaban —adujo Patrick intentando sonar despreocupado, pero no lo consiguió.

—No finjas, a ti también te afectan estas cosas.

—Ya lo sé —convino refunfuñando.

—Se nota que es la primera vez que te pasa, ¿eh? —bromeó Ryan para pincharle un poco.

—Pues sí, pero como se te ocurra decirle algo a ella...

—Tranquilo —contestó y así se ahorró lo de «ya lo sabe» y «te tiene cogido por las pelotas»; de ese modo el hombre no se acojonaría aún más.

—Oye, eso que has dicho de los sentimientos... ¿No será que te has enamorado de mí?

Ryan tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para no estallar en carcajadas, aunque, la verdad, podía seguirle el juego.

—¿Y si fuera cierto?

—Admito que tendrías un problema —alegó mostrándose orgulloso pero cauto—.

De momento estoy bien con ella.

—No quiero tener que luchar contra una mujer por tu atención —soltó logrando que Patrick lo mirase entrecerrando los ojos, síntoma de que Ryan podía ser buen guionista pero pésimo actor.

—Me estás tocando un poco los cojones, ¿no?

—Vale, me has pillado —admitió echándose a reír—. Pero lo que he dicho antes es cierto: en ningún momento me he sentido discriminado, pero sé cuándo estoy de más.

—Joder, ¿y dónde encuentro yo ahora un tipo de confianza para que juegue con la fiera y conmigo?

Ryan no daba crédito a aquello. Fingió seriedad con bastante dificultad, porque la cosa tenía su gracia.

—Llama a Ewan —sugirió.

—¿Estás loco? —exclamó negando con la cabeza y poniendo cara de mala hostia.

—Os conocéis desde hace tiempo, ¿no?

—Ése es el problema —murmuró Patrick—. Y sé que no lo haría, se ha vuelto un gilipollas enamorado y convencional. Me tiene hasta los cojones.

—Una pena, sí.

—¡Con lo que ha sido ese hombre!

—Vaya...

—Respecto a lo de estar enamorado de mí... Bueno, tendrás que hacer algo para superarlo —comentó y Ryan supo que haber dicho algo así delante de un tipo con un ego tan descomunal como el de Patrick podía acarrearle consecuencias.

—No te preocupes. Tarde o temprano conseguiré olvidarte —repuso Ryan almacenando aquel diálogo en su cabeza para utilizarlo más adelante.

—Eso espero.

Patrick se acabó su segunda cerveza sin alcohol y, después de tirar la lata al cubo del reciclaje, se dio media vuelta con la intención de meterse en la cama junto a la fiera y dormir bien pegado a ella; ya le contaría por la mañana las malas noticias. Sin embargo, en el último segundo cambió de idea y fue directo a por el guionista.

Ryan parpadeó al notar cómo el tipo le acunaba el rostro con las dos manos y, sin mediar palabra, lo besaba en los labios. Y nada de un beso rápido, no, nada de eso... para su más completa estupefacción, hubo lengua. Por supuesto, respondió encantado.

—Joder, es que se me hace raro... —murmuró Patrick separándose de él—. Hace menos de una hora me estabas comiendo la polla y ahora dices que nos dejas.

Ryan se echó a reír ante su tono manifiestamente dramático.

—Ha sido un placer.

—Buenas noches.

Lo vio caminar decidido hacia el dormitorio y cerrar la puerta. Bien, ya estaba hecho. Como dirían los cursis, «fue bonito mientras duró», aunque en aquel caso no

había sido bonito, sino intenso, muy intenso.

Pero Ryan nunca era amigo de caer en la autocompasión ni en los momentos de bajón, pues eso era el más que probable comienzo de una *depre* en toda regla, así que, sin preocuparse por su desnudez, abrió la puerta que daba acceso a la terraza y se dirigió a su apartamento dispuesto a descansar. Se dio una ducha rápida y menos de quince minutos después estaba dormido como un tronco.

Capítulo 2

Hay mañanas en las que, a pesar de poner toda la buena voluntad del mundo, hay gente que se empeña en joder, y aquélla era una de esas mañanas en las que todo parecía salir mal.

Que se jorobara su ordenador podía aceptarlo, que su becaria olvidara hacer copias de seguridad podía pasarlo por alto (no había sido el caso), pero que su peluquero, en un arranque de creatividad, le hubiera cortado el pelo como si fuera un rapero venido a menos, eso no tenía perdón de Dios.

A primera hora había decidido acercarse para arreglarse las puntas, algo que hacía una vez al mes para llevar su cabello con ese toque desaliñado y ligeramente largo. Visto el resultado, y a pesar de que en su oficina hacía veinticuatro grados o más, él llevaba un gorro tipo estibador de puerto, muy mono, pero que daba un calor de miedo.

—Hola, señor Bradley —susurró la becaria que tenía asignada desde hacía quince días poniéndose en pie al verlo entrar.

Mirna Grant. Veintinueve. Uno sesenta y cinco. Cerca de los setenta kilos. Pelo largo, liso y corte desfasado recogido con una simple goma. Coeficiente intelectual ciento veinte por lo menos. Actitudes sociales, pocas. Vestimenta, elegante y aburrida. La tercera en lo que iba de año. Eso sí, la más eficiente con diferencia, pero también la más educada.

Ryan repasó mentalmente su currículum y sonrió; le habían endosado a la cerebrita y, si bien agradecía cada día que acatará cada orden sin rechistar, estaba hasta las pelotas de que se dirigiera a él como si fuera su padre.

—Mirna, guapa, ¿cuántas veces te he dicho que me llames Ryan? —preguntó con una falsa sonrisa para que la chica pillara el sarcasmo.

—Lo siento, señor... esto... Ryan.

El aludido se dio por vencido y adoptó una postura profesional, no sin antes ponerla a prueba. Quizá había pasado demasiado tiempo con Patrick y se le había pegado su vena sádica, pero es que Mirna era un caramelito.

—Dime qué opinas —ordenó deshaciéndose de su gorro y mostrando el desaguizado que tenía que llevar como peinado hasta que le creciera y pudiera arreglárselo.

—Le favorece, señor —murmuró cohibida y él entrecerró los ojos porque no quería que le lamieran el culo, al menos no en el trabajo. Tenía ojos en la cara y, por tanto, era muy consciente de qué pintas llevaba.

—Joder, no me mientas —refunfuñó—. Y no me llames señor.

—Los de informática ya han solucionado la avería y su ordenador ya está en funcionamiento —apuntó la chica para evitar entrar en el terreno personal.

—Gracias —dijo sentándose en su sillón y reclinándose.

Mirna tragó saliva. Odiaba cuando su jefe hacía preguntas de índole personal

como aquella. Se ponía nerviosa y no quería meter la pata, pues se jugaba mucho en aquel puesto; dependiendo de la evaluación que recibiera, podría o no optar a un puesto mejor.

Ella también se acomodó en su escritorio y se puso a trabajar, lo cual no era sencillo, pues hacerlo con él tan cerca resultaba complicado. Había oído cada cosa del señor Bradley que aún estaba en estado de *shock*. Ella y su novio hacían cosas más o menos atrevidas, pero ¿tanto?

En ese instante su móvil emitió un pitido y miró de reojo para ver de quién era el mensaje. Ryan, que por supuesto se había percatado, dijo:

—Anda, responde al celoso de tu novio y empecemos.

—Yo... —titubeó y decidió no buscar una excusa—. De acuerdo, gracias.

Mirna asintió y leyó con rapidez el mensaje de Stuart en el que la invitaba a cenar. Frunció el ceño, pues era jueves y normalmente eso lo dejaban para el sábado. Pensó en un millón de motivos y acabó por quedarse con el peor: iba a dejarla.

Stuart era uno de esos tipos con éxito, buena cuenta corriente y atractivo. Trabajaba en una sociedad de inversiones, lo que le reportaba buenos dividendos anuales pero pocas horas libres. Se conocieron por casualidad en la boda de unos amigos comunes y desde hacía tres años salían juntos. Todavía no habían dado el siguiente paso, es decir, compartir casa, y era lo que más deseaba, pero Mirna en eso se mostraba más convencional y esperaba que fuera él quien lo propusiera.

Stuart era bastante metódico y entre semana rara vez salían. Procuraban verse, pero siempre dejaban todo para el fin de semana, incluyendo el sexo. Era siempre él quien iba a casa de ella a pasar la noche del sábado y Mirna lo esperaba ansiosa y, por supuesto, dispuesta a hacer lo que él propusiera. A veces se sentía ridícula, pero no protestaba: le quería y con eso estaba todo dicho.

—¿Te has puesto colorada? —preguntó Ryan interrumpiéndola, y ella tragó saliva. No se puede estar pensando en lo que haces con tu novio en horas laborables.

Respondió con un «ok» y se olvidó de que dentro de veinticuatro horas sería una soltera a punto de cumplir los treinta, porque Stuart no podía invitarla a cenar con otro motivo.

Se metió en faena, lo cual le permitió olvidarse de los abandonos y demás. Puso al día el correo profesional del señor Bradley ordenándose y haciendo las anotaciones que creyó oportunas. También entró en su cuenta de *mail* para responder lo más urgente. La mayoría eran referentes a los guiones de los que su jefe era el encargado, hasta que encontró uno que le llamó la atención. No era la primera vez que personas ajenas a la productora se hacían con la dirección de correo electrónico y enviaban sugerencias sobre las tramas y los argumentos de la serie «Platos rotos», pidiendo que este o aquel personaje hiciera esto o aquello, pero lo lógico era que todo derivara en la cuenta que la productora había abierto a tal efecto y que el señor Bradley, al igual que otros guionistas, rara vez miraba. Para eso estaban las becarias como ella, que dedicaban horas y horas a anotar las peticiones de los fans para

después acabar en el cubo de la basura. Pero ese correo le llamó la atención, pues no sugería nada, ni hacía mención a la serie de televisión, sólo pedía hablar con Ryan.

No sé si éste es el medio correcto para contactar contigo, Ryan, pero hace tiempo que perdimos el contacto y me gustaría volver a verte. Me ha costado mucho decidirme, pero por fin me he armado de valor para escribirte. Sé que no acabamos bien, pero ha pasado el tiempo suficiente y hemos madurado como para afrontar lo que nos ocurrió.

Si no recibo ninguna respuesta, daré por hecho que no quieres saber nada de mí.

Marie Crown

Mirna releyó el texto sintiéndose fuera de lugar. Se mordió el pulgar mientras meditaba qué hacer. Por un lado, podía tratarse de alguien importante para su jefe, pero, por otro, también podía ser una acosadora en toda regla. Miró de reojo al señor Bradley, que estaba concentrado leyendo reclinado en su sillón ergonómico y con los pies sobre la mesa.

A pesar de llevar allí poco más de dos semanas, había aprendido muy bien la lección sobre cuándo no se le debía molestar; no obstante, necesitaba una respuesta ya, porque, si esa mujer resultaba ser alguien relevante en la vida de él y lo dejaba para última hora, pagaría las consecuencias; si por el contrario no era más que una loca, también las pagaría.

Ante tal disyuntiva, Mirna decidió que, ya que tenía una bronca asegurada, que al menos fuera por ser diligente. Imprimió el correo y se dirigió hasta la mesa de Ryan. Se aclaró la garganta y esperó a que éste le prestara atención.

Ryan, que a pesar de estar leyendo controlaba los movimientos de su becaria, continuó ajeno a su presencia y al carraspeo. Esa chiquilla debería espabilar un poco o se la iban a merendar. Pasó página y, disimulando una sonrisa, esperó a que ella se decidiera.

—Señor... esto... Ryan... —titubeó moviendo nerviosa un folio entre sus manos.

—¿Sí? —respondió sin mirarla directamente.

—Ha llegado esto a su correo y bueno... he pensado que...

Ryan puso los ojos en blanco. Por favor, que él no se comía a nadie, no en el trabajo, claro. Puede que tuviera algún que otro momento estúpido debido a la tensión, pero procuraba comportarse bien.

—Una de tus ocupaciones consiste en responder, así que, venga, vuelve a tu mesa y sé una chica obediente.

Mirna se puso colorada y Ryan arqueó una ceja. A ver si, con la tontería, ésta se iba a animar ahora y a malinterpretar sus palabras.

Ella de nuevo tragó saliva y le dejó el papel sobre la mesa.

—Me ha parecido muy personal como para ocuparme yo y por eso...

Él agarró de malos modos el dichoso papelito y bajó los pies al suelo. Después le gruñó una especie de «gracias» y comenzó a leer sin prestar excesiva atención, pues estaba acostumbrado a recibir todo tipo de estupideces, de ahí que ni abriera la bandeja del correo corporativo a no ser que no tuviera más remedio.

No obstante, continuó leyendo sólo por tener un motivo de peso a la hora de explicarle a Mirna la diferencia entre importante y superfluo. Estaba a punto de ponerse en pie cuando vio quién firmaba el texto.

Se puso de mala hostia de inmediato. ¿Cómo se atrevía esa hija de la gran puta a ponerse en contacto más de diez años después de dejarle plantado por otro?

—Ahora vuelvo —dijo a su becaria saliendo escopeteado de su oficina.

—¿Dónde puedo localizarlo en caso de que...?

La pregunta de Mirna quedó a medio formular y sin respuesta, pues él ya ni siquiera podía oírla. Tampoco es que se hubiera molestado en contestarla.

Ryan salió al exterior y mandó el jodido gorro a la mierda. Había pocas cosas que le afectaran a nivel emocional y Marie era una de esas notables excepciones. ¿Por qué? Ni él mismo sabría explicarlo con claridad; sin embargo, así era.

Caminó furioso por el polígono industrial hasta llegar al final de la calle y darse cuenta de que ni siquiera había tenido la precaución de coger su chaqueta.

«Desde luego, la de estupideces que puede llegar a hacer un tío cuando una mujer se le cruza», pensó volviendo sobre sus pasos.

—Unos buenos días tampoco estarían de más —se burló una voz conocida.

Ryan, en su intento de llevarse todo por delante y no hablar con nadie, se dio de morros con un actor sonriente, a quien, por lo visto, eso de llegar a primera hora de la mañana seguía sin entrarle en la cabeza, y su colega.

—No estoy para bobadas —le advirtió cediéndoles el paso con un gesto burlón.

—Si quieres hablar de... —sugirió Ewan y se detuvo porque lo miraron como si hubiera dicho una barbaridad.

—Tío, no me jodas —se quejó Patrick mirando a su representante con cara de estupefacción.

—No, gracias —murmuró Ryan manteniendo las formas.

—Te estás amariconando. Joder, que los tíos no quedan para hablar de sus cosas —dijo Patrick con voz de falsete—. Éste es capaz de invitarnos a té con pastas. Ándate con ojo —le aconsejó al guionista.

Ryan les dejó allí plantados porque no tenía humor para nada ni para nadie. Regresó a su oficina y, como era de esperar, nada más poner un pie dentro su becaria se puso en pie, toda solícita.

—Siento mucho que... —balbuceó.

—Tú no has hecho nada, así que no te disculpes —le espetó de malas maneras, de tal forma que la chica se sentó y no dijo ni pío.

Él, enfurruñado con el mundo en general, sopesó las opciones. Podía obviar ese correo, fingir no haberlo recibido y punto; al fin y al cabo, como Marie decía, si no recibía respuesta, ella entendería que no quería saber nada. Pero, y de ahí su malestar, sentía demasiada curiosidad por saber cuál era el jodido motivo por el que se ponía ahora, tras más de diez años, en contacto con él.

Se pasó la mano por el pelo, maldiciendo por lo bajo, pues el día «mejoraba» por

momentos. Sólo le faltaba que apareciera alguien del reparto de «Platos rotos» en plena crisis tocándole los huevos.

Agarró su móvil y jugó con él entre las manos. No se decidía a hacerlo. Si marcaba, y era un *si* condicional muy grande, no tenía muy claro si estaría preparado para hablar con ella. Todavía le dolía, y mucho, cómo se habían desarrollado los acontecimientos.

Que te dejen plantado puede superarse, que lo hagan por un tipo rico... pues también, pero que la chica en la que has depositado toda tu confianza airee a los cuatro vientos tus problemillas o, mejor dicho, tus indecisiones, eso no se le perdona a nadie.

Ryan recordó sus últimos años de universidad, cuando la conoció. En aquella época sólo se acostaba con mujeres, con unas cuantas para ser exactos, sin preocuparse nada más que de disfrutar. Sin responsabilidades, sin malos entendidos. Ellas buscaban lo mismo y nadie salía perjudicado.

En una de las miles de fiestas a las que se apuntaba, coincidió con Marie, la más alocada, la más atrevida, la más... todo, y se la folló. Pensó, como en otras tantas ocasiones, que todo quedaría en un maratón de polvos de fin de semana, pero no fue así y volvieron a coincidir... y lo que empezó siendo casualidad pasó a ser rutina. Por primera vez, Ryan tenía una relación monógama y satisfactoria, pues una de las razones por las que nunca se ataba a ninguna fémina era por miedo precisamente a eso, a la rutina, al aburrimiento, y con Marie eso quedaba descartado.

Ella era una especie de terremoto sexual. Aprendió muchas más cosas de las que hubiera imaginado. Aceptó sin cuestionar muchas de las propuestas que ella le hacía, no sólo por la curiosidad innata, sino también porque se fiaba de su criterio y porque, con veintipocos, todo el mundo es un poco suicida sexual y él no fue la excepción.

Participó de buen grado en los juegos que Marie proponía en privado y también en público, pues comenzaron a frecuentar locales donde podían dar rienda suelta a muchas más fantasías. Para Marie no parecían existir límites y él la siguió sin cuestionar nada.

Una noche, en medio de aquellos alocados juegos, ella le propuso intercambiar los papeles. Ryan, al principio, no comprendió muy bien qué pretendía exactamente, hasta que ella se lo explicó mostrándole para ello un arnés y un enorme dildo.

La primera reacción fue negar con la cabeza; ni loco dejaría que ella le follara por el culo con aquello. No obstante, como cualquier mujer, utilizó todas las armas a su alcance, zalamerías susurradas, promesas calientes y palabras obscenas, que fueron directas a su libido y a su fuerza de voluntad. Acabó sometándose y, lejos de sentirse mal o de aparecer cargos de conciencia, para él supuso todo un descubrimiento sexual.

Marie también se mostraba encantada; alternaban los roles y, como en todo, llega un momento en el que buscas sensaciones más novedosas, más fuertes y todo empezó a descontrolarse. O al menos eso es lo que pensó ella cuando Ryan, en una de esas

noches en las que nada parece tener límite, terminó follando con otro hombre delante de ella.

Le gustó. A él. No a ella, pues, según le confesó después, se sintió por primera vez celosa. Celosa porque había cosas que no podía proporcionarle, y allí se iniciaron los problemas. Ryan, por su cuenta, no se quedó quieto y empezó a engañarla con otros. Si bien luego se lo confesaba y hacía propósito de enmienda, tardaba bien poco en incumplir la promesa.

No entendía muy bien qué le estaba pasando, por qué no se conformaba sólo con acostarse con mujeres, y Marie comenzó a amenazarlo con contarle si no regresaba con ella y se olvidaba de sus amantes masculinos.

Y Ryan aceptó pero no lo cumplió. Seguía buscando emociones más intensas. Tenía tanto que experimentar que acostarse siempre con la misma persona se le quedaba pequeño. Así estuvo unos cuantos meses, follando con su novia oficial y buscando mil excusas para disfrutar de los placeres que sólo podía obtener junto con otro hombre.

Pero, como toda relación de ese tipo, la suya con Marie estaba abocada al fracaso, pues ella era incapaz de aceptar que tuviera otras necesidades o que se encontrara confuso, y ella hizo lo único que podía hundirlo. Tomó fotos a escondidas y después las hizo circular, dejándolo a él en evidencia, y tachándolo de depravado, entre otras lindezas.

Puede que ahora ya le diese todo igual, le resbalaba la opinión de quienes no comprendían su forma de vida, pero, cuando aquello ocurrió, no estaba aún preparado para asumir las consecuencias.

Y para rematar la faena, ella se prometió con el tipo más imbécil de todos sus conocidos. Un niño rico que, por supuesto, no sabía hacer la o con un canuto pero que tenía la vida asegurada bajo el paraguas de un padre multimillonario.

Ryan volvió al presente cuando oyó la voz socarrona de Patrick y el titubeo de su becaria, que no se acostumbraba a ver a un famoso cerca.

—Señor Baker, esto... ¿necesita algo? ¿En qué puedo ayudarlo?

—Nada, guapa, respira, anda —respondió el actor centrándose en su objetivo, para lo que se dirigió a Ryan—. Quiero que escribas una escena en la que le soy infiel a esa petarda —le espetó de malos modos.

—Me parece que voy a aceptar la oferta de Ewan y tener una noche «de chicos», porque, si no, me voy a volver tarumba.

—Ah, pues vale —convino Patrick pasando del cabreo a la tranquilidad en menos de medio minuto.

Capítulo 3

Ryan entró en el *pub* abarrotado de gente y se abrió paso entre los parroquianos que jaleaban un televisor que retransmitía un partido de fútbol. A él le traía sin cuidado, pero había supuesto que la noche «de chicos» transcurriría en un local más acorde con el delicado gusto de Patrick. No entendía cómo un tipo tan quisquilloso con eso de mezclarse con lo que denominaba *plebe* le había citado allí. Logró esquivar al menos tres jarras de cerveza que amenazaban con verter su contenido sobre su preciosa camisa negra hecha a medida. Al principio fue pidiendo paso, pero al final aceptó que, o daba codazos, o no avanzaba; localizó a Ewan al fondo del establecimiento, sentado tranquilamente en un rincón con una pinta a medio beber y leyendo la prensa ajeno a toda la algarabía. Desentonaba como el que más en un lugar atestado de camisetas y bufandas deportivas con su traje hecho a medida, su corbata y su pelo bien cortado y peinado.

—¿Dónde está su señoría? —le preguntó Ryan acomodándose a su lado.

—Ya sabes cómo es —respondió Ewan sin inmutarse y dejando a un lado el periódico doblado en perfecto estado—. Vendrá cuando le dé la real gana.

Ryan alzó la mano para llamar la atención de la camarera y ésta se presentó *ipso facto* con una sonrisa deslumbrante y un botón de la camisa de más desabrochado.

—Otra pinta —le pidió señalando la de su acompañante.

Lo cierto era que, entre ambos, tampoco existía mucha química y Ryan se preguntó qué demonios hacía allí. Claro que habían hablado en más de una ocasión, pero no de temas relevantes, sólo tenían una cosa en común: un actor sibarita e impuntual.

—Vaya par de aburridos sin sustancia —canturreó el rey de Roma apareciendo con una sonrisa impresionante y con la camisa mal abrochada y arrugada.

Ewan levantó su jarra a modo de brindis burlón y Ryan lo imitó.

—Y tú vaya pintas que traes —lo recriminó su amigo señalando con un gesto su ropa en mal estado.

—Échale la culpa a la secretaria de mi hermano; cada vez que me pilla por banda, me subyuga y abusa de mí sin contemplaciones —explicó mientras sonreía a la camarera que rauda y veloz había aparecido otra vez junto a la mesa.

—Una sin alcohol —pidió Ewan por él adelantándose a los deseos de su señoría.

—Y rápido, que vengo seco —añadió Patrick todo impertinente.

La camarera, a pesar de todo, tomó nota y se desvivió por atravesar el local hasta la barra y regresar rápidamente junto a ellos para ganar el premio a la eficacia, esquivando con gracia a los clientes que miraban embobados la televisión de plasma.

—¿No se supone que te da alergia ir al despacho de Owen? —murmuró Ewan en tono prosaico apartándose con educación para que la mujer sirviera sin problemas.

—Pues sí, pero, como está de viaje y no me va a dar la lata con mis responsabilidades, aprovecho para jugar con su secretaria. —Agarró la cerveza que le

acababan de servir y dio un buen trago.

—¿Algo más, caballeros?

—No, gracias, puedes retirarte —respondió Patrick sin mirarla.

—¿Puedo preguntar por qué hemos venido a un sitio como éste? —dijo Ryan mirando a su alrededor.

—Pregúntaselo al divo.

—Muy sencillo —comenzó diciendo Patrick pasando por alto el apelativo sarcástico de su amigo—: aquí todos son tíos, medio borrachos, pendientes del televisor. No nos molestarán.

—Buen razonamiento —convino Ryan.

—Ewan, antes de que se me olvide, ¿estás libre el próximo fin de semana?

—No, ¿por qué? —inquirió el aludido sospechando.

—Mierda. ¡Qué difícil va a ser esto de buscar un tipo de fiar! —maldijo adoptando la típica actitud de quien no ve colmadas sus expectativas.

—Sé que no debería preguntar, pero voy a arriesgarme —murmuró mirando a Ryan, que aguantaba las ganas de reírse a duras penas—: ¿para qué necesitas un tipo de fiar?

—Joder, esto va a ser mundial —se guaseó el guionista sin poder ya contener las carcajadas. Que hablara con tanta parsimonia de un tema así no era para menos, aunque intuía que el abogado era perro viejo.

—¿Para qué va a ser, hombre? ¡Pues para hacer un trío!

Ewan escupió la cerveza al oír aquello. Ryan le pasó un montón de servilletas y Patrick bebió de su jarra sin inmutarse, ni por supuesto ayudar.

—¿Te apuntas o no? —prosiguió impaciente.

—No me jodas —rezongó Ewan—. ¡Se suponía que te habías reformado!

—Se suponía —apuntó Ryan sin parar de reír.

—No puedes hacerle eso a Helen.

—Hablas sin saber —se defendió Patrick.

—Mira que eres gilipollas. Para una vez que haces las cosas bien, quieres estropearlo por un capricho. Si ella se entera...

—Que se va a enterar —murmuró Ryan entre carcajadas.

—¿Tú estás tonto o qué? —protestó Patrick.

—¿Y cómo vas a hacerlo, lumbreras? —prosiguió Ewan, y Patrick negó con la cabeza ante las estupideces que estaba diciendo ese hombre—. Al final te descubrirá y todo por no pensar.

—El que me parece que no piensa eres tú —retrucó dispuesto a ponerlo en su sitio—. ¿Cómo pretendes que haga un trío sin contar con ella? A ver si aprendemos a sumar, que tienes estudios.

Ewan abrió los ojos como platos.

Ryan, a pesar de haber llegado al local bastante alicaído, no podía por menos que agradecer el rato que estaba pasando y las carcajadas. Desde luego aquello era un

guion en toda regla. Estuvo tentado hasta de coger una servilleta y ponerse a escribir, pero, como Ewan las había gastado todas limpiándose, no le quedó más remedio que confiar en su retentiva.

—Me estás diciendo que ella y tú... —balbuceó Ewan intentando encajar las piezas.

—Y que conste que, si te lo pregunto, es porque tengo confianza en ti —continuó Patrick—. Él —señaló a Ryan— se ha dado de baja y, claro, no voy a poner un anuncio en la prensa.

—¿Que tú y ellos...? —El abogado miró alternativamente a uno y a otro, flipando en colores.

—Pero ha llegado el momento de la triste separación —apuntó el guionista repitiendo una frase hecha.

—No pongas esa cara. Ya sé que ahora eres un tipo convencional, pero, joder, aunque sólo sea por los viejos tiempos... —Patrick trató de ganarle para su causa.

—Estás como una puta cabra —se quejó Ewan—. Y cambiemos de tema, por favor.

—Ah, bueno, como quieras —convino el actor—. Ahora vamos a ver si conseguimos que dejes a esa rubia petarda, porque te está volviendo gilipollas.

—Yo pensé que era un simple recalentón —murmuró Ryan.

—Y yo, y yo —lo secundó Patrick con tristeza—. Pero lo tiene cogido por los huevos, amigo mío. Míralo, ya ni es capaz de acudir a la llamada de un viejo amigo. ¡Con la de cosas que hemos hecho juntos!

—No tantas —farfulló.

—Y todo por una rubia siliconada —prosiguió Patrick sin darle tregua.

—Dejad en paz a Maggie, no es asunto vuestro —protestó Ewan llamando a la camarera para pedir otra ronda.

—Lo es, porque estoy hasta los cojones de tener que tocarla y hacer como que me gusta —repuso Patrick—. Lo que no voy a consentir es que, encima, la tenga que aguantar fuera del trabajo.

—Si mi opinión cuenta... —terció Ryan—, desde que están juntos, ella es más manejable.

Patrick bufó y bebió, reservándose la opinión al respecto.

—Lo que tienes que hacer es escribir una escena de infidelidad. Quiero ponerle unos cuernos como una catedral —sugirió el divo—. Con otra rubia, un poco más tonta que ella, para que no sufra tanto. Ya verás cómo sube la audiencia.

—No me lo puedo creer —murmuró Ewan negando con la cabeza ante la sarta de incoherencias que estaba escuchando aquella noche.

—No sé por qué te recomendé que te la tirases... —se lamentó Patrick, exagerando, por supuesto, su disgusto—. Ahora va a ser peor el remedio que la enfermedad.

—Pues haberte estado calladito —replicó Ewan.

—¿Tú le dijiste que se la follara? —preguntó Ryan.

—Era él o yo —respondió el actor—. Y a mí no me hacía ni puta gracia.

—Alucinante. Y luego dicen que yo soy el rarito...

—Ahora que ya hemos sacado toda la mierda a relucir, ¿podemos hablar como personas normales? —dijo Ewan siendo una vez más la voz de la razón.

—Me parece que no va a ser posible —alegó Ryan poniendo cara de circunstancias.

—Inténtalo.

Los tres se quedaron en silencio. Ryan buscó la forma de plantear la cuestión que le tenía amargado desde por la mañana sin caer en sentimentalismos. Tenía claro que dos tipos como aquellos no se escandalizarían, pero tampoco iba a dar hasta el último detalle del asunto. Mientras degustaba su cerveza y agradecía que los parroquianos aprovecharan el descanso del partido para salir fuera, hizo la pregunta:

—¿Os acordáis de vuestra primera novia?

—No.

—Sí.

—¿Cómo no te vas a acordar? —preguntó Ewan mirando al actor, que se encogió de hombros como si la cosa no fuera con él—. ¡Todo el mundo lo hace! —exclamó frunciendo el ceño.

—Oye, no todos somos tan predecibles —se defendió Patrick—. No me acuerdo por la simple razón de que, cuando era un adolescente, no me preocupaba de esas cosas, sólo de follar. Joder, no me miréis con esa cara. A ver si vosotros no pensabais en lo mismo todo el tiempo.

—Pero alguna te haría tilín —apuntó Ryan.

—No, que yo recuerde no —repuso sin molestarse siquiera en hacer memoria.

—Pues yo sí que me acuerdo —explicó Ewan con cierta nostalgia—. Me costó más de cuatro meses llevármela al huerto, pero mereció la pena.

—Vale, ¿y por qué nos preguntas eso?

—Porque una hija de puta con la que tuve, digamos, la relación más importante hasta el momento ha reaparecido y no sé por qué. Me ha mandado un correo, pidiéndome que nos veamos.

—¿Deduzco, por lo de hija de puta, que te dejó por otro? —apuntó el actor.

—Mal asunto —murmuró Ewan con tono mucho más comprensivo—. De todas formas, no pierdes nada por dedicarle cinco minutos y salir de dudas.

—Después la mandas a la mierda, y listo —apostilló Patrick siempre tan práctico.

—No es tan sencillo... —reflexionó el interesado—. Fue una etapa de mi vida muy significativa.

—Oye, esto de contarnos nuestras intimidades me parece un poco ridículo —dijo Patrick haciendo una mueca—. Eso sólo lo hacen las chicas, ¿no?

—Tú cuentas tus intimidades a todo el mundo —le recordó Ewan—. No te quejes tanto.

—El caso es que no sé si quiero verla; me jodió a base de bien.

—¿En sentido literal o figurado? —inquirió Patrick—. Espera, voy al baño, me contestas a la vuelta.

Ryan puso los ojos en blanco.

—No le hagas caso —sugirió el abogado.

—Pero es que ha dado en el clavo.

—Joder... —masculló Ewan salpicándose de nuevo.

—¿Qué tal, chicos? ¿Os pongo otra? —preguntó la camarera apareciendo sin previo aviso y sin pedir permiso se acercó a Ewan para limpiarle con la bayeta.

—Gracias, no hace falta —murmuró éste algo incómodo pero manteniendo las formas.

—Tráenos otra ronda —pidió Ryan.

—De acuerdo. Ahora mismo.

—¿Estoy ya borracho o he visto cómo la camarera te pasaba las tetas por la cara? —dijo Patrick sentándose de nuevo junto a ellos.

—Centrémonos, por favor —pidió el aludido.

—¿Por dónde íbamos? Ah, sí, que una tía te había jodido. ¿Y?

—En ambos sentidos —le aclaró Ryan.

—Interesante... Cuéntamelo todo —adujo Patrick.

Y Ryan les explicó más o menos de qué iba su historia con Marie. Ahora, vista con la perspectiva de los años y la madurez, podía hablar de ello sin sentirse incómodo. Las caras de sus espectadores no tenían precio, pero imaginó que ambos ya sospechaban que no había llevado una vida sexual precisamente convencional.

Lo único que le pareció extraño fue hablar de ello con otros tíos, pues, en general, esto de los sentimientos, las preocupaciones y demás no se compartía con otros de su mismo género, sino con las amigas. Ellas siempre parecían más predispuestas a escuchar y apoyar hasta el final.

—Me dejas sin palabras —murmuró Patrick con un gesto de ¿admiración?

—Cómo si tú no hubieses hecho ese tipo de cosas —le recordó Ewan, que conocía todo su historial y dudaba de que alguien pudiera superarlo.

—Ya, pero es que no me acuerdo ni de la mitad —se lamentó.

—Para estas cosas no existen consejos. Hagas lo que hagas tendrás que asumir las consecuencias —sugirió el abogado con toda lógica.

—Por un lado, el más irracional, sé que debería olvidar. Quedar con ella, ser amable pero distante y punto.

—Pero tu lado más visceral te empuja a ser vengativo —remató Ewan por él.

—Si mi voto cuenta, yo me inclino por la segunda opción —terció el actor, pero lo obviaron.

—Ése es el quid de la cuestión. Quiero quedar con ella, ver si está hecha polvo, con arrugas...

—... con verrugas —apostilló Patrick riéndose—, que da más grima.

Ewan terminó riéndose ante semejante ocurrencia y a Ryan no le quedó más remedio que unirse también.

—Me jodió vivo hablando más de la cuenta —admitió frunciendo el ceño—. No sé por qué, a estas alturas, aún me afecta lo que hizo esa hija de puta.

—Seamos prácticos —sugirió Patrick—. Investígala y luego decide qué hacer.

—No es mala idea...

—Déjate de bobadas y de perder el tiempo —lo interrumpió Ewan.

—A mí esa técnica me salió bien —se defendió.

—Pero éste es un caso diferente. Deja de decir estupideces —atajó el abogado y miró a Ryan—. Llámala, sal de dudas y pasa página.

—¿Ahora es cuando nos damos un abrazo? —preguntó Patrick. Apuró su jarra de cerveza y se puso en pie—. Vaya panda de sensibleros que estáis hechos.

Ryan, más animado tras esa extraña noche «de chicos», regresó a su casa sin tener todavía muy clara su decisión respecto a Marie. Lo único que tenía diáfano era que no iba a dejarse manipular de nuevo ni a permitir que esa zorra le jodiera la vida.

Cuando llegó a su apartamento, se dio una buena ducha para relajarse y, una vez cómodo en su cama, agarró el móvil y, tras darse cuenta de que era más de medianoche, marcó el número de teléfono de ella.

Capítulo 4

No esperaba que respondiese a esas horas de la noche, pero ella lo hizo al tercer tono. Tampoco esperaba que la conversación se desarrollara de manera tan formal; por alguna extraña razón creyó que sería tensa, incluso desagradable, pero no. Discurrió sin altibajos; algo difícil de entender, pues por su parte existía un gran rencor hacia ella.

Ryan murmuró un «soy yo» y ella, tras reconocerlo al instante, respondió con un «¿cómo estás?».

Él respiró profundamente y cerró los ojos, no podía creer que lo estuviera haciendo y, ante su silencio, ella añadió un «no esperaba que me llamasen». Después vino un resignado «tú dirás», seguido del esperado «me gustaría verte».

Todo sin palabras malsonantes, sin enfados. Con largos pero no incómodos silencios entre una frase y otra.

Al final, él remató con un «de acuerdo» y Marie con un «donde tú quieras, estará bien».

Y entre susurro y susurro acordaron verse el sábado por la tarde en un pequeño restaurante cerca de casa de Ryan. Lo había propuesto él por comodidad, así podría largarse en cualquier instante si la cosa se torcía, que a buen seguro ocurriría, ya que, a pesar de hablar con ella de manera correcta, sabía que al verla la cosa cambiaría.

Cuando colgó, Ryan no sabía si darse de cabezazos contra la pared o llamar a alguien para follar a lo loco y olvidarse de todo aquello. Había vuelto a hablar con ella, después de tantos años, y lo peor de todo era que Marie seguía teniendo aquel tono de voz tan sugerente que siempre lograba hacerle perder la razón; algo que ya no podía permitirse. Le costó coger el sueño y, más por comodidad que por otra cosa, decidió no molestar a ningún amigo para desfogarse. Se encargó el mismo del asunto, aunque le llevaron los demonios cuando la única imagen que le venía a la mente mientras se masturbaba era la de Marie insinuándose... provocándolo con ese cuerpo y con esos gestos que podían parecer estudiados pero que él bien sabía que eran innatos.

No había conocido a ninguna otra mujer que supiera sacar tanto partido a su cuerpo. Se tensó con cada recuerdo que le venía a la cabeza sin dejar de meneársela, cada vez con más rapidez. Era de locos que, tras tantos años y una gran putada por medio, continuara poniéndose cachondo al pensar en ella. Pero, por más que intentaba pensar en otros estímulos, se dio cuenta de que fracasaba y sólo la imagen de Marie invitándole a gozar surtió efecto.

Jadeó, cerró el puño con más fuerza sobre su erección y se corrió. Rápido, eficaz y casi indoloro, pues le seguía escociendo, y mucho, su recuerdo. Pero, como no quería estropear el efecto relajante del orgasmo, cerró los ojos. Al final consiguió conciliar el sueño.

Al día siguiente, cuando llegó a su oficina, no le sorprendió ver a Mirna en su

puesto de trabajo tecleando a toda velocidad, así daba gusto. Miró el reloj y suspiró, en menos de una hora tenía una de esas reuniones de contenidos a las que tanto aborrecía ir, en especial porque terminaban siendo una jaula de grillos en la que todo el mundo opinaba y a él le volvían loco con tantas ideas.

—Buenos días, guapa —saludó a su becaria y le advirtió con la mirada que, uno, nada de levantarse y hacer reverencias y, dos, nada de responder algo parecido a «señor Bradley», bajo pena de despido fulminante.

—Buenos días —respondió ella evitando contrariarle.

Ryan tomó asiento tras su escritorio abarrotado de notas de colores y se reclinó en el sillón. Debía revisar los dos últimos guiones. Eso no suponía mayor problema, pues tenía las ideas claras respecto a lo que iba a ocurrir en la serie; el problema era dar un giro argumental, pues tenía la impresión de que ésta se estaba estancando con tanto momento dulce.

La audiencia estaba encantada con las escenas de amor que protagonizaban Ralph y Angélica; sin embargo, a la larga eso podía cansar. Tenía que crearse tensión entre los protagonistas y la sugerencia de la infidelidad hecha por Patrick, que al principio desestimó, cada vez empezaba a gustarle más.

—Necesito tu ayuda —interrumpió a su becaria y ésta de inmediato dejó de teclear para prestarle toda su atención.

—Por supuesto —convino esbozando una sonrisa.

Ryan resopló, ¡no se podía ser tan eficiente!, pero, como le convenía, no dijo ni pío.

—¿Tienes novio?

—Eh... sí —balbuceó poniéndose colorada como la grana.

—¿Cuánto llevas con él?

Mirna, que no entendía el motivo de aquel interrogatorio, se puso nerviosa.

—Pues... —titubeó desviando la mirada.

¿Estaba viendo visiones o su jefe, atractivo a rabiar, intentaba tantear el terreno?

Frunció el ceño; eso no podía ser ni emborrachándolo, pero estaba nerviosa porque Stuart le había hecho una propuesta que jamás creyó que llegaría y lo que venía siendo una relación más o menos formal pasaba a ser más seria. Sin embargo, le había pedido que no dijera nada y, claro, ella estaba ansiosa por proclamar a los cuatro vientos que se iban a vivir juntos y, con su jefe delante, tan guapo como siempre, y ella, que sin saber por qué se hacía unas pajas mentales de cuidado, era incapaz de responder a una pregunta tan sencilla como esa.

—¿No lo sabes? —se burló Ryan acercándose hasta su mesa.

Se percató del rubor de la mujer y sonrió. Vaya con la seria y formal Mirna, ¿a que tenía un lado oscuro como todas?

En realidad no le interesaba averiguarlo, pero él era curioso por naturaleza y, desde luego, ayudaría a saber que su becaria se desmelenaba de vez en cuando.

—Tres años —murmuró finalmente la chica.

—Vale. Podríamos decir que tienes una relación más o menos consolidada. Perfecto.

Mirna seguía aún más perdida que al principio tras escuchar aquella reflexión y esperó a que la sacara de dudas.

—Perdón, pero ¿a qué se debe su interés por mi relación con Stuart?

—Stuart, ¿así se llama? Bah, eso da igual. Vamos al meollo de la cuestión. ¿Le has sido infiel alguna vez?

—¡No! —exclamó con rapidez ante aquella cuestión.

Ryan sonrió de medio lado.

—De acuerdo, eres una chica fiel, pero ¿lo has pensado alguna vez?

—¡No! —volvió a decir con vehemencia.

—¿Nunca? —insistió Ryan burlón porque para él la fidelidad era un concepto desconocido.

—¡Nunca!

—¿Y no te gustaría probar? —insinuó más picarón aún, poniéndola contra las cuerdas.

Mirna abrió los ojos como platos ante aquel despropósito. Negó con la cabeza y pidió en silencio que su jefe no continuara por ese camino, porque iba a terminar de los nervios. ¿Cómo se le ocurrían tantas majaderías?

—Pues... ¡no!

Ryan se echó a reír ante su leve vacilación.

—Vale. Pues entonces hagámoslo a la inversa.

—Tu novio... Stuart, ¿verdad? —Mirna asintió y, como ya no se podía poner más colorada ante la cercanía de su jefe, pues éste se había situado frente a ella, sentado en la esquina del escritorio e inclinado para que la conversación fuera más íntima, se echó hacia atrás intentando mantener las distancias. ¡Por Dios, qué bien olía!—. ¿Alguna vez te ha puesto los cuernos?

—No —respondió y al segundo frunció el ceño.

—¿Estás segura? —la provocó Ryan utilizando un tono aún más ronco, ya que se lo estaba pasando en grande con aquel trabajo de investigación.

—Sí —aseveró, aunque su voz no sonó tan firme como debiera.

—¿Y qué harías si tu novio te fuera infiel? —inquirió desconcertándola por completo.

Mirna tragó saliva. Justo lo que le faltaba ahora. Que alguien le inculcase el virus de la duda respecto a Stuart. Nunca había sido una mujer celosa, pero tampoco tonta, y no tenía ganas de que su relación se fuera al garete por culpa de un tercero que, en este caso y para más inri, era su jefe, con el que ni siquiera había fantaseado una sola vez.

Meditó bien la respuesta.

—O mejor dicho, ¿te gustaría saberlo? —prosiguió él sin importarle lo más mínimo que ella lo estuviera pasando mal.

—No sé a qué viene todo esto —se quejó en voz baja.

Ryan le sonrió. Pobrecita, para ella, como para la inmensa mayoría de los emparejados, la fidelidad era una especie de condición indispensable, pero lo curioso era que sólo en el ámbito sexual, ya que si su novio pensaba en otra mientras se la follaba no lo consideraba cuernos. Si él prefería salir de juerga con sus amigos y dejarla sola en casa, tampoco. Si él fingía estar agotado para no acostarse con ella porque estaba pensando en la vecina, no contaba...

Situaciones que él evitaba admitiendo la realidad, pero tenía que escribir un guion ciñéndose a los parámetros clásicos y nada mejor que contar con el testimonio de una representante del clasicismo de pareja como era su becaria.

—¿Un poco de agua? —preguntó Ryan acercándose a la nevera donde guardaban las bebidas y ofreciéndole un botellín.

Mirna lo aceptó y bebió un buen trago, agradecida sin duda de que tuviera ese detalle con ella cuando se lo estaba haciendo pasar tan mal.

—Gracias.

—De nada. Y ahora sé sincera conmigo. ¿Qué harías si tu novio te fuera infiel?

—Abandonarlo, por supuesto.

Ryan frunció el ceño, eso le servía de bien poco.

—¿Nada más? ¿Sólo dejarlo?

Ella meditó la respuesta y asintió. Si pillara a Stuart con otra, se le caería el mundo encima y estaría tan hecha polvo que no tendría ganas de nada.

—No querría volver a verlo en mi vida —le confirmó.

—¿Sin gritos? ¿Sin recriminaciones? ¿Sin venganzas? —inquirió esperando obtener un poco de inspiración convencional.

—¿Y qué ganaría con eso?

—Buena pregunta... —murmuró Ryan regresando a su mesa, dejándola patidifusa.

Agarró uno de sus blocs de notas de colores y empezó a trazar esquemas. De acuerdo, debía seguir unos cauces a la hora de escribir las escenas de infidelidad. Primero sospechas. De esa forma podría ir tanteando el terreno. Nada mejor para un drama romántico que la inseguridad. Sobreexplotado quizá, pero eficaz. Dos capítulos como mínimo.

Después vendría el día de autos, la consumación de los hechos. Rápido, excitante. Vibrante. Sobredosis de sensualidad. Escenas calientes. Variación de personajes, pues cada vez le resultaba más complicado escribir diálogos picantes entre los protagonistas. Como en la vida real, se perdía creatividad debido a la rutina y la audiencia podría cansarse de ver a los dos tortolitos dedicándose carantoñas.

Siguiente punto: las dudas previas a la confirmación de las sospechas por parte de la persona ofendida. Las escenas de inseguridad, de agobio. El distanciamiento hasta que se demostraran los cuernos.

Y llega el momento álgido: el momento de la verdad. Los peores temores se

confirman. Las pruebas hablan por sí solas. Decepción, sufrimiento. Enfrentamientos... lo clásico en estas situaciones. El público se solidarizará con la víctima. Nada gusta más que señalar al culpable, castigar al malo.

Ryan subrayó varias palabras de sus notas y empezó a enlazar todas aquellas ideas para que tuvieran coherencia a la hora de elaborar el guion. Miró de reojo a Mirna, que seguía concentrada en su ordenador, ahora ya visiblemente más relajada. Desde luego podía haber puesto un poco más de su parte guiándolo por los mundos del convencionalismo, pero no, la chica era sosa hasta para imaginar.

—Tráeme un café —le pidió sólo por el placer de ver cómo cumplía la orden sin vacilación alguna. Algo que él era incapaz de hacer.

—Enseguida —murmuró con su tono más servil.

Mirna salió disparada hacia la cafetería. Ni siquiera le había preguntado cómo lo quería, pero Ryan sospechaba que, desde el primer día, anotó mentalmente sus gustos cafeteros para no fallar.

Mientras esperaba a que su servicial becaria regresara con el café, oyó un pitido y sacó el móvil para ver el mensaje. Desbloqueó la pantalla y comprobó que no tenía ninguno, lo cual no cuadraba hasta que vio el teléfono de Mirna sobre su escritorio.

Nunca había sido especialmente cotilla, pero por alguna razón inexplicable lo cogió y, sin ningún tipo de vergüenza, lo miró.

—Vaya con la ratoncita tímida —murmuró con media sonrisa al leer el contenido del mensaje. Por lo visto su novio «el fiel» tenía planes para la noche del sábado en los que la incluía a ella y a unas esposas de mentira—. Aficionados...

Dejó el teléfono en su sitio; él también tenía planes, sólo que en su caso no eran tan divertidos. A pesar de todo lo previsible que podía resultar la cita de su becaria, la cambiaría sin dudarlo por la que él, sin que nadie pudiera evitarlo, debía atender.

Para no entrar en un bucle de malos pensamientos, posibles soluciones y demás, se sentó delante de su ordenador y, como si le fuera la vida en ello, se puso a teclear. No hizo caso a Mirna cuando le dejó su café, tampoco al teléfono que ella respondió por él. Estaba inspirado y a medida que avanzaba se dio cuenta de que aquello, pese a ser un gran riesgo, daba un vuelco argumental que, desde luego, podría lograr que «Platos rotos» continuara siendo una serie atractiva, sin caer en los tópicos y en el aburrimiento.

—Señor... esto... Ryan... —titubeó Mirna desde su mesa.

Tenía que interrumpirlo y le daba bastante apuro. Él continuaba concentrado en el teclado sin prestar atención a nada de lo que sucedía a su alrededor. Lo intentó de nuevo aclarándose la garganta, pero no hubo suerte. Ya había acabado su trabajo y, a pesar de que no la esperaba nadie en casa, tenía ganas de despejar la cabeza.

—¿Mmmm? —respondió él sin despegar los ojos de la pantalla.

—Sólo quería decirle que ya me voy...

—Ah, vale. Adiós.

Mirna se dio media vuelta dispuesta a salir de allí sin molestar más de la cuenta.

Agarró su bolso, su chaqueta y, procurando no hacer demasiado ruido, se dispuso a abrir la puerta.

—¡Un momento! —la interrumpió Ryan justo cuando había puesto la mano sobre la manilla.

—¿Sí? —dijo toda solícita a pesar del susto que se había llevado.

—Toma esto. —Él abrió el cajón de su escritorio y sacó una pequeña bolsa que lanzó a sus manos.

Mirna la pilló al vuelo sin entender para nada el motivo por el que su jefe le entregaba algo así. No era su cumpleaños, no había hecho nada espectacular como para conseguir un premio y tampoco tenían la confianza suficiente como para hacerse regalos.

Por educación y por curiosidad, lo abrió y metió la mano para ver su contenido.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó avergonzada.

—Dile al atrevido de tu novio que, si quiere que le ates al cabecero de la cama, por lo menos tenga huevos y sea con unas esposas de verdad —soltó Ryan todo ufano, disfrutando incluso con el apuro de la chica.

—Nosotros no... yo no... —balbuceó.

—Sí, claro, como todo el mundo. Anda, vete. Y que pases un buen fin de semana.

Acalorada, sonrojada y hasta un poco excitada, guardó en el fondo de su bolso aquel extraño regalo confiando en llegar a casa y esconderlo porque se moriría de la vergüenza si alguien la pillaba con algo así.

Ryan, sin perder la sonrisa, retomó su trabajo, sin importarle que fuera el único que un viernes por la tarde continuaba en su puesto. Estaba inspirado y ese estado no podía desperdiciarse.

Capítulo 5

Hay quien asegura que la impuntualidad da un toque de elegancia. Ryan no lo tenía muy claro, todo dependía de su estado de ánimo y aquella tarde de sábado no se encontraba eufórico precisamente.

Se arregló para salir. No importaba cuál era el motivo ni a quién iba a ver, él siempre procuraba salir de casa de manera impecable. Se miró por última vez en el espejo e hizo una mueca al ver su pelo aún tan corto. No veía el momento de volver a lucir su peinado en apariencia descuidado porque así, con el cabello tan corto, parecía uno de esos marines norteamericanos de mirada fría e impasible, dispuesto a invadir lo que hiciera falta. Bueno, bien mirado ésa era precisamente la actitud que debía mantener frente a Marie.

Caminó sin prisa por la calle hasta llegar al local, apenas quinientos metros desde su edificio, pero que se le hicieron eternos. Sólo la curiosidad por verla logró que pusiera un pie delante de otro.

—Ojalá tenga verrugas —murmuró acordándose del comentario de Patrick mientras empujaba la puerta de cristal.

El restaurante, a esas horas, aún no estaba atestado de gente, pero lo más seguro era que en breve fueran apareciendo clientes, lo cual resultaría una excusa perfecta para largarse, pues con tanto ruido de fondo no podrían hablar.

Y allí estaba, sin una puta verruga, esperándolo sentada en una mesa para dos, junto a la vidriera; de esa forma controlaba a cada transeúnte.

Marie se puso en pie cuando él se detuvo junto a la mesa.

Él se mordió la lengua; decirle la verdad, que había estado a punto de no acudir, sería caer en el tópico de la inseguridad, un diálogo manido y munición para que ella se sintiera importante.

—Hola, Ryan —musitó con esa voz ronca que le ponía todo de punta.

Ryan se limitó a sentarse y a hacer un gesto para que la camarera se acercara. Pediría cualquier cosa, sólo para tener las manos ocupadas y no estrangularla. ¿Se podía estar incluso más atractiva que cuando la conoció?

—Te veo bien —comentó intentando sonar desapasionado.

Estaba mintiendo con descaro, la veía de puta madre. Llevaba un vestido de punto, sencillo, nada provocativo, pero que, sobre el cuerpo de una mujer como ella, lo que se diseñó para ser modesto cambiaba por completo de adjetivo.

—No sé si decir lo mismo de ti —respondió con media sonrisa y Ryan supo que se refería a su expresión de mala hostia.

«Que las verrugas sean genitales», pensó devolviéndole la sonrisa.

—Vayamos al grano —atajó él para evitar conversaciones que no llevaban a ninguna parte—. ¿Para qué querías verme?

Marie lo miró fijamente.

—Llega un día en que una persona se da cuenta de que ha cometido errores —

Ryan resopló—; no vengo a enmendarlos, sólo a comprobar que las personas a las que hice daño han salido adelante.

—¿Y por qué me incluyes a mí? —inquirió siendo muy consciente de lo que pretendía ella: acallar sus remordimientos y de paso volverle loco.

—Porque te quiero.

—¿De verdad? —No le importó ser irónico tras escucharla.

Marie, que no se sorprendió por una reacción semejante, no insistió. Se limitó a mirarlo. Había cambiado. Ya no tenía ese aspecto aniñado de pelo rubio y cara inocente.

—Sólo quería verte, así, cara a cara. Una vez más. No te pongas a la defensiva.

—No estoy a la defensiva —adujo bebiendo su café.

—Lo estás, pero no importa. No voy a convencerte de nada, ni siquiera a intentarlo. Me conformo con pasar un rato contigo.

Ryan frunció el ceño. Aquella serenidad no cuadraba con la personalidad de Marie, siempre dominante, altiva, organizadora. Se mantenía tranquila, relajada, sonriendo incluso con tristeza.

—De acuerdo, voy a darte el beneficio de la duda. ¿Qué te ocurre? Y no me vengas con el cuento de que has cumplido los cuarenta y te has puesto melancólica.

Volvió a sonreírle sin sentirse ofendida por sus palabras.

—Te veo bien y eso es lo que importa —musitó agarrando su cartera y sacando dinero para pagar las consumiciones.

Marie se puso en pie para después ponerse su abrigo; sin perder la sonrisa, se colocó junto a Ryan y le acarició la mejilla.

—¿De qué coño va todo esto? —inquirió sujetándola de la muñeca porque no quería que se largase de ese modo.

—No cambies nunca, Ryan —murmuró con su tono de voz más ronco—. Ha sido todo un placer verte de nuevo.

Y antes de que él pudiese replicar, liberó su muñeca y lo dejó allí, sentado, confundido y con una sensación de vacío y mala hostia muy difíciles de controlar. Se levantó con la intención de ir en su búsqueda, pero había perdido unos segundos cabreándose, por lo que, cuando salió al exterior, ya no quedaba ni rastro de ella.

No le apetecía regresar a casa y pasar la noche del sábado solo y comiéndose la cabeza con aquel asunto. Marie estaba bien, sin verrugas, pues cojonudo, mejor para ella. No le había comprometido ni pedido nada. Estupendo. Otro capítulo que podía cerrar.

Lo más recomendable para casos como éste era buscar diversión y nada mejor que hallar compañía para pasar un buen rato. Había conocido no hacía mucho a un profesor universitario con el que podía decirse que había conectado de alguna manera, así que no se lo pensó dos veces y lo llamó.

—¿Andrew? —preguntó cuando descolgaron.

—Señor Bradley, qué sorpresa —respondió en tono amable.

Ryan sonrió. Cuánta educación. Lo entendía; sin duda, por su ocupación habitual, estaba acostumbrado a tales deferencias, aunque para lo que tenía en mente las delicadezas podían aparcarse.

—Quedé en llamarte y, como ves, cumplo mis promesas —alegó mientras caminaba sin rumbo determinado por la calle a la espera de que Andrew aceptara quedar con él.

—Supongo que esta llamada no es para hablar un rato conmigo, ¿verdad?

—No —respondió y dejó de andarse con zarandajas.

Le propuso quedar en una hora, en su apartamento, que siempre resultaba más cómodo, y Andrew aceptó sin dudarle.

Ryan regresó a su casa con la intención de esforzarse un poco; la invitación incluía al menos una copa de buen vino y tenía que asegurarse de que disponía de ello. Al entrar en su piso oyó ruidos en el de al lado. Sonrió, por lo visto también iba a haber fiesta.

Comprobó sus reservas de vino y se quedó tranquilo. A buen seguro un tipo como Andrew sabría apreciarlo. Había toda una casualidad en el modo en que se conocieron. Había acudido a dar una charla sobre su trabajo como guionista y al final le invitaron a una comida con los miembros del claustro. Cuando se lo presentaron no advirtió, por ninguno de sus gestos ni de sus comentarios, que tuviera unos gustos tan similares a los suyos. Su forma de hablar, su comportamiento, gritaban a los cuatros vientos «heterosexual convencido». Incluso se fijó en que alguna que otra profesora lo miraba con ojitos tiernos, a lo que Andrew, consciente de todo, respondía con leves asentimientos, pero poco más. Fue más tarde, al levantarse de la mesa y abandonar los formalismos, cuando Ryan tuvo la oportunidad de hablar en privado con él. Al principio la conversación transcurrió de manera casi inocente, pero poco a poco se dieron cuenta de que congeniaban. Ryan jamás lo hubiera imaginado, pero al final de la tarde tenía su número de teléfono grabado en el móvil y la sensación de que Andrew aceptaría una cita.

Oyó voces en el apartamento de al lado, una pareja estaba discutiendo. Resopló. Como no tenía ganas de que su invitado oyera una pelea surrealista, decidió intervenir. Salió a la terraza y en menos de medio minuto se encontraba en medio de un salón igual que el suyo y en medio de una pelea de enamorados.

—Tienes que ir y no se hable más —decía una Helen exasperada a un Patrick apoltronado en el sofá con una cerveza en la mano.

—No. Me aburro.

—Te lo ha pedido tu hermano, ¿qué te cuesta?

—Que vaya él, que es su trabajo —retrucó.

—A ver chicos, ¿qué os pasa?

—Esta mujer pretende que yo —se señaló a sí mismo— vaya a una cena de la Fundación Boston. Así, sin anestesia ni nada. Y encima a presidirla.

—Se lo ha pedido Owen porque está de viaje y no puede asistir —explicó ella con

infinita paciencia.

—¿Y por qué no quieres ir?

—Ya lo he dicho, porque me aburro —insistió cual niño ofuscado y caprichoso.

—¿Y tú por qué no lo convences como debe ser?

—Lo ha intentado. —Patrick se echó a reír—. Por eso estoy en el sofá. Acostumbrándome, porque por lo visto voy a pasar aquí unas cuantas noches.

—¿Y por qué no te vas a tu casa y duermes en tu cama? —sugirió Ryan con toda la lógica de su lado.

—Porque no quiero estar solo y porque me hace gracia eso de que me castiguen.

Ryan se pasó una mano por la cara; tenía que haber algo para que esos dos hicieran las paces y no acabar con dolor de cabeza. Entonces se acordó de una cosilla que a lo mejor funcionaba. Se acercó hasta el actor, se sentó a su lado en el sofá y sonrió.

—Te propongo un trato.

—Te equivocas de hermano, al que le gusta negociar es a Owen, yo no tengo ese gen.

—Yo te escribo una escena de infidelidad alucinante, que deje a todos con la boca abierta, y tú vas a esa cena de gala, deslumbras a la gente, sonríes, sacas un poco a la chica por ahí —señaló a Helen— y después os lo montáis en los servicios.

—Mmmm —murmuró Patrick considerándolo.

—¡Ni hablar! —se adelantó ella.

—Se supone que estamos negociando; joder, Helen, no lo estropees —la recriminó Ryan.

—Y se supone que eres una secretaria eficiente y haces todo lo que tu jefe te pide —apostilló Patrick con recochineo.

—En fin, piénsatelo, ¿de acuerdo? —dijo Ryan incorporándose.

Como estaba claro que no iba a solucionar nada con el diálogo, esperó a que hiciera efecto su chantaje, pero mejor hacerlo desde su propia casa porque su invitado estaba al caer. Los conocía y lo más probable era que antes de una hora las negociaciones hubieran acabado.

No se sorprendió al oír, justo a la hora convenida, el timbre; Andrew tenía toda la pinta de ser formal en cualquier aspecto de su vida, hasta en lo más cotidiano. Ryan confiaba en que dejara los formalismos fuera del dormitorio.

—Buenas noches —saludó Andrew con su tono modulado más académico.

—Anda, pasa —respondió el anfitrión sonriéndole y haciéndole un gesto con la mano.

Andrew le devolvió la sonrisa y le entregó una botella de buen vino.

Ryan le guió hasta el salón. Se metió tras la barra de la cocina y sacó un par de copas; acto seguido descorchó la botella y sirvió el vino.

Andrew se acercó hasta él, cogió una y, con un refinamiento innato, bebió; hizo todo eso siendo consciente de la mirada de Ryan. Sólo los separaba la barra de la

cocina.

—Y, dime, ¿qué tal las clases? —preguntó Ryan a pesar de que le importaba un pimiento el trabajo de Andrew; quería tirárselo, no saber de su vida, pero de alguna manera debía iniciar la conversación.

—Ni de lejos tan apasionantes como el día a día de un guionista de éxito —replicó sardónico.

Ryan, en vista de que las fórmulas de cortesía y las buenas palabras no ayudaban a relajar el ambiente, optó por pasar a la acción. Apuró su copa de vino y salió de detrás de la barra, colocándose tras su invitado, que ni se apartó ni hizo movimiento alguno: se quedó expectante mientras el anfitrión ponía una mano en su nuca, forzándole a bajar la cabeza, y enredaba la mano en su pelo. Andrew inspiró en profundidad y dejó la copa sobre la encimera sin habérsela acabado. Sintió un leve tirón en el cabello y acabó apoyando ambas manos sobre el granito, quedándose a la espera del siguiente movimiento.

—¿Impaciente? —musitó Ryan pegándose a su espalda.

—No —mintió cerrando los ojos ante la proximidad del otro hombre.

—Pues yo sí —aseveró adelantando la pelvis hasta quedar pegado a su cuerpo.

Desde esa posición, Ryan deslizó la mano libre hacia abajo hasta su cintura y de allí la desplazó hacia delante, dejándola justo encima de la bragueta. Presionó lo justo para que Andrew gimiera y de paso colocara la mano sobre la suya para que lo hiciera con más fuerza.

Y Ryan lo hizo, mientras le mordía de paso en el hombro y lo empujaba contra la barra. Desde esa posición controlaba por entero los movimientos y no se anduvo con rodeos. Pasó la otra mano hacia delante y comenzó a desabrocharle el cinturón. Andrew colaboró y se dio media vuelta para quedar frente a frente. Ya no se mostró ni tan sumiso ni tan educado cuando acunó el rostro de Ryan para ir directo a su boca. Para ser un tipo en apariencia tan refinado, le metió la lengua hasta la campanilla, acción que por supuesto el receptor acogió de buen grado. Éste le rodeó la nuca para tenerle mucho mejor amarrado y terminó gimiendo encantado por cómo se estaban desarrollando las cosas.

No fue el único: Andrew pasó de ser un tipo expectante a tomar el mando y lo empujó sin dejar de besarlo hasta que, a trompicones, llegaron a la puerta del dormitorio. Como buenamente pudo, Ryan bajó la manilla y se metieron dentro. Ni siquiera se molestaron en encender la luz.

—Desnúdame —exigió Ryan dando medio paso hacia atrás.

—Faltaría más —convino mostrándose tan excitado como él.

Fue directo a por los botones de la camisa acatando la sugerencia y aprovechó la ocasión para arañarle el pecho con una agresividad que Ryan agradeció siseando gustoso. Mientras recibía aquella excelente estimulación, movió la mano hasta poder meterla dentro del pantalón de Andrew y agarrarle la polla. Eso hizo que su invitado se volviera más agresivo y acabara empujándolo para tirarlo en la cama.

Ryan, sin perder la sonrisa, soltó los botones que faltaban de su camisa y se deshizo de ella, mientras observaba a su amante ocasional desnudarse para él. Desnudo de cintura para arriba se ocupó de sus pantalones y bóxers, y Andrew, que ya se había quitado toda su ropa, se quedó de pie con la boca entreabierta sin quitar ojo del guionista que, recostado en la cama en una postura de lo más seductora, se masturbaba de manera perezosa.

Andrew arqueó una ceja ante aquella escena y se relamió incluso antes de acercarse a la cama. Colocó una rodilla sobre el colchón y se fue inclinando hasta poder atrapar de nuevo su boca. Fue recibido con los brazos abiertos.

—Déjame a mí —jadeó Andrew apartándole la mano para ser él quien lo masturbara.

—Por supuesto —concedió Ryan encantado. Se quedó tumbado boca arriba, acariciándole la espalda mientras él se ocupaba de su erección.

Andrew no se conformó con masturbarlo y se fue deslizándose hacia abajo, dejando un prometedor sendero de besos por su abdomen hasta poder atrapar su polla con los labios.

—Joder... —siseó el afortunado estirando un brazo y enredando los dedos en el espeso cabello de su cita para instarle a que fuera mucho más agresivo, algo que Andrew entendió a la primera.

Con los ojos entreabiertos, y jadeando encantado con las habilidades de las que era receptor, Ryan intentaba aguantar un poco más; sin embargo, con aquella boca tan experta sobre su erección resultaba muy complicado no correrse. Arqueó las caderas, metiéndosela en la boca con más fuerza, y gimió excitado al máximo.

Pero no iba a ser descortés con su amante ocasional como para correrse en menos de cinco minutos, así que se movió, apartándolo de su polla, y con rapidez buscó sus labios, para besarlos con verdadera pasión. Andrew lo rodeó con los brazos y ambos se entretuvieron un buen rato manoseándose mutuamente y rodando hacia un lado u otro de la cama.

Llegó un momento en el que los dos se encontraban tan calientes, tan empalmados, que no podían conformarse con aquello. Ryan sintió cómo un dedo, que hasta ese momento sólo había indagado, se internaba en su ano preparándolo para lo siguiente.

—Sigue... —gruñó dejándose llevar, que era lo que más necesitaba; olvidarse de casi todo. Cerrar los ojos, no pensar.

Andrew lo cambió de posición y lo puso boca abajo, se subió encima y comenzó a besarlos en los hombros, la espalda, sensibilizando cada punto y mordisqueándolo cuando le parecía oportuno, a lo que Ryan no protestó, más bien todo lo contrario; disfrutaba por el simple hecho de no tener que hacer nada.

Las manos de su invitado continuaban, a la par que sus labios, proporcionándole un enorme placer. Besos y mordiscos en las nalgas, sabiendo a la perfección cuál era el paso siguiente. Ryan se estiró hasta la mesita de noche y sacó una caja de

preservativos que Andrew le arrancó, literalmente, de las manos para ponerse uno a toda velocidad.

—Voy a follarte a base de bien —gruñó tras enfundarse.

—Eso espero —jadeó Ryan sonriendo de medio lado ante semejante despliegue de vulgaridad; nada que ver con el refinado profesor universitario.

Éste no perdió el tiempo: lo agarró de las caderas y, con precisión, lo colocó a su conveniencia. No necesitaba ningún tipo de lubricación extra gracias a la del preservativo y colocó su pene de tal forma que, con un simple empujón, estuvo dentro.

—Por fin —gimió clavándole los dedos en las nalgas.

Ryan arrugó la colcha con las manos y se mantuvo quieto el tiempo justo hasta ver qué ritmo imprimía Andrew. Y éste no lo hizo esperar mucho, pues comenzó a penetrarlo con una agresividad que fue bienvenida en todo momento, consiguiendo que jadearan ambos con la misma intensidad.

—Joder, qué bueno... —gruñó Ryan cuando sintió que le agarraba la polla y al mismo tiempo que lo enculaba también lo masturbaba. Una doble estimulación que le puso en el disparador. Eso, sumado a toda la excitación acumulada, hizo que se corriera en menos de tres minutos.

Andrew, con la prueba en la mano de que su amante ocasional ya había eyaculado, empujó con más brío, uniéndose a él apenas un minuto después. Cayó sobre él y se mantuvo enterrado en su cuerpo hasta que, por razones de seguridad, se retiró.

Ryan, ya libre del peso, se puso boca arriba. Recibió un rápido beso en los labios por parte de su cita y observó cómo él se levantaba con cierta impaciencia por marcharse.

—Tengo que irme —se justificó Andrew caminando hasta el cuarto de baño.

Mientras, Ryan se quedó tumbado en su cama, intentando que el efecto poscoital durase lo suficiente para no pensar en ella. Oyó el ruido de la ducha y, si bien podía unirse a él, lo desestimó, ya que, según se desprendía de sus palabras, el tipo quería llegar, follar y largarse. Un *vini, vidi, vinci* de toda la vida.

No le extrañó verlo salir del aseo y vestirse sin dedicar mucho tiempo a secarse. Tampoco iba a preguntarle si iban a volver a verse.

—Te llamaré un día de estos —murmuró Andrew abrochándose la camisa, y Ryan se encogió de hombros.

Una de las ventajas de dejar fuera del dormitorio sentimientos y vivir sólo las emociones referentes al acto sexual era que de ningún modo podía afectarte el comportamiento del o la amante de turno. No se cuestionaba nada.

—Como quieras —respondió tranquilo.

Cuando oyó el clic de la puerta al cerrarse, se levantó, se dio una ducha y cambió las sábanas.

Capítulo 6

—¿Puedo hablar contigo un momento?

Ewan detuvo su paso enérgico, miró el reloj y prestó atención al guionista. Podía permitirse unos minutos y llegar con el tiempo justo a una reunión. En los últimos tiempos parecían ir congeniando. No hay nada como una ronda (o más) de cervezas para estrechar lazos y, como quien le estaba esperando era un cliente al que le olía el aliento y sólo le llamaba por estupideces, bien podía atenderlo.

—Por supuesto —convino amable.

Ryan, que no quería que nadie les oyese, lo llevó a un lado y bajó el tono de voz. Tenía que buscar las palabras exactas, aunque se sentía un poco ridículo, y más teniendo en cuenta que lo que iba a proponerle había sido a causa del consejo de Patrick, y éste no se caracterizaba precisamente por ser el mejor dándolos.

—Verás, ya sé que esto no es muy ortodoxo pero...

—¡Amorcito! —interrumpió una voz cantarina y estridente—. ¡Qué bien que estás aquí!

Ryan se apartó a tiempo, avisado por el ruido delator de unos tacones, porque una rubia muy efusiva saltó al cuello del abogado y éste, rápido de reflejos, dejó su maletín en el suelo y la sostuvo sin problemas.

Y lo que era más desconcertante aún: sonriendo y encantado con ese ataque en toda regla.

—Te veo muy emocionada —murmuró Ewan procurando no dar el espectáculo ante la aparición de su chica, quien por lo visto estaba más contenta que unas castañuelas, porque Maggie, indiferente a todo, comenzó a besuquearlo con verdadero entusiasmo, tanto que el receptor de tales mimos puso cara de disculpas ante el personal que los observaba, pues ella, en vez de elegir un rincón discreto, había saltado a sus brazos en la entrada principal.

—Con el hecho de tenerte cerca es suficiente para ser feliz, *cuqui* —chilló presa de una excitación casi incontrolable.

Ryan miró para otro lado. Mira que era difícil sentir vergüenza ajena, pero con Maggie todo era posible. Tanto azúcar le daba ardor de estómago. La única parte positiva era que la chiquilla, en los últimos tiempos, se mostraba menos petarda y eso facilitaba la vida a mucha gente, entre otros a él, que debía lidiar con sus estupideces y esforzarse por no retorcerle el cuello.

—¡No sabía que estabas por aquí, cielito! —continuó diciendo ella besuqueándole a la vez toda la cara y dejándose como un cromo debido al carmín rojo intenso.

Ryan esperó en silencio. Ni loco interrumpiría aquel idílico momento del abogado con la petarda *star*. Estaba tentado de sacar el móvil y grabarlo, pero, como tenía que hablar de cosas serias con ese hombre, desestimó la idea.

—¿Nos vemos luego a la hora de la comida? —sugirió Ewan con cariño acariciándole el rostro y ella, como una niña buena, asintió, no sin antes darle otro

sonoro beso.

—¡Te estaré esperando, *amore!* —exclamó tan ilusionada como si el bótox fuera un medicamento cubierto por la sanidad pública.

—Te recojo después... —musitó Ewan ayudándola a ponerse de pie y sonriéndole.

Ryan observó a la parejita de tortolitos y después a ella caminar casi dando saltitos mientras lanzaba besos a su amado por encima del hombro. Ver para creer.

—Ni una palabra —le advirtió Ewan recuperando su maletín del suelo, porque a buen seguro le iría con el cuento a Patrick y éste se burlaría sin piedad al menos durante dos meses.

Ryan hizo el gesto universal de mis labios están sellado antes sacar algo de su bolsillo.

—Toma —Ryan le entregó un pañuelo de papel—, límpiate el carmín y arréglate la corbata.

—Gracias —masculló aceptándolo.

—No te preocupes, no diré nada —prometió aguantándose las ganas de reírse.

No le extrañaba que Patrick, con todo el asco que le tenía a ella, se burlara sin piedad de su amigo. Seguía sin comprender cómo un tipo como Ewan, discreto y educado, mantenía una relación con la petarda *star*, la antítesis de la discreción... y, por qué no decirlo, del buen gusto.

—¿De qué asunto querías hablarme? —preguntó el abogado recuperando su aspecto pulcro y elegante, reconduciendo así la conversación a un punto seguro.

—Esto debe quedar entre nosotros, ¿de acuerdo? —murmuró en tono confidencial.

—Por supuesto —accedió como todo abogado bien entrenado y acostumbrado a oír de todo y ser discreto—. Te escucho.

—Quiero que investigues a alguien.

Ewan puso los ojos en blanco.

—¿Es una moda o un virus contagioso? —inquirió con sarcasmo, su tono más habitual y no el empalagoso que utilizaba con Maggie.

—Una necesidad —respondió como si le disgustara admitirlo, pero, tras meditarlo, no mucho, sólo un poco, había llegado a la triste conclusión de que era la opción menos mala.

—De acuerdo —convino negando con la cabeza ante aquella estupidez—. Supongo que se trata de una mujer, ¿verdad?

—Supones bien.

Ryan le facilitó los datos de los que disponía mientras Ewan iba haciendo anotaciones. Por supuesto se abstuvo de preguntar el motivo de su petición, ya que por lo general ese tipo de cuestiones son absurdas y, como tampoco existía un alto grado de confianza entre ellos como para hacérselo saber, se limitaría a cumplir el encargo y luego pasaría la minuta.

—Me pondré a ello enseguida.

—Esto... una cosa, no quiero saberlo todo sobre su vida, sólo los últimos diez años —le aclaró para ir directos al meollo de la cuestión.

Ewan adoptó una postura reflexiva y achicó los ojos. Para realizar un trabajo de manera adecuada debía conocer todas las variables, así que decidió perder diez minutos y enterarse de lo que el tipo ocultaba.

—Por tus palabras deduzco que ya sabes una parte... —comenzó con un tono que implicaba que Ryan acabara la frase.

—De acuerdo, ¿para qué esconder lo obvio? —se preguntó a sí mismo resoplando—. Es la mujer de la que os hablé.

—¿La de las verrugas? —inquirió con sarcasmo recordando el jocoso comentario de Patrick.

—Muy gracioso. Sí, ésa. Y no tiene una jodida verruga —masculló como si ese hecho le molestara—. Necesito saber qué ha hecho estos últimos años. Sé que se casó y que trabajaba en la empresa de su marido.

—¿Alguna cosa en particular?

—Todo —aseveró, y después se dio cuenta de que aquello era muy peligroso, pues ¿de verdad quería saberlo todo de Marie? Y lo que podía ser más preocupante... ¿estaba preparado para ello?

—Muy bien. Te mantendré informado.

Ryan, sin estar muy convencido de que ésa fuera la forma más correcta de actuar, se encaminó hacia su despacho mientras le daba vueltas a todo ese maldito embrollo. Estaba pensando en ella más de lo que se merecía. Llegó a la conclusión de que, cuando uno cree haber superado un bache, sólo se engaña a sí mismo, pues al menor contratiempo reaparecen los malos rollos del pasado.

—Buenos días, señor... esto... Ryan —canturreó Mirna al verlo entrar, intentando, sin éxito, sonar amistosa, pero no perdía el tono formal ni ensayando.

—Buenos días —respondió de manera distraída porque lo cierto era que tenía la cabeza en otro sitio.

—He dejado los mensajes sobre la mesa.

—¿Algo importante?

—Lo de siempre. Ah, y el señor Mills quiere verlo.

—¿Te ha dicho el motivo?

Ryan, ante el silencio de su becaria, por fin se dignó a mirarla. Ésta parecía incómoda. Él se recostó en su sillón y adoptó una pose un poco de perdonavidas. Quizá se le estaba pegando el cinismo de cierto actor, pero la verdad era que disfrutaba poniendo a prueba a Mirna.

—Estoy esperando... —murmuró instándole a seguir hablando.

Ryan conocía muy bien al dueño de aquella jaula de grillos, también llamada productora, e imaginaba por dónde iban los tiros.

—Quiere reunirse contigo porque...

—¿Sí?

—Ha dicho que... —Mirna tragó saliva.

—Estoy esperando —la provocó.

—Ha dicho que... —comenzó de nuevo—... es un jodido marica, aspirante a guionista, con la inspiración justa para escribir una esquela, que últimamente desvaría más de lo normal —recitó Mirna haciendo una mueca y añadió como si ella fuera la responsable—: Lo siento.

—Ah —suspiró sonriendo de oreja a oreja—, veo que ha leído lo que le envié. ¡Qué sentido del humor tiene este hombre!

—¿No... no te enfadas?

—¿Por qué? ¿Por decir la verdad? —replicó sin perder el buen humor.

—Pero si ha dicho que...

—John es un amor, no te preocupes. Llámalo y dile que subo a verlo en media hora.

—De acuerdo —convino poniendo cara de no entender absolutamente nada de aquello, como en efecto así era.

Ryan terminó de hacer un par de anotaciones y correcciones antes de acudir al despacho del jefe. Por supuesto estaba dispuesto a defender sus ideas a muerte, ya que no sólo era bueno dar un giro argumental a la serie, sino enfocarla de otro modo, no tan arquetípica como el resto de producciones similares.

Saludó a la secretaria de Mills y, pese a que lo estaban esperando, llamó con los nudillos; cualquier efecto era bueno para crear expectación.

—¡Adelante! —bramó John impaciente.

—¿Se puede? —bromeó Ryan sonriendo y asomándose al despacho.

—Deja de perder el tiempo y explícame qué coño has escrito aquí.

Ryan, sin perder el buen humor, fue desgranando lo que serían los próximos capítulos de «Platos rotos» con una actitud positiva y logrando que su jefe, que se caracterizaba por no estancarse y saber escuchar, se fuera interesando cada vez más en el punto de vista, renovado por completo, que le ofrecía el guionista.

Y así, tras más de dos horas de intensa dialéctica en las que discutieron todo y más sobre los inconvenientes y las ventajas de realizar esos cambios en la serie, Mills terminó aceptando que era una idea cojonuda y que el único problema que veía era explicar a los actores dicho cambio. Ryan se comprometió a ser él quien informara de ello.

Así que, sonriente por haber logrado su objetivo, con el jefe calmado y él inspirado, decidió regresar a su despacho. Como se sentía de puta madre, hizo un alto en el camino para pasar por la cafetería y así acercarle un café a su secretaria, que no pasaba nada por intercambiar los papeles; además, la chica se lo merecía.

—Te he dicho que no puedo...

Ryan se detuvo junto a la puerta con los dos vasos de café en la mano y, aunque era sabedor de que está muy feo escuchar a escondidas, sintió curiosidad, ya que el

tono de Mirna indicaba que era algo, si no molesto, sí al menos preocupante.

—Yo trabajo, Stuart... —continuó en ese tono servil y de disculpa que lo enervaba.

Vale, estaba hablando con el novio, a quien no conocía y al que ya había cogido tirria porque ella, tras hablar con él, se quedaba alicaída y eso nunca es buen síntoma en una relación de pareja donde se supone que el uno es el apoyo del otro. Ryan no poseía mucha experiencia al respecto, pero lo que sí tenía claro era que, si la otra parte te anulaba o te dejaba hecho polvo, no se podía continuar.

—¡Es importante para mí y lo sabes! —exclamó intentando convencerlo.

Ryan, cansado de aquello, entró en la oficina y dejó el café, seguramente ya frío, sobre el escritorio de su becaria y le arrebató el teléfono.

—Una cosita, guapo —soltó al auricular con un tono de *machoman* perdonavidas superhéroe de esos que provoca que a ellos les entre el miedo y a ellas las pone cachondas—, Mirna —y pronunció el nombre de ella como si fuera *miss* universo y él quien se la beneficiara— y yo tenemos muchas cosas que hacer hoy, así que no jodas.

Colgó y dejó el terminal sobre la mesa de la becaria, adoptando de nuevo una sonrisa cordial de chico guaperas e inocente.

—¿Por qué has hecho eso?

—Porque ya me estaba tocando un poco los cojones verte como si tuvieras quince años y tu primer novio te estuviera dejando —respondió.

—Era... era una conversación privada.

—Ya me había dado cuenta —comentó acomodándose en su sillón ergonómico ajeno al malestar de la muchacha.

—Stuart va a...

—¿Enfadarse? —dijo con guasa—. ¿Dejarte? —continuó en el mismo tono.

Se abstuvo de añadir que saldría beneficiada si ese imbécil renunciaba a ella, pero, como todo buen manipulador, dudaba que llegara a hacerlo.

Mirna inspiró profundamente para no llorar. Su jefe no tenía derecho a inmiscuirse en su vida personal. Se podía haber limitado a reprenderla por hablar con su novio en horario laboral, pero nada más. Ella podía manejar, más o menos, a Stuart.

—Mira, ya sé que no me concierne, pero, joder, ese tipo te estaba poniendo de mal humor.

—Sólo quería que lo acompañase a una comida de trabajo... —murmuró con cara de tristeza.

Ryan frunció el ceño. ¿A ver si había metido la pata hasta el fondo?

—¿Y por qué te mostrabas tan afectada? Con habérmelo comunicado, bastaba. No me importa que te vayas una hora antes para llegar a tiempo.

—Yo... es que... —titubeó y él se cruzó de brazos esperando oír una excusa decente—. No quería ir y...

—O sea, que no quieres ir con tu novio a una comida de trabajo y le pones como excusa que estás muy ocupada. Él se cabrea, tú no sabes qué más alegar y yo termino metiéndome donde no me llaman por intentar ser el héroe que rescata a la chica del apuro. —Mirna asintió—. ¡Joder!

—Lo siento.

—Da igual —refunfuñó.

Se puso a trabajar en sus cosas, pero a los cinco minutos el gusanillo de la duda no dejaba de aparecer. ¿Cuál era la causa por la que ella prefería no ir? Y, claro, como la mejor forma de averiguarlo era acudir directamente a la fuente, se decidió a preguntar, no sin antes pensar durante medio minuto en la inconveniencia, ya que de nuevo se iba a meter en medio de una riña de enamorados, cosa que no había hecho casi nunca, a no ser que estuviera aburrido, que no era el caso. Y aun siendo consciente de que meterse en medio era como separar a dos borrachos, es decir, te llevabas el botellazo, formuló la pregunta.

—¿Y por qué no querías ir?

Mirna, sobresaltada, apartó la vista de la pantalla y lo miró.

—¿Perdón?

—Con tu novio, me refiero.

—Ah, eso... pues...

—Mirna...

—Me aburro. Esa gente me pone nerviosa. Sólo saben presumir de cuánto ganan, del último coche que se han comprado... Te miran por encima del hombro.

—¿En qué trabaja Stuart? —inquirió haciendo una mueca y preparándose para lo peor.

—En una sociedad de inversiones —respondió con tono de disculpa.

—Entendido —murmuró comprendiéndola a la perfección.

Él había salido, bueno, follado, con un corredor de bolsa que, sin cortarse un pelo, se lo montaba con la CNN de fondo por si surgía alguna noticia a nivel mundial que influyese en las cotizaciones.

—Son los peores en la cama —añadió de manera prosaica y la pobre Mirna se sonrojó.

Capítulo 7

A Ryan no le importaba ir de compras, es más, disfrutaba haciéndolo, pero no las obligadas compras de supermercado. Tenía que llenar la despensa y había aprovechado un sábado por la tarde libre para ello. Por supuesto, conocedor de que era el peor día de la semana. Carros por doquier, niños sueltos sin vigilancia, ancianos paseando por los pasillos... un caos del que esperaba salir cuanto antes.

Por descontado, ni loco iba a ir cargado con las bolsas, así que se ocupó de dar la orden para que se lo llevaran todo a casa, pagando un importante recargo para que fuera durante esa misma tarde. «Un dinero bien invertido», pensó tras firmar el comprobante de la tarjeta de crédito.

Así que, con la odiosa tarea doméstica finalizada, sin un plan para la noche, sin muchas ganas de llamar a nadie y sin noticias de Ewan y sus pesquisas, decidió que, por primera vez en muchos años, pasaría un sábado noche solo en casa. Tenía lecturas atrasadas, películas por ver y un excelente vino que saborear. Se dirigió hacia el *parking* para coger su moto y marcharse a casa; desde allí encargaría comida a domicilio y la velada sería perfecta.

Estaba a tan sólo tres calles de la suya cuando, al detenerse en un semáforo, vio una figura que le resultaba familiar. Caminaba despacio, con la cabeza baja, un vestido tres tallas más grande como mínimo, el pelo recogido en una anodina coleta como siempre y el bolso en bandolera cruzado de cualquier manera. Ausencia total de estilo. No obstante, ése debía ser el menor de sus males, pues vio que, además, se limpiaba los ojos, síntoma inequívoco de que, o bien había pillado una conjuntivitis, o había llorado.

El semáforo se puso verde y él debía reiniciar la marcha, era una señal de que no debía meterse en la vida ajena; sin embargo, le entró una especie de súbita responsabilidad, por lo que acabó estacionando la moto junto a la acera para poder apearse e ir tras ella. Su intención era limitarse a saludarla, comprobar que estaba bien y volver a su plan inicial de pasar una noche de sábado tranquila.

—¡Señor Bradley! —exclamó sobresaltada cuando él se puso a su altura. Era a la última persona que esperaba encontrarse. Se pasó la mano por la cara, para apartar los mechones rebeldes, y rezó para que sus ojos ya no estuvieran tan rojos.

—¿Otra vez con eso? —protestó sonriéndole.

—Lo siento, de verdad.

—De acuerdo, no pasa nada. ¿Estás bien? —Ella asintió y Ryan compuso una expresión de «no te lo crees ni tú». Al menos finge un poquito mejor, nena.

Mirna tragó saliva. No estaba en su mejor momento y, si ya resultaba difícil comportarse con normalidad en el día a día, encima hoy se encontraba de bajón tras una pelea morrocotuda con Stuart.

—De acuerdo, he discutido con mi novio e iba de camino hacia una pizzería aquí cerca a ahogar mis penas en hidratos de carbono —respondió y se arrepintió en el

acto por haber sido tan sarcástica.

Ryan sonrió de medio lado. Menos mal, al fin una señal de que no era tan modosita como aparentaba. Miró el reloj; de acuerdo, se acercaba la hora de la cena, así que se lanzó:

—Venga, cometamos una locura calórica juntos.

—¿Perdón?

—Ven a mi casa, encargaremos comida rápida, beberemos tranquilamente y escucharé tus pestes sobre Stuart.

—¡No quiero criticar a Stuart! —bufó.

Para no ponerse a discutir con ella en la calle, y ya que en parte se le podía considerar responsable de su enfado con el novio, la agarró del brazo y la acercó hasta su moto. Le entregó el casco que sacó del portaequipajes y, como ella parecía estar en otro planeta, se lo colocó y le señaló el vehículo de dos ruedas como si fuera un blanco corcel en el que huir de las penalidades hacia el reino de la fantasía.

Mirna, que era incapaz de articular palabra, se vio subida de paquete y agarrada a la cintura de su jefe mientras éste conducía con tranquilidad. El vestido de punto se le había subido hasta medio muslo y seguramente su culo, en aquella posición, daba la impresión de haberse multiplicado por dos, pero ése era el menor de sus males.

Stuart iba a dejarla.

Cuando entró al apartamento de Ryan, siguiéndolo como una mansa corderita, su instinto dio la voz de alarma. Aquello no estaba bien por un simple y sencillo motivo: confraternizar con su jefe, es decir, contarle sus penas, terminaría interfiriendo en su relación profesional. Pero estaba siendo tan amable con ella que le daba apuro marcharse.

—¿*Pizza* entonces? —inquirió él moviendo el teléfono antes de marcar.

Ella asintió mientras se recordaba a sí misma que podía cenar y no necesariamente contarle sus penas, ser amable pero distante. Al día siguiente intentaría arreglar sus problemas con Stuart y no era menester tener la cabeza llena de pájaros.

Mientras esperaban la cena, Ryan dispuso la mesa; tampoco se hubo de esforzar en demasía y tuvo la cortesía de no interrogarla, lo cual en principio le venía a ella de perlas pero, tras diez minutos de incómodo silencio, incluso hubiera agradecido tener que hablar, aunque se tratara de una conversación forzada.

Él, por su parte, en vista de que aún no tenían la confianza suficiente como para hablar en libertad, decidió comportarse como un buen anfitrión y no atosigarla. Para ello, escogió temas de conversación inocuos que le permitieron conocerla un poco más, pues lo cierto era que apenas sabía de su vida más allá del trabajo.

El repartidor de la pizzería y el del supermercado hicieron acto de presencia a la vez, rompiendo un poco el tenso ambiente, y ella, por tener las manos ocupadas, lo ayudó a ordenar la compra.

Comieron sin mayores contratiempos, charlando de esto y de aquello pero sin más

complicaciones hasta que la *pizza* se acabó.

—Gracias por la cena —murmuró Mirna levantándose para regresar a su casa, no pegar ojo en toda la noche e idear el discurso apropiado para, al día siguiente, arreglar las cosas con Stuart.

—Te conformas con muy poco —murmuró él y no se refería a la cena.

Ella no captó, o no quiso captar, la insinuación.

—Y gracias por el vino —añadió, ya que hasta ella se había dado cuenta de que esa botella debía de costar diez veces más que la *pizza* familiar. Una aberración culinaria.

—Termínate la copa por lo menos —pidió levantándose para acercársela.

—De acuerdo —convino y se bebió de un trago todo el contenido.

—¡Joder, qué ímpetu! —exclamó riéndose y comprendiendo la actitud de ella, que a las claras decía «me quiero largar de aquí»—. Anda, sentémonos en el sofá. Tienes que contarme unas cuantas cosas, ¿me equivoco?

Mirna, disimulando su malestar pues no le apetecía hablar con nadie de sus cuitas amorosas y menos con su jefe, terminó sentándose con otra copa de vino en las manos. Él hizo lo mismo y eso la puso más nerviosa.

—Hagamos un cosa —propuso él con la idea de facilitar la conversación—. Me cuentas tus pesares, yo te doy mi opinión como si fuera sólo un amigo. La versión masculina del asunto, podríamos decir. ¿Estamos? Olvídate de todo lo demás.

—Vale —admitió sin estar convencida de ello.

—Te escucho.

Ella suspiró, dio otro trago de vino y volvió a suspirar. Ni de coña iba a poder olvidarse de con quién estaba hablando. Lo miró de reojo; esto no podía funcionar. Pero si algo había aprendido trabajando para él era que, cuanto más se obstinara ella en evitarlo, más se empeñaría él en sonsacarla; así pues, consideró que lo mejor era decir algo.

—Stuart me ha pedido que nos vayamos a vivir juntos —musitó.

—Mmmm... ¿Y eso es malo?

—Depende —dijo en voz baja.

—Mirna, así no vamos a ningún sitio —indicó al ver que la chica se mantenía a la defensiva—. Habla con libertad. Piensa que puede ser una buena terapia contarle todo a un hombre y ver su punto de vista.

—Vivir juntos es algo que siempre he deseado —continuó ella pensando que a lo mejor Ryan tenía razón. Total, de perdidas, al río—. Pero...

—¿Sí? —murmuró él atento a cada una de sus reacciones y rellenándole la copa de vino.

—No por los motivos que él quiere.

—Que son...

—Su empresa. —Bebió, cerró los ojos un segundo y continuó—: Tienen una especie de predilección por los empleados que mantienen una relación estable. Creen,

no sé por qué, que los solteros son más... volubles y que tienen más facilidad para echarse a perder.

—Gilipollas...

—Yo también pienso así. El caso es que Stuart quiere ascender y nada mejor que presentarse antes sus jefes como un hombre comprometido.

—Y tú no estás por la labor.

—Hubiera aceptado de no ser por...

—¡No me jodas, Mirna!

—Oye, cada uno tenemos nuestras ilusiones y la mía es formar una familia. ¿Qué importa la causa?

—De acuerdo, perdona —se retractó al darse cuenta de que estaba juzgándola bajo sus propios parámetros, los cuales, por supuesto, sólo le servían a él.

—A pesar de todo, he aceptado, aunque... —se detuvo, nerviosa porque era consciente de la impresión de paleta que estaba dando.

—Sigue.

—Hay algo que no pienso aceptar. Por mucho que me lo pida. No voy a renunciar a mi trabajo.

Ryan puso cara de «¿de verdad a estas alturas hay idiotas de ese calibre sueltos por el mundo?».

—Ya sé que no te va a gustar lo que te voy a decir, pero déjalo. Joder, Mirna, por el simple hecho de habértelo pedido ya es motivo suficiente para mandarle a paseo.

—Llevamos tres años juntos —lo defendió ella como si eso lo explicara todo—. No puedo dejarlo así como así. Al final entenderá que mi trabajo es importante y lo respetará.

—Lo que hará será ceder en apariencia y luego, poco a poco, ir convenciéndote —aseveró negando con la cabeza ante la ingenuidad de su becaria.

Mirna frunció el ceño, quizá reflexionando las palabras de su jefe.

—No lo creo... —musitó sin sonar convincente.

—Hazme caso. Los tipos así no cambian de la noche a la mañana. Te chantajeará sin que te des cuenta. En cuanto te quedés embarazada, será el final de tu vida laboral.

—Menudo plan que me estás pintando —refunfuñó bebiendo vino, más del que debería.

Ryan, que no era lo que podía decirse paradigma de la responsabilidad, se inclinó para quitarle la copa. No deseaba que terminara borracha. Su intención era que se soltara un poco, no que acabara vomitando en su salón.

Dejó la copa sobre la mesita de centro y por inercia volvió a inclinarse sobre ella. La miró fijamente, como si fuera la primera vez que la veía o, mejor dicho, como si se fijara por fin en su rostro, no como su becaria sino como una mujer.

—Suéltate el pelo —murmuró en un tono casi peligroso o al menos así es como lo interpretó ella, que se echó hacia atrás todo cuanto le permitió el respaldo del sofá.

—¿Perdón? —farfulló atónita.

—Suéltate el pelo, quiero verte sin esa anodina coleta —insistió él con el mismo tono, que por cierto no presagiaba nada bueno.

Como ella parecía incapaz de reaccionar, fue Ryan quien estiró el brazo y le quitó la goma elástica con la que se sujetaba el cabello. Después, enredó los dedos y comenzó a peinarla, comprobando que lucía un aspecto infinitamente más atractivo.

Mirna continuaba en un estado de trance, pues, si bien una vocecilla le decía «sal de aquí pitando», no era capaz de reaccionar y se mantuvo quieta, casi como un pasmarote sin vida propia, y él se inclinó aún más, y más...

—No irás a...

Ryan, serio, la besó, y ella, que no podía apartarse, abrió los ojos como platos pero no separó los labios porque aquello debía ser producto de la ingesta de alcohol o de algún sueño febril. Cuando él se apartó, no lo suficiente según su criterio, respiró aliviada durante diez segundos, pues le acarició los labios con el pulgar. Mirna, inmóvil, tensa de arriba abajo, con los brazos pegados al cuerpo porque la idea de tocarlo, aunque fuera por error, se le antojaba improbable, le sostuvo la mirada intentando, a contrarreloj, entender el motivo por el que su jefe había acabado besándola.

Y él, que no tenía ninguna otra cosa mejor que hacer, o por alguna perversa razón como sacarla de su error, se acercó de nuevo y, en la segunda ocasión, en la que no pensaba permitir que ella se quedara inmóvil, lamió primero sus labios, desde la comisura hacia el centro, invitándola a separarlos para él... porque todo era cuestión de insistencia, ya que en un momento u otro ella le daría paso y, en cuanto eso ocurrió, Ryan le metió la lengua sin contemplaciones.

Mirna gimió. No sólo por la sorpresa, sino porque hacía demasiado tiempo que no la besaban de esa forma, mezcla de insistencia y de experiencia.

—Ábrelos —ordenó él porque, para que todo funcionara, al menos esperaba que pusiera un poco de su parte.

Con timidez, Mirna obedeció y de esa forma todo se tornó más intenso. No la besaba como un paso obligado para dar el siguiente como solía hacer Stuart.

—¡Stuart! —exclamó empujándolo al darse cuenta de la estupidez que estaba a punto de cometer. Bueno, que ya había cometido.

Y Ryan, lejos de sentirse ofendido por la mención de ese gilipollas, se volvió más agresivo. Colocó la mano tras su nuca para tenerla bien sujeta y de ese modo pudo ir recolocándola a su antojo hasta tenerla recostada sobre el sofá y él encima dispuesto a no conformarse con un beso, por muy intenso y apasionado que fuera.

—No puedo hacerlo —suspiró a medio paso de la rendición, pues lo cierto era que le resultaba muy complicado apartarlo.

—¿Has oído hablar del sexo sin compromiso?

—Sí —murmuró tímida en respuesta.

—Muy bien, sigamos entonces.

Era una puta locura, sí; un despropósito, de acuerdo. Pero es lo que tienen estas cosas. Tanto tiempo sin sentir una especie de cosquilleo entre las piernas, sin ser objeto de atenciones... porque, debía reconocerlo, Stuart se acostaba con ella con el mismo entusiasmo con el que hacía la declaración de la renta, y su jefe sólo la había besado y ella ya estaba como una moto sin frenos y cuesta abajo.

Él, sin atender a sus inconsistentes ruegos, deslizó una mano por su costado hasta llegar al borde del vestido y meterla por debajo y así ir ascendiendo por su muslo. Mirna se removió avergonzada, porque se había puesto la prenda más antierótica jamás creada: unos pantis.

Estaba abochornada por aquel descuido... bueno, descuido tampoco, porque cuando salió de casa no se planteó tener sexo con nadie y menos aún con el glamuroso de su jefe. Y ahora debía lidiar con ese inconveniente textil, aparte de sus remordimientos, por supuesto, pero de estos últimos, si tenía un poco de cuidado, él no se daría cuenta.

—Te los he roto —comentó sin el menor remordimiento, tirando del elástico como si hubiera hecho un cursillo intensivo de rotura de pantis.

—¡Oh, Dios! —exclamó todavía más abochornada, ya que, si algo era incluso más horrible que unos pantis, eran unos rotos; eso carecía de glamur.

Ryan, que se lo estaba pasando en grande, y no porque fuera a echar un polvo (eso podía haberlo conseguido tirando de agenda), metió la mano entre sus piernas, indiferente a todo cuanto a ella le causaba vergüenza, incluyendo el hecho de que era su jefe, y no Stuart, quien se encontraba encima de ella.

¡Qué dilema!

Pero mientras ella perdía tiempo entre dudas de lo más estúpidas, Ryan no, y eso se tradujo en que sus bragas ya estaban a la altura de las rodillas y él también. Le subió el vestido, enredándose en la cintura, y sin quitarle las botas terminó de deshacerse de sus bragas, que cayeron al suelo. Entonces la miró un instante a la cara y le sonrió de manera seductora antes de separarle las piernas y bajar la cabeza para posar la lengua directamente sobre su clítoris.

—¡Joder! —chilló Mirna tragando saliva. Si besando en la boca era un experto...

Ryan se echó a reír sin apenas separarse, lo cual le proporcionó una interesante estimulación extra. Se mantuvo entre sus piernas, lamiéndola e incluso mordiéndola en la delicada piel de sus muslos, mientras oía todo tipo de gemidos. Unos más contenidos que otros, pero todos con una intensidad palpable que de ninguna manera podían limitarse a un ámbito tan reducido como el sofá.

—Vamos a mi cama —exigió incorporándose y tirando de ella.

Ryan sabía que corría el riesgo de enfriamiento, no por su parte, faltaría más, pero aun así no renunciaría a las comodidades y oportunidades sexuales que ofrece una cama respecto de un estrecho sofá. Para no dejar ningún cabo suelto, nada más ponerla en pie la rodeó con los brazos y pegó sus labios a los suyos y, con el cuidado necesario para no tropezar, la arrastró hasta la alcoba.

Una vez dentro empezó a desnudarla sin miramientos, a lo que ella, cohibida porque su cuerpo distaba mucho del de una *top model*, algo que Stuart le recordaba, por fortuna, las pocas veces que en los últimos tiempos la veía sin ropa.

—Ahora me toca a mí —comentó pasándole el testigo.

Mirna, tímida y aún insegura, se acercó hasta él y comenzó a desnudarlo. Iba a suceder y, aunque al día siguiente se arrepintiera, en aquel instante se encontraba lo suficientemente cachonda como para seguir adelante.

Como ella no se daba la prisa que aquel momento requería, fue él quien se ocupó con celeridad de su propia ropa y con una sonrisa lobuna abrió el cajón de la mesilla de noche y extrajo un par de condones.

Mirna, intentando comportarse como una chica acostumbrada a los rollos de una noche, miró a su jefe, bueno, más en concreto su erección, a lo que él, al darse cuenta, hizo un gesto de orgullo.

—Dejémonos de preámbulos.

Ella asintió y se sentó en la cama.

Ryan negó con la cabeza.

Mirna parpadeó, él se agarró la polla y ella terminó sonriendo.

Como un auténtico depredador, se acercó a ella, puso una rodilla en la cama y ella se dejó caer, inspirando en profundidad. Fue directo a su boca mientras que con las manos apesaba un pezón, que apretó hasta obtener el primer y verdadero gemido de deseo.

Se acomodó entre sus piernas y metió una mano como pudo para comprobar algo que ya sabía. La penetró con un dedo y ella le clavó los dedos en los hombros, una muestra de que estaba preparada para más.

Ryan intuía que iba a ser un polvo de lo más convencional, pero tampoco iba a exigirle mucho más a Mirna y, total, de vez en cuando era bueno volver a los clásicos.

Ella le ayudó a colocarse el preservativo y, justo antes de metérsela, él acunó su rostro y la miró fijamente a los ojos.

—Olvídate de él, no merece la pena —gruñó y un segundo después se clavaba en ella hasta el fondo, consiguiendo otro de esos jadeos por los que merece la pena el esfuerzo.

Y a partir de ese instante ella se dejó llevar.

Lo cual se tradujo en un clásico de lo más intenso, pues empezó a tocarlo, acariciarlo y besarlo casi de manera desesperada mientras Ryan embestía como un poseso.

Mirna jadeaba sin control, muy cerca del orgasmo, algo que llevaba tanto tiempo sin experimentar que casi iba a parecerle un imposible, pero la fricción, la estimulación que recibía no era producto de su imaginación, su sexo bien lo sabía.

—Córrete, Mirna —gruñó con un giro perverso de cadera.

—Desde luego...

Capítulo 8

Ryan rodó a un lado y se quedó tumbado boca arriba, controlando su respiración y sin prestar mucha atención a la persona que yacía con él.

Y ella, todavía imbuida en el sopor poscoital, se quedó con los ojos cerrados hasta que poco a poco fue tomando consciencia de lo que acababa de ocurrir y al mismo tiempo que su cuerpo se enfriaba se sintió fatal porque una cosa era saber lo que era el sexo sin compromiso y otra, practicarlo.

Suspiró, se puso de costado y volvió a suspirar. Ahora venía la parte difícil. Salir de allí sin parecer estúpida.

—¿Adónde vas? —inquirió con aire somnoliento cuando ella se sentó en la cama.

—Es mejor que me vaya a casa —murmuró avergonzada no sólo por lo que había hecho, sino por tener que mostrarle su trasero, moverse en busca de su ropa y vestirse delante de él.

—¿A estas horas? —dijo como si estuviera loca o algo peor.

—Pediré un taxi.

Ryan resopló y se sentó en la cama dispuesto a convencerla para que no se marchara.

—Vamos a ver, puedes quedarte a dormir aquí, sin problemas.

—Prefiero volver a mi casa.

—Mirna, no me obligues, a estas alturas, a ser un caballero —comentó intentando sonar amistoso, porque ella no era una mujer cualquiera y se sentía obligado a comportarse un poco mejor.

—Da igual, no te preocupes por mí.

Él se acercó a ella y la abrazó desde atrás, consiguiendo que ella se tumbara de nuevo. La besó en el hombro y la mantuvo sujeta para que no huyera.

—La culpabilidad es algo ridículo —dijo junto a su oído, acariciándola—. La mayoría de la gente cree, y no sé por qué, que lo que acaba de suceder, a pesar de ser placentero, tiene que tener una especie de contrapartida y en tu caso es la culpabilidad.

—No necesito lecciones de...

—Escucha, lo que ha ocurrido en esta cama es bueno para ti y no me refiero al orgasmo, sino al arma que ahora tienes en tu poder para hacer con el imbécil de Stuart lo que te venga en gana.

—¿Perdón? —musitó desconcertada por completo porque no había entendido ni una sola palabra de aquella surrealista explicación.

—Es muy sencillo. Cuando vuelvas a verlo, tendrás a tu disposición una información, un secreto que, dependiendo de cómo lo administres, hará que ese novio de medio pelo que tienes pase por el aro o no. Juega con ello, suelta migas para ver si te sigue. Sé ambigua. Que sospeche pero que le reconcoman las dudas y sólo tú, en función de tus necesidades, le confirmarás o no las sospechas.

Mirna frunció el ceño, no sólo porque se le estaba escapando gran parte de aquella disertación, sino porque era muy retorcido y ella nunca se había comportado así.

—Suenas maquiavélico.

—Que un tipo «te obligue» a dejar un trabajo para sentirse mejor es maquiavélico. Que pretenda que tú dependas económicamente de él, lo es. Por eso tienes que jugar la partida con las cartas marcadas, como hace él.

—Pero así una relación nunca puede funcionar.

Ryan estuvo a punto de gritar «¡bingo!», pero se contuvo; al menos Mirna iba despejando el camino, lo que significaba un gran avance.

—Depende —murmuró con la esperanza de que fuera ella quien elaborase la teoría al completo y así espabilara de una vez.

—¿De si le quiero?

—Los sentimientos nos confunden, pero sí, supongo que todo dependerá de si le quieres o no. Y, por supuesto, de si él te quiere lo suficiente como para aceptar, en caso de que decidas contárselo, que tuviste un rollo de una noche.

—No creo que Stuart aceptase eso —meditó en voz alta.

—Tú lo conoces mejor que yo —adujo con cierto aire burlón.

Ryan continuaba manteniéndola sujeta y pegada a su cuerpo, acariciándola en la espalda y regalándole algún que otro beso en el hombro o en el cuello. Sin ninguna intención sexual, sólo con la idea de seguir hablando de manera relajada, que ella se sintiera así para hablar con mayor sinceridad.

—Por eso, precisamente.

—Sé que para muchos la fidelidad es una condición indispensable en una relación; se perdonan muchas cosas... malas respuestas, plantones, desprecios, familiares incordiando... pero en cuanto hay sexo inadecuado de por medio, ¡boom!, todo estalla.

—¿Vas a comparar ser infiel con aguantar a una suegra metomentodo?

—¿Qué prefieres... saber que tu chico se folló una vez a una compañera de trabajo o aguantar a una suegra dispuesta a amargarte en cada reunión familiar? —preguntó Ryan, que no se había tenido que enfrentar a ninguna de las dos posibilidades.

—Visto así...

Él sonrió a su espalda. Nadie o casi nadie se muestra dispuesto a lidiar con una suegra meticona.

—De todas formas, no hace falta que le des más vueltas por hoy.

Pese a toda esa conversación, Mirna se dio cuenta de que, si bien Ryan tenía parte de razón, ella necesitaba regresar a su casa.

—Vale —convino respirando en profundidad—. Pero me gustaría volver a mi apartamento.

—Está bien —accedió él negando con la cabeza—. Me visto y te acerco en un

minuto.

—No hace falta que...

Él le puso un dedo en los labios y le sonrió, dando así por zanjada la discusión. Saltó de la cama y, sin preocuparle su desnudez, a ella tampoco le hubiera importado si tuviera ese culo tan provocativo, se vistió con rapidez para comportarse como un atento caballero.

Ella también se vistió, con la misma celeridad aunque en su caso gran parte era debido a su necesidad de ocultar los michelines. Mientras se ponía las botas, se prometió a sí misma hacer más ejercicio, es decir, empezar a hacerlo.

Preparados para salir a medianoche, él señaló la puerta y juntos bajaron hasta el garaje. En silencio se pusieron el casco y arrancaron. El trayecto fue rápido y en menos de quince minutos Ryan detenía la moto justo a la puerta del edificio donde vivía Mirna. Ella se apeó, le entregó el casco y le regaló una sonrisa tímida y él, sorprendiéndola, le cogió la mano, se la acercó a los labios y la besó con el mayor respeto.

—Gracias por todo —dijo ella encantada con aquel gesto.

—Gracias a ti.

—¡Mirna!

Los dos se giraron al oír ese grito furioso. A ella le cambió la expresión y Ryan torció el gesto. No lo conocía, pero imaginaba quién era.

—¿Qué haces aquí a estas horas? —inquirió en un murmullo cuando Stuart se detuvo a su lado mirándola con furia, la misma que le dedicó a Ryan.

—¿Eso no debería preguntarlo yo? —dijo con el tono más ultrajado posible.

—Stuart, por favor, vamos dentro y...

Él la agarró del brazo y la zarandeó, no con la suficiente fuerza como para hacerle daño pero sí en un gesto del todo intolerable. Ryan debía dejarles a solas con sus problemas, pero una curiosidad malsana por comprobar si Mirna llevaba a la práctica sus teorías hizo que se cruzara de brazos y observara. Si a ese imbécil se le ocurría pegarla o algo por el estilo, intervendría.

—Estás con él, ¿no es cierto? —inquirió el novio cornudo aún sin pruebas para aseverarlo.

—Me ha acompañado a casa —adujo ella soltándose de su agarre.

«Bravo, Mirna», pensó Ryan.

—Ya, y yo me chupo el dedo —rezongó Stuart rabioso—; este tipo lo que pretende es llevarte a la cama.

«No te sonrojes, por lo que más quieras, Mirna, no te sonrojes», pidió en silencio y ella aguantó el chaparrón.

—No hables sin saber —se defendió—. Es un buen amigo. ¿Ahora no puedo tener amigos con los que pasar un buen rato?

«Oh, joder, qué buena es».

Stuart los miró a ambos; no sabía qué hacer y levantar la voz a esas horas era

llamar la atención innecesariamente.

—Es tu jefe, no puede ser tu amigo —masculló reculando.

—Stuart, de verdad, estoy cansada, quiero acostarme. No estoy de humor para peleas —murmuró bostezando porque sí, era cierto, estaba agotada.

—¿Y por qué él está ahí todavía mirándonos? —Stuart señaló a su jefe, quien, impasible, aguardaba para ver cómo acababa aquella riña de enamorados.

—No tengo otra cosa mejor que hacer —respondió Ryan encogiéndose de hombros y con una media sonrisa que desquició al novio celoso.

—No te metas con él —se apresuró a decir ella colocándose incluso delante, como si quisiera protegerlo.

—¡Y encima le defiendes! Esto es el colmo, Mirna. ¡El colmo! Apareces a las tantas, agarrada a ese tipo y...

—¿Y? —rebatió toda chula y Ryan estuvo a punto de cogerla en brazos y darle un beso de película delante de ese idiota.

—¿Cómo que «y»? —inquirió atónito—. Llevas una semana insoportable. Me dejas plantado en una comida de trabajo sabiendo lo importante que era para mí. Te pido que vivamos juntos y no me das una respuesta... y encima desapareces de tu casa... llevo toda la tarde llamándote por teléfono y no me respondes. ¿Alguna vez piensas en mí?

«El monólogo del egoísta», pensó Ryan.

—¿Has estado acosándome? —No hizo falta que Stuart respondiera—. ¡Te dije que necesitaba estar sola!

—Ya veo... —graznó con ironía mirando a Ryan—... lo sola que has estado.

—¿También vas a cuestionar a mis amigos? —le preguntó con los brazos en jarras.

—Vas a tener que elegir, Mirna —la urgió—. No puedes vivir eternamente a tu aire. Te he ofrecido estabilidad, comodidad, una casa elegante... Todo con lo que muchas sueñan y, la verdad, ya no eres una jovencita ilusa que espera a su príncipe azul.

—O le partes la cara, o se la parto yo —murmuró Ryan, y por lo visto sólo ella lo oyó.

Mirna, al oír semejante despliegue de desfachatez, agarró el casco que Ryan le ofrecía y se subió de nuevo tras él en la moto.

—Arranca —pidió a su jefe e hizo algo impensable: estiró el brazo y, mirando a Stuart por encima del hombro, le hizo una peineta.

—¡Mirna! —gritó el novio «cómodo»—. ¡Vuelve aquí ahora mismo! ¡Si no lo haces, hemos terminado! ¡Mirna!

La siguiente sarta de advertencias ya no las oyó, pues se habían alejado de él y, pese a que a esas horas el silencio en las calles era propicio para oír, no merecía la pena pararse a escuchar a un tipo iracundo y egoísta.

El trayecto de regreso a casa de Ryan fue tan rápido como el anterior o incluso

más. Ahora bien, si a la ida el gusanillo de la culpabilidad la corroía, ahora era el de la indignación el que la estaba agobiando.

—Maldito Stuart —musitó con las lágrimas a punto de aparecer, otra vez.

Y lo peor de todo era que le quería. Habían sido tres años juntos. Tres años en los que había depositado todas sus ilusiones y ahora, cuando creía que uno de sus sueños iba a hacerse realidad, ¡zas!, se despertaba de golpe porque el muy cretino sólo pensaba en sí mismo.

—Anda, deja de pensar en él —dijo Ryan al estacionar la moto en el garaje.

Ella asintió, ¿qué otra cosa podía hacer?

Él intentó que se sintiera cómoda, pero Ryan se dio cuenta de que, por mucho que se hubiera mostrado fuerte frente a ese individuo, en el fondo pesaban muchos años de creencias y de formas de actuar como para cambiar de la noche a la mañana.

Sin decirle nada, buscó ropa limpia para que se cambiara: una camiseta deportiva y unos bóxers sin estrenar. Ella la cogió con la cabeza baja. Después la acompañó al cuarto de baño, le entregó un cepillo de dientes nuevo y la dejó sola.

Ryan, mientras tanto, se fue al otro aseo y, tras ocuparse de sus necesidades, se desnudó tranquilamente y se tumbó en su lado de la cama, como hacía cada noche. Tenía junto a la mesilla su iPad y, mientras esperaba que ella apareciera, se dedicó a comprobar su cuenta de correo personal. El que hubiera una mujer en su cuarto de baño no podía considerarse un hecho anormal. Compartir un espacio *a priori* tan personal no implicaba nada más, él lo tenía bien claro desde hacía mucho.

Al otro lado de la puerta, cepillándose los dientes y mirándose en el espejo, Mirna no dejaba de preguntarse qué carajo hacía ella allí, porque bien podía haberse parapetado en su apartamento y olvidarse de la civilización hasta el lunes por la mañana, pero no; en un arrebato de rebeldía hasta ahora desconocido en ella, había mandado al cuerno a su novio y todo para nada, pues estaba claro que lo de su jefe era un rollo de una noche.

Se lavó la cara, se recogió el pelo y apagó la luz. A ver qué cara ponía ahora al meterse en la cama con él, porque la escena tenía guasa.

—Puedo dormir en el sofá —murmuró quedándose en el umbral y deseando que él dijera algo como «estupendo, haz lo que quieras». Pero no, Ryan dio unas palmadita en el lado vacío de la cama.

—No seas idiota —comentó volviendo a prestar toda la atención a su tableta.

—Vale —accedió sin estar muy convencida. Cuando estuvo acomodada en su lado, boca arriba, con las manos cruzadas sobre el pecho añadió—: No sé si voy a ser capaz de pegar ojo.

—¿Mmmm?

—Si ya es bastante confusa toda esta situación, además ahora vamos a compartir cama. No me negarás que esto es algo inusual.

—Depende —comentó con aire distraído más pendiente de su correo electrónico. Esperaba que ese cretino de Ewan ya le hubiera enviado alguna referencia, pero no,

ni rastro de la eficiencia del abogado.

—Para mí es la primera vez —continuó ella sin importarle que Ryan estuviera abstraído—, en lo del sexo sin compromiso me refiero. Y, bueno, también en lo de romper con un tío. Hasta ahora sólo había tenido dos novios, y en la otra ocasión me dejaron a mí.

—Suele pasar —dijo para que no fuera un monólogo, aunque tampoco estaba muy atento.

—Puede que sea convencional y todo eso, pero yo esperaba que las cosas con Stuart se resolvieran. Que, llegado el momento, él aceptara mis decisiones y las compartiese. Cuando a él las cosas le van bien, yo me alegro, jamás pienso que eso me va a dejar fuera.

—Ajá...

—Sé que te pareceré tonta, aquí, devanándome los sesos por un tío de lo más egoísta, pero yo le quiero... —Sorbió por la nariz para controlar sus ganas de llorar—. Cuando lo conocí, pensé que era la mujer más afortunada del mundo. Un hombre educado, guapo, trabajador, responsable... lo que todas buscamos.

—Te has olvidado «aburrido» —terció él, que no estaba tan despistado como daba a entender.

—Bueno, sí, pero al fin y al cabo no todos los días pueden ser fiesta, ¿no? Me refiero a que el día a día es mucho más, hay que saber convivir, aguantar los defectos ajenos...

Ryan resopló; ella estaba exponiendo a la perfección los motivos por los cuales él vivía sin meter de por medio los sentimientos y mucho menos los condicionantes sociales que ahogaban a mucha gente, como por ejemplo a Mirna.

Dejó su iPad a un lado, se tumbó, apagó la luz y dijo:

—Stuart es un cretino que únicamente te quiere con él porque sabe que es mediocre hasta para vivir solo. Es de ese tipo de gente que necesita siempre a alguien a su lado para reafirmarse; jamás te valorará, sólo te utilizará para pavonearse. Es egoísta hasta la médula. Se aprovecha de tus sueños, de tus ilusiones, las cuales, por cierto, te has condicionado desde adolescente.

—¿Seguro? —preguntó porque eran palabras mayores.

—Ajá. Tú, como muchas personas, crees que debes regirte por una forma de vida, la que se acepta normalmente, y, cuando algo se tuerce, aparece la frustración. En realidad lo que debería hacerse es pararse a pensar si ese plan que nos venden como ideal no es más que una mierda.

—Pero es que...

—Sí, ya sé lo que vas a decir, que es difícil cambiar. Pero tienes dos opciones: la primera, seguir creyendo que eso que a otros parece servirles es también para ti o, segunda, buscar tu alternativa, tu plan hecho a medida en el que sólo tú decides.

—Eso es imposible —adujo ella—. Nadie puede vivir de esa manera, siempre hay que contar con los demás.

—No te digo que te aísles en una burbuja, te propongo que reflexiones. No tienes por qué estar con un tipejo que pretende dejarte en casa, eso sí, bien mantenida, sólo porque muchos vean la soledad como un fracaso. Dale la vuelta a la tortilla, Mirna.

—Mmmm, sigo sin verlo claro.

Ryan se echó a reír.

—Ahora duerme.

—Se me hace raro, esto de compartir cama, quiero decir.

—Hemos follado, ya hay confianza suficiente. Y no te preocupes, dentro del sexo sin compromiso se incluye el derecho a desayuno.

Capítulo 9

El lunes por la mañana Mirna estuvo antes de la hora en su mesa de trabajo; no sabía con exactitud cómo comportarse, porque eso del sexo sin compromiso le venía grande.

El domingo por la mañana se había despertado recostada sobre su jefe y desnuda, lo cual resultaba sospechoso. No fue un sueño, se había acostado con él, no a dormir, claro, sino para lo «otro» y no una, sino tres veces. Una infiel reincidente múltiple, podría denominarse. Y sí, había sido satisfactorio. Sí, no había tenido que fingir un orgasmo. No, no se había acordado de Stuart en ningún momento. Y sí, el sexo sin compromiso incluía un desayuno *gourmet*. Al menos lo comprobó cuando se levantó y abrió el frigorífico, la única pega era que, debido a su cargo de conciencia porque una cosa era la teoría y otra la práctica y eso de ser liberal lo llevaba mal, prefirió vestirse y marcharse a su apartamento antes de que él se levantara.

Y ahora no sabía qué cara poner, porque para ella era la primera vez. Se metió en faena e intentó no pensar en cómo había gemido, en cómo se había corrido y en cómo se había dormido abrazada a él. Traducido, como una tontaina.

—Quién me ha visto y quién me ve —musitó azorada.

No obstante, a pesar de sus temores, resultó más fácil de lo que imaginó, ya que Ryan se comportó como siempre. Ni hizo insinuaciones, ni se portó como un cretino ni tampoco se mostró más amable de lo normal. Así pues, la semana transcurrió con la normalidad, si en aquella jaula de grillos alguna vez podía utilizarse ese adjetivo, habitual, lo cual hizo que día a día se sintiera cómoda y realizase su trabajo sin mayores contratiempos.

Aunque... en el fondo deseaba recibir una llamada, la de Stuart, para ser exactos. Entendía que, después de la discusión del sábado por la noche, no la llamara al día siguiente, pero ya habían pasado unos cuantos días y la verdad, teniendo en cuenta el carácter de Stuart, poco o nada dado a aceptar la derrota, estaba extrañada de que no diera señales de vida.

Y así, poco a poco, llegó el viernes, lo que significaba que tenía por delante un fin de semana en el cual, por primera vez en mucho tiempo, no debía hacer nada con nadie, tenía los dos días para ella sola. El planteamiento era excelente, aunque para ella, acostumbrada a otra cosa, no estaba tan claro.

Miró de reojo a Ryan, que seguía a lo suyo, concentrado en su ordenador. Estaba adorable con esa expresión a medio camino entre el divertimento y la profesionalidad. Mirna sospechaba que para él todo esto no era más que un juego. Escribir guiones era una forma de pasarlo bien, no lo veía como un trabajo y de ahí que fuera tan bueno.

En breve se tomaría un descanso para un café; estaba acabando de transcribir unas correcciones cuando sonó su teléfono móvil. El mismo que había parecido estar muerto durante toda la semana. Miró la pantalla, que parpadeaba.

—Stuart... —susurró sin podérselo creer.

—No respondas enseguida, deja que se corte y vuelva a llamar —indicó Ryan desde su mesa.

—Ah, vale —accedió sin estar convencida de que ésa fuera la mejor opción.

Se mordió el labio, sin poder contener las ganas de ser ella quien devolviera la llamada y así acabar con aquella jodida incertidumbre.

Las predicciones se cumplieron y dos minutos más tarde el móvil cobró vida.

Era él de nuevo.

—Respira y no cedas ni un milímetro —le recomendó su jefe, de repente más interesado en ella que en la pantalla de su propio ordenador.

—De acuerdo —murmuró. Cuadró los hombros, respiró profundamente y sonrió con timidez cuando Ryan le hizo un gesto de apoyo levantando el pulgar.

Agarró el teléfono y, pese a que le tembló un poco la mano, arrastró el dedo por la pantalla y respondió intentando que su voz no sonara tan ansiosa.

—¿Diga?

—Sabes perfectamente que soy yo —refunfuñó Stuart.

—¿Y qué quieres?

—Hablar contigo. ¿Estás sola?

—Eh... sí —titubeó pero enseguida se recompuso—. Habla.

—Me gustaría hacerlo en persona, pero, dado que te has propuesto esquivarme, no me queda más remedio que hacerlo por teléfono —prosiguió con su tono impertinente.

—Yo no te esquivo —se defendió y frunció el ceño ante aquella falsa acusación.

—Conecta el altavoz —pidió Ryan en voz baja y ella obedeció.

—Da igual, sólo quiero saber si tienes un lío con tu jefe, porque es muy sospechoso que el sábado por la noche estuvieras con él exclusivamente para charlar. —Esto último lo dijo con bastante ironía.

Ryan negó con la cabeza. «Mira que los hay cazurros por ahí sueltos», pensó.

—El simple hecho de que me hagas esa pregunta ya es motivo suficiente para mandarte a paseo —adujo ella sintiéndose respaldada en todo momento por su jefe—. Además, ¿no podría hacerte yo a ti la misma pregunta?

Ryan sonrió y alzó de nuevo el pulgar.

—No digas bobadas, Mirna, por favor —masculló Stuart y su tono evasivo no pasó desapercibido—. Tú eres la que se cita con un tipo que no es su novio a altas horas de la noche para hacer a saber qué después de haber rechazado una propuesta formal de mi parte.

El aludido, cansado de tanta desfachatez y de tanta gilipollez, decidió dejar de mantenerse como observador casi imparcial y se acercó hasta el *smartphone* para que se le oyera bien y no hubiera dudas sobre su mensaje.

—Una cosa, tonto del culo, para ser infiel no hace falta nocturnidad ni alevosía. Si quisiera montármelo con Mirna, podría hacerlo a la hora del almuerzo en los

servicios y ella regresaría a casa como si nada y tú, con unos cuernos como una catedral.

Mirna, ojiplática perdida, se quedó sin habla y al otro lado de la línea ese cretino también pareció enmudecer.

—Así que no lo flipes tanto —apostilló Ryan sonriente y satisfecho tras su alegato; como ella no reaccionaba y el otro payaso tampoco, decidió llevar sus teorías a la práctica—. Ahora volvemos.

Agarró a Mirna de la mano y tiró de ella, salieron del despacho sin dar ninguna explicación y caminaron por los pasillos a grandes zancadas con una dirección en mente. Los que a su paso los veían, no interrumpieron, pues conocían las excentricidades del guionista, por lo que no merecía la pena preguntar.

Con ella a remolque, llegaron a los servicios y fue entonces cuando Mirna reaccionó, intentando detenerlo.

—Oh, no, no puede ser —farfulló tirando de su mano para liberarla y de paso frenar a ese insensato.

—Vamos, dentro. —La empujó sin miramientos.

—¿Al de minusválidos? —inquirió al ver de soslayo la placa de la puerta.

—Es el más grande —argumentó indiferente al apuro de ella.

Ryan echó el pestillo y miró a su alrededor. Perfecto, hacía poco que había pasado la señora de la limpieza, así que no tenía de qué preocuparse. Sin mediar palabra, se acercó hasta Mirna, que parecía estar en trance, lo cual beneficiaba sus planes más inmediatos, y la puso de cara a la pared. Se pegó a ella y acercó la boca a su oreja.

—Vamos a demostrar mi teoría, aquí y ahora —musitó con un tono a medio camino entre la perversión y la diversión.

Mirna negó con la cabeza.

—¡Estás mal de la cabeza! —exclamó.

—Baja la voz —exigió riéndose entre dientes, aunque a él le traía sin cuidado que los pillaran metidos en faena.

—Vale —obedeció porque la mera idea de que alguien adivinase lo que estaba pasando dentro de ese cubículo la ponía frenética.

—Apoya las manos en la pared —dijo sugerente. Imposible negarse.

Ryan colocó las manos sobre sus pechos al tiempo que mordisqueaba su nuca. Por una vez, la manía de ella de recogerse el cabello en una coleta jugaba a su favor. Apartó como pudo el cuello de su suéter y comenzó a calentarla poco a poco, masajeando sus pechos con lentitud, notando cómo, a cada segundo que pasaba, se le endurecían los pezones.

Mirna gimió, eso sí, bajito para no alertar a nadie, y él mantuvo una mano sobre su teta derecha y la otra la fue deslizado hacia abajo, recorriendo su muslo y clavando levemente los dedos. El toque justo de agresividad. Llegó al borde de su modesta falda plisada y levantó la tela para colar la mano debajo. Entonces empezó a subir, sintiendo el tacto de las medias, y sonrió.

Ella tragó saliva y, si bien a primera hora de la mañana, al vestirse, jamás pensó que acabaría cachonda en el aseo de minusválidos, al menos había tenido el buen tino de ponerse medias y no pantis.

—Excelente elección —la felicitó mordéndola.

—Gra... gracias.

—Separa un poco las piernas...

Obedeció excitada pero con el miedo en el cuerpo, pues seguía rezando en silencio para que nadie entrara a los baños. Tuvo que morderse el labio cuando él posó la mano sobre su pubis, por encima de las bragas y comenzó a acariciarla con la tela de por medio. Agarró el elástico y, en vez de bajárselas, tiró de ellas hacia arriba para que presionaran entre sus labios vaginales y así estimular su clítoris.

—Joder... —jadeó moviéndose al ritmo de los tirones de sus propias bragas.

Ryan la mordió con más fuerza sin importarle si le dejaba marca o no y, sin soltarla, apartó la tela de sus bragas para acariciarla sobre la piel. Puso un dedo entre sus labios vaginales y percibió la humedad. Los recorrió con la yema disfrutando de cómo ella se retorció a la par que se contenía para no gemir en voz alta.

—Estás mojada, caliente, ansiosa, ¿me equivoco?

—No... no te equivocas —respondió jadeante.

—Es lo que necesitaba oír.

Con la habilidad de quien se lo ha montado en más de una ocasión en aseos, limpios y de mala muerte también, liberó su teta derecha para buscar en su cartera un condón, sin dejar de masturbarla y frotando su erección contra su culo.

Mirna, que carecía de la experiencia que a él le sobraba, controlaba a duras penas sus ganas de gemir y de retorcerse y miró por encima del hombro porque no entendía cómo tardaba tanto en ponerse el preservativo.

«Qué guapo es...», pensó con una sonrisita estúpida.

—Vamos allá y, recuerda, sin chillar.

Mirna asintió, aunque tuvo la impresión de que, en realidad, lo de no chillar era más bien una recomendación a la inversa. Dudaba de que alguien como él fuera tan precavido.

Ryan, sin perder la media sonrisa de lo más perversa a la par que prometedora, se arrojó a su trasero y colocó la punta de su erección entre sus nalgas. Ella dio un respingo porque, según su limitada experiencia, no era por ahí. Por si acaso, movió el culo y separó aún más las piernas y él, riéndose entre dientes y sabiendo a la perfección por dónde había que meterla, optó por jugar al despiste y le pasó el dedo índice por la separación de sus nalgas, poniéndola más histérica aún si cabe, ya que, si a la impaciencia que demostraba por follar le sumabas el desconcierto de tentar la opción *a priori* menos habitual, sólo podía ir a mejor.

—Tentador... mmm, muy tentador —ronroneó él deslizando el dedo y sin ir al meollo de la cuestión.

—Ya sé que queda feo eso de meter prisa, pero... cuanto más tiempo tardemos,

más posibilidad de que nos pillen tenemos.

—Mmmmm —fue su ambigua respuesta.

A Ryan le hubiera gustado ser más perverso, pero estaba tan o más excitado que ella, así que aparcó la idea de abrir posibilidades y le dio una buena palmada en el culo, a modo de incentivo, antes de metérsela con ganas.

—¡Aaaaaahhhhhh! —exclamó ella a medio camino entre el alivio y el sobresalto. Por fin iba a follarla y, además, con rudeza.

—Qué bien te expresas —bromeó sin dejar de empujar.

A Mirna le resultaba cada vez más difícil sujetarse, se mantenía a duras penas en pie; menos mal que no llevaba tacones. Las manos, apoyadas en las baldosas, se resbalaban debido al sudor y a los endiablados empujones que estaba recibiendo.

Gemir en voz baja sólo puede hacerse bajo un poderoso motivo: fingir, y Mirna, pese a que en lo de fingir sí tenía experiencia, sabía que no era el caso. Se mordió el labio en un vano intento por controlar sus, cada vez, más escandalosos jadeos.

—Estás a punto, ¿eh? —gruñó él sin perder ritmo y, si con el azote en el culo la había dejado sin aliento, terminó agarrándola de la coleta y tirando de ella, obligándola a echar la cabeza hacia atrás.

—Más que a punto —graznó tensa en todos los sentidos de la palabra.

Mirna, que se conocía, sabía que tensa no era la palabra exacta, se quedaba muy corta. Notaba cada vez en el interior de su sexo y el choque constante contra sus nalgas, por no mencionar la hebilla metálica del cinturón que se le estaba clavando en la parte superior del muslo, pero ni loca iba a detenerlo, hasta ese pequeño malestar resultaba excitante.

Sólo se oían sus gemidos, cada vez menos contenidos, más descarados, hasta que de pronto un leve chirrido les hizo prestar atención.

Ryan se pegó a ella y le puso una mano en la boca, a modo de mordaza pero sin dejar de follársela con verdadero brío. Ella cerró los ojos, así iba a ser imposible correrse, sabiendo que alguien se encontraba al otro lado de la puerta. También se oyeron los ruiditos delatores de alguien haciendo uso del excusado, y la descarga de agua de la cisterna. Le siguió el del grifo y, por último, el del secador de manos.

—Córrete, Mirna, vamos —exigió dándole un nuevo tirón de pelo.

—Eso... eso intento —jadeó colorada como un tomate maduro y no sólo debido al esfuerzo.

Sin embargo, a pesar del temor inicial, pues nunca antes había follado casi en público, contemplar la idea de que alguien los pillara empezaba a surtir el efecto contrario en su libido, y la puso más cachonda, por lo que terminó mordién-dole la mano para que Ryan la apartara y poder gemir sin cortapisas.

Mirna inspiró profundamente, apretó sus músculos internos, empujó hacia atrás y él en respuesta azotó su culo y deslizó la misma mano con la que la había amordazado hacia abajo y por encima de la ropa localizó un pecho y le pellizcó sin piedad un pezón, proporcionándole el toque de gracia.

Oyeron a alguien aclararse la garganta y Mirna chilló «¡oh, Dios!» al correrse, lo cual desembocó en un nuevo carraspeo proveniente del exterior y que Ryan gruñera también al límite. Golpearon en la puerta con los nudillos y ella gimió.

—Estoy a punto —gruñó Ryan martirizando su pezón sin contemplaciones hasta correrse en su interior. Cuando eyaculó, se apoyó en ella, aplastándola contra la pared mientras sus respectivas respiraciones se regularizaban.

Unos impacientes golpecitos en la puerta hicieron que ambos adecentaran su ropa con rapidez, porque por lo visto alguien quería hacer uso de ese cubículo.

—¿Lista? —murmuró él antes de desbloquear el pestillo.

Mirna asintió, no quedaba más remedio que salir de allí y enfrentarse a lo que fuera. Notaba la espalda sudada, las piernas temblorosas y una humedad entre las piernas, prueba palpable de lo que acababa de suceder. Muy satisfactorio aunque vergonzoso. Sería la comidilla de la empresa o, lo que es peor, muchos pensarían que se tiraba a su jefe para pasar de tener un contrato de becaria a uno fijo.

—¿El de minusválidos? —preguntó un actor nada más abrirse la puerta mirando a los «tortolitos» con cara de impaciencia.

—¿Querías usarlo tú? —replicó acercándose al lavabo para lavarse pasando por alto a la mosca cojonera.

—Joder, tío, yo pensaba que tenías mejor gusto —añadió sonriendo de medio lado y sin abandonar su postura indolente.

—Es el más amplio —respondió Ryan indiferente.

—Ah, pues ahora que lo dices... tienes toda la razón.

Patrick, cruzado de brazos, vio cómo la becaria huía de los aseos. Miró el reloj, odiaba que le hicieran esperar cuando tenía asuntos que resolver.

—¿Qué quieres? —preguntó Ryan secándose las manos.

—No sabía yo que te follabas a tus compañeras de trabajo... en horario laboral —comentó con guasa—. Que conste que a mí me parece una idea cojonuda, el problema lo tengo yo, porque me han puesto un asistente que no me excita nada.

Ryan arqueó una ceja.

—Al grano —exigió el guionista.

—¿Cómo has podido hacerme algo así? —inquirió con un aire de lo más compungido, como si le hubiera clavado un puñal oxidado por la espalda. Patrick incluso se llevó la mano al pecho en señal de dolor.

—Coño, si hasta vas a ser un buen actor —se guaseó Ryan apoyándose en la encimera del lavabo dispuesto a escuchar las tonterías que a buen seguro diría antes de entrar en materia.

—Creía que éramos amigos, incluso te he prestado a Ewan —le reprochó, y Ryan sonrió ante la elección del término *prestar*—. Es un sabueso y te solucionará la papeleta, no lo dudes.

—Muchas gracias por dejarme a tu sabueso —rezongó con ironía. No le sorprendía, pues para Patrick todos eran vasallos y el abogado no iba a ser una

excepción—. Siempre estaré en deuda contigo.

—Por eso, cuando me han llegado los guiones y les he echado un vistazo...

—Me pediste una infidelidad, ¿recuerdas? —interrumpió Ryan por si no recordaba de dónde partió la idea.

—¡Joder, pero no así! —exclamó enfurruñado.

Ryan, acostumbrado a las pataletas y diatribas del señorito, al que le encantaba dar por el culo cuando no se salía con la suya, se mantuvo indiferente al cabreo de Patrick, ya que no pensaba cambiar ni una coma. El actor renegaría, protestaría, amenazaría con largarse y mil triquiñuelas para hacerle cambiar de opinión, pero si algo tenía meridianamente claro era que había escrito uno de los guiones más cojonudos de su carrera.

—Cuando lo he leído por primera vez, he pensado que quizá estaba borracho —prosiguió el niño mimado— y hasta he mirado la lata para comprobar que era sin alcohol —torció el gesto evidenciando que le daba por el saco beber cerveza sin—, pero no, no, estaba ebrio ¡y he releído tu jodida obra maestra!

—Gracias por la parte que me toca —comentó tomándose como un cumplido y ampliando su sonrisa.

—No puede ser ella la que me ponga los cuernos, tío... —se lamentó negando con la cabeza y añadió para jugar la baza de la compasión—: Creía que tú y yo éramos más que amigos...

—Déjate de chorradas —le cortó sin caer en su provocación—. Te doy una oportunidad única de lucirte, vas a tener la posibilidad de demostrar muchas cosas.

—¿Ah, sí? —masculló con escepticismo.

—Pues sí, chavalote —corroboró acercándose a él y palmeándole la espalda.

—Joder, eso es una trola. Me has tenido no sé cuántos capítulos haciendo verdaderas gilipolleces para reconquistarla. —Ryan puso cara de disculpa porque en eso tenía toda la razón—. He tenido que hacer estupideces que ni loco haría por una tía, como por ejemplo ponerme de rodillas y pedirle perdón con un puto manojito de globos en forma de corazón. Me vistieron de oso amoroso para rogarle que me diera una segunda oportunidad. Tuve que cederle mi deportivo para que mi *amada* pudiera irse de compras con sus coleguitas. Y ya lo que me pareció una venganza por tu parte fue el episodio en el que me disfrazaron de mujer para infiltrarme entre sus amigas y así averiguar sus verdaderos sentimientos...

A medida que Patrick enumeraba todas las «perrerías» que su personaje había sufrido para recuperar a la chica, Ryan no podía evitar reírse porque, si bien muchos pensaban que no lo aceptaría, al final funcionó y la audiencia subió como la espuma.

—No lo niegues, el disfraz de oso amoroso te gustó, aún no lo has devuelto —dijo arqueando las cejas.

—Ni lo pienso devolver —contestó frunciendo el ceño—. Y no me cambies de tema. No puedo permitir que una petarda con mentalidad infantil y bótox a granel me ponga los cuernos, ¡joder!

—¿Ewan sabe que hablas así de su chica?

—Es algo que no me perdonaré nunca... yo tuve la culpa de que se la follara...

—se lamentó—. Otra vez me has vuelto a cambiar de tema. A lo que estamos. Modifica el guion.

—No.

—Le digo a la fiera que te deje de hablar —lo amenazó cual niño caprichoso.

—Tú y yo sabemos que Helen no te va a hacer caso —aseveró convencido de que su chica tenía más sentido común que él y, como tenía cosas mejores que hacer que perder el tiempo en los lavabos con un actor enfurruñado, como por ejemplo buscar a un abogado desaparecido en combate, decidió zanjar el tema—. Te prometo que lo de los globos con forma de corazón va a ser una estupidez comparado con lo que va a tener que hacer ella.

—Mmmmm, interesante...

—Lo vas a flipar...

—¿Y si le pago con la misma moneda? ¿Ojo por ojo?

—Tú piensa en la cantidad de mujeres dispuestas a consolar a Ralph porque su chica le ha puesto los cuernos...

Ryan no se comprometió a nada y, tras darle una palmadita en la espalda, lo dejó allí rumiando su «venganza» y se fue en busca de un abogado supuestamente infalible.

Capítulo 10

Ryan esperaba ansioso una jodida llamada. Día tras día revisaba su correo personal para comprobar si Ewan se había dignado a mandarle alguna información, pero no, desaparecido en combate. Como las situaciones desesperadas precisan medidas desesperadas, se armó de valor y fue en busca de Maggie, porque ella a buen seguro sabía dónde encontrar a su «amorcito».

Con la paciencia justa para soportar estupideces, sonrió y llamó a la puerta del camerino de la petarda *star*. Ella le abrió y lo miró con una sonrisa deslumbrante.

—¡Eres el mejor! —exclamó echándose a sus brazos y Ryan, visiblemente incómodo, aguantó como pudo aquella demostración de entusiasmo.

—Reserva para tu chico todo este despliegue de carantoñas —dijo desenredando los brazos femeninos de su cuello—. No vaya a ser que se ponga celoso.

Maggie suspiró y puso cara de embelesada, soñadora, enamorada, idiota (todo junto) mientras le invitaba a pasar. Ryan sospechó que a ella le encantaría que Ewan los pillara abrazados, pero también pondría la mano en el fuego porque el abogado tenía pinta de ser un tipo maduro y objetivo y pillar a su chica abrazando al guionista en medio del pasillo donde todos pueden ser testigos no es ni de lejos sospechoso de nada... pero como la actriz, al igual que muchas personas, disfrutaba de aquellas estupideces de dar celos, pues tampoco iba a quitarle la ilusión poniéndole las pilas.

—Has escrito algo maravilloso —comentó ella abrazándose a sí misma—. Aunque... tengo un poco de miedo... No sé, a lo mejor la gente piensa que soy una pilingui.

Ryan puso los ojos en blanco ante aquella estupidez. En especial lo de pilingui. Pero Maggie no andaba desencaminada. Era difícil insertar aquella trama en un mundo dominado por la tiranía de la fidelidad (mal entendida, por supuesto).

—Se trata de buscar otro punto de vista —le explicó y, como Maggie fruncía el ceño, optó por una técnica segura de convicción—. Eres una mujer atractiva, culta, admirada, deseada... —la cara de la actriz fue asimilando los cumplidos y asintiendo encantada—... es normal que los hombres quieran llevarte a la cama.

—Visto así...

—Y que tú cedas ante la tentación...

—Ah, vale —murmuró y Ryan, que había venido para otros menesteres, resopló.

—Estoy buscando a Ewan, ¿sabes dónde está?

—Ah, Ewan... —suspiró soñadora—, me tiene tan enamorada... Es único, cariñoso, atento, guapo... Nunca había conocido a un hombre así.

—Sí, vale, lo que tú digas. ¿Dónde está? —inquirió cortante interrumpiendo su oda al abogado. Sólo le había faltado decir...

—Y muy viril...

«Joder».

—¿Dónde está? —insistió.

—Trabajando, ¿dónde va a estar?

—Necesito hablar con él, es importante y llevo varios días sin verlo.

—Pobrecito —musitó ella haciendo pucheros—, está metido en un caso importante y apenas duerme. Yo sufro tanto por él...

—Vale, gracias.

Ryan huyó despavorido del camerino porque tanta cursilada podía con él y mira que a veces, por exigencias del guion, nunca mejor dicho, debía escribir diálogos azucarados, pero es que Maggie lo superaba.

La espera duró una semana más.

Por fin Ewan se dignó aparecer y Ryan, que no quería que nadie se enterase de lo que se traían entre manos, le pidió que se vieran en una cafetería y así poder hablar sin interrupciones ni oídos indiscretos.

—Venga, no te andes con rodeos —pidió al abogado.

—Buenos días a ti también. Ah, y gracias, Maggie está entusiasmada... —Movié las cejas y Ryan puso los ojos en blanco, no quería conjugar en su mente la idea de esos dos celebrándolo.

—¿Qué tienes?

Ewan, sonriendo de medio lado y entendiendo el apuro del hombre, sacó su tableta y comenzó a trastear en ella hasta localizar los archivos que necesitaba.

—Antes de que veas esto, quiero advertirte que no todo es de color de rosa.

—Ya lo sé, no te preocupes, podré encajarlo.

Ewan no estaba tan seguro.

—Marie Crown, cuarenta años, divorciada desde hace tres de Richard Wood, magnate de las comunicaciones.

A Ryan no le afectó ese dato, hasta podía considerarse irrelevante.

—Continúa.

—A pesar de su divorcio, Marie siguió trabajando en las empresas de su exmarido. Eso es bastante extraño, así que investigué hasta conseguir su acuerdo de divorcio y me sorprendió. No hubo hijos en el matrimonio, pero se repartieron todos los bienes al cincuenta por ciento. Fue amistoso, rápido y muy sospechoso.

—¿Sospechoso?

—Pues sí. Sólo hay dos motivos por los cuales un tipo multimillonario como Wood accede a darle a su ex la mitad de un importante patrimonio. El primero es que ella posea información comprometedor y prefiera no arriesgarse a que salga a la luz y el segundo es que muchas grandes fortunas dividen todo al cincuenta por ciento para, en caso de problemas económicos, dejar una parte intacta; por supuesto esto último exige una gran confianza.

—Muy extraño, desde luego...

—Yo me inclino a pensar que es la segunda opción, pues ella ha continuado codo con codo con su ex cuando, si de verdad tiene algo comprometedor, podría dedicarse a vivir de las rentas y no dar un palo al agua.

—Muy cierto. Sigue.

—Hasta aquí todo normal. Un exmatrimonio modélico que sigue trabajando junto pero... todo cambió hace cuatro meses.

—No me jodas con los rodeos.

—Tú mejor que nadie deberías saber lo que es darle emoción al asunto —retrucó Ewan pero sin sonreír. Buscó unos nuevos archivos en su dispositivo y, antes de mostrárselos, dijo—: Ahora viene la parte más complicada.

—¡Por Dios, Ewan!

—Marie, hace cuatro meses, por sorpresa, decidió abandonar todos sus cargos y retirarse a su apartamento, sin otra compañía que su asistenta. —Le mostró una foto de Richard Wood acompañado de una espectacular mujer colgada de su brazo, sonrientes.

—Entiendo...

—No es tan obvio como parece.

—El ex modélico rompe su pacto de no agresión liándose con otra y presentándola en sociedad. Un guion de lo más manido.

—Para ser tan inteligente, a veces eres demasiado simple, como el resto de la gente. Ves lo que quieres ver —le contradijo el abogado.

—¿Entonces? —inquirió torciendo el gesto.

—A simple vista sí es lo que parece, pero hubo algo que me llamó la atención. Marie, con una gran fortuna en propiedad, podría jugársela a su ex y causarle grandes perjuicios. Ésa sería la reacción más habitual en una mujer que se siente desplazada y, sin embargo, se ha mantenido al margen.

—Marie nunca fue convencional, está tramando su venganza —aseveró dejándose llevar por el rencor.

Ewan negó con la cabeza.

—He sabido que, además, la mujer que acompaña a su exmarido y con la que ha anunciado su compromiso es una de las mejores amigas de Marie; de hecho, es de las pocas personas que la visitan.

Ryan no entendía nada. ¿Qué extraño y maquiavélico plan estaba orquestando Marie?

—Cuéntame el resto —pidió preparándose para cualquier cosa.

—Hay que saber leer entre líneas y por eso continué investigando hasta dar con esto. —Le enseñó unos informes médicos y Ryan les echó un vistazo—. El motivo de su retiro voluntario es que está muy enferma.

Ryan, que se creía preparado para todo, admitió en silencio y sintiéndose como si le hubieran dado una patada en los cojones, que era lo último que esperaba.

—¿Enferma? —preguntó sin asimilarlo. La había visto hacía menos de un mes y no le había dado esa sensación. Tan elegante como siempre, tan altiva incluso. Nada podía hacer pensar que se encontraba mal de salud.

—Cáncer —murmuró Ewan entendiendo el impacto de aquella noticia en el tipo

—. Hablé con un médico que conozco y le mostré esto. Me lo confirmó, cáncer de páncreas. Seis meses. —Omitió lo de «como mucho» para que no fuera aún un mazazo mayor, pero llegó a la conclusión de que un tipo como Ryan se daría cuenta de lo que implicaba todo aquello.

—Joder...

—He sabido, además, que hace dos días empeoró y ha sido ingresada en una institución privada especialista no en curar, sino en dar cuidados paliativos —añadió con pesar al ser portador de tan funestas noticias. Hubiera deseado mil veces que la mujer en cuestión fuera una tiparraca sin escrúpulos a la que odiar. Podía causarte dolor, desde luego, pero también uno encuentra motivos para defenderse. Contra aquella terrible situación no quedaba esperanza—. Aquí tengo los datos, la habitación en la que se encuentra. Todos los gastos corren a cargo de Richard Wood, por lo que me inclino a pensar que, pese a su divorcio, estará con ella hasta el final.

—Joder... —masculló de nuevo incapaz de articular otra palabra.

Golpeó con rabia la mesa, lo que hizo que llamara la atención del resto de los clientes, y no estaba por la labor de armar una escena. Miró a Ewan, que mantenía su expresión seria, y agradeció en silencio el que hubiera omitido palabras de consuelo, de esas que sólo sirven para que te sientas aún peor.

—Te dejo solo —murmuró el abogado con tacto.

—Gracias, por todo —adujo Ryan—. Pásame la minuta cuando quieras.

—Olvídate de eso ahora.

El guionista se quedó solo en la cafetería. Decir que se había quedado destrozado era una descripción muy pobre, no se acercaba ni de lejos a cómo se sentía. Acabó su consumición y se quedó allí sentado sin saber muy bien cómo actuar. Pidió una copa y otra y otra, pero no se las tomó, simplemente quería que el camarero no le molestara.

Estaba anocheciendo y aún continuaba allí sentado, incapaz de reaccionar. Apagó el móvil para que nadie le diera por el saco y, cuando quiso darse cuenta, ya cerraban el local. Con renuencia tuvo que levantarse y salir al exterior. Nunca antes se había visto en una situación similar y, por tanto, era muy difícil saber qué hacer. Demasiados sentimientos encontrados volviéndole loco.

Caminó despacio y cuando miró el reloj se dio cuenta de que era casi medianoche. Y también que no quería estar solo.

Llamó a un taxi y, pese a tener un montón de contactos en su móvil, le dio al taxista la dirección de Mirna, sorprendiéndose a sí mismo por pensar en ella en un momento tan delicado... pensar en ella cuando apenas la conocía. Sin embargo, no le vino a la cabeza nadie más.

Pagó la carrera y se apeó del vehículo, mirando el edificio donde vivía su becaria. Torció el gesto, era posible que ya se hubiera reconciliado con su novio, pues durante la última semana apenas había estado pendiente de ella.

—¿Quién es? —preguntó ella a través del telefonillo y Ryan supo que la había

levantado de la cama.

—¿Estás sola?

—¿Ryan?

Y él sonrió, por fin lo llamaba por su nombre.

—El mismo.

—¿Y qué haces a estas horas por ahí?

—Buena pregunta.

—Anda, sube.

Él oyó el zumbido que liberaba la puerta y entró. Era la primera vez que la visitaba y, la verdad, no estaba muy seguro de que fuera buena idea; no obstante, ya no podía dar marcha atrás.

Ella lo esperaba con la puerta entornada, en bata y pijama, con carita de sueño.

—Pasa —le dijo apartándose.

Ryan miró el pequeño pero coqueto apartamento. En otras circunstancias hubiera sonreído o hecho algún comentario sobre la decoración. No estaba para esas cosas. Su mente seguía en estado de *shock*. Localizó el sofá y no pudo morderse la lengua.

—Muy *vintage*, ¿no?

Mirna puso cara de disculpa. Llamar *vintage* a un sofá de escay marrón de cuarta mano era muy generoso.

—Me lo traje cuando me vine a vivir aquí, ya sabes, aprovechas esos muebles de casa de tus padres que van a tirar para ahorrar dinero y luego te da pena deshacerte de ellos.

—No lo hagas. Me gusta —murmuró dando unas palmaditas en el cojín.

—Ya, claro. Eso me lo dices en verano, cuando te quedas pegado como un tranchete, o en invierno, que te enfrías el culo y la espalda —resopló y, pese al comentario animado, se dio cuenta de que su jefe traía mala cara. Ya el simple hecho de que apareciera en su apartamento a esas horas podía considerarse un indicativo de que algo no iba bien.

No le preguntó y se metió en la cocina. Su instinto maternal le dijo que lo más probable era que ni siquiera hubiera cenado, así que le preparó algo rápido y se lo acercó.

—¿Y esto? —preguntó señalando la bandeja.

—Como dice mi madre, por lo menos que nos pille con el estómago lleno.

Ryan, que no tenía mucha hambre, se inclinó hacia delante y picó algo por no hacerle un feo. La miró de reojo y se dio cuenta de que Mirna era una buena persona, con todas las letras. Permanecía sentada a su lado, pero manteniendo una distancia prudencial y sin acosarle a preguntas.

Sin saber cómo, terminó con todo y la verdad es que se sintió ligeramente mejor.

—¿Café?

—Gracias, pero no te molestes.

—A mí me apetece uno.

Ella se encogió de hombros y él decidió ayudarla a prepararlo. La acompañó a la cocina y no se perdió detalle de cómo se desenvolvía. Discreta, apañada, comprensiva... lo tenía todo y él era demasiado cabrón para tener tanta suerte.

Con las tazas y una jarra de café llena, regresaron al sofá *vintage* y se acomodaron.

—Y ahora cuéntamelo —musitó relajada, para que él se sintiera cómodo y añadió —: si quieres.

Ryan suspiró y ella, de nuevo al rescate, le acogió en su regazo. Él se recostó sobre sus piernas, se estiró cuan largo era y, como no cabía, dejó las piernas colgando. Cerró los ojos y empezó a hablar.

Mirna escuchó en silencio y con atención cada palabra, cada recuerdo, y, pese a que le parecía un poco ridículo, comenzó a peinarlo con los dedos. Ryan desgranó su historia pero no sólo contó los hechos, también habló de emociones, y ella, a cada palabra que escuchaba, le comprendía mejor.

Él, por su parte, sin abrir los ojos y sin poder callar nada, fue sintiéndose cada vez mejor, más liberado. Había hablado de algunos recuerdos que nadie conocía; notaba cómo ella reaccionaba poniéndose tensa o incluso riéndose, eso sí, sin interrumpirlo en ningún momento y sin dejar de atusarle el pelo.

Cuando acabó su relato, Mirna no sabía qué decir. Por un lado, primero debía reponerse de las andanzas de él. No le sorprendían, pero una cosa era imaginarlas y, otra, escucharlas. Se había sonrojado, excitado, emocionado e incluso había llegado a respirar profundamente para contener las lágrimas.

—¿Y bien? —preguntó él en un susurro abriendo los ojos y mirándola.

Ella quería estar a la altura de las circunstancias, pero se sentía tan poca cosa y su experiencia era tan limitada que poco podía aportar.

Como ella no le respondía, Ryan se incorporó y se quedó a su altura.

—Estás esperando un consejo que no puedo darte.

—Atrévete, vamos. Di lo que piensas, conmigo no tienes que fingir o reprimirte —la animó.

Mirna sonrió de medio lado. ¿Cómo podía ella, con su pijama de franela y su coleta con no sé cuántos mechones sueltos, decirle algo a este portento de hombre?

—Está bien. Te diré lo que haría yo...

—Suéltalo ya —exigió para acabar con el suspense. Valoraba, y mucho, su opinión.

—Cásate con ella.

Ryan reaccionó parpadeando, echándose hacia atrás como si le hubiera atravesado una especie de corriente eléctrica, sólo que en este caso él no había metido los dedos en el enchufe.

—Estás de broma, ¿verdad? —acertó a decir impactado por aquel consejo.

—Mira, puede que sean imaginaciones mías, o que soy una sentimental, o una petarda anticuada, pero esa mujer es demasiado importante para ti como para mirar

hacia otro lado.

Él sonrió ante sus palabras. No, no era nada de eso, sino una persona mucho más inteligente y perceptiva que la mayoría y que con aquello demostraba no sólo su buen corazón, además dejaba patente que, pese a sus principios clásicos y sus recientes encuentros sexuales, no era egoísta y le dejaba libertad absoluta.

—Hazme caso, Ryan. Ve mañana a verla con un anillo.

—Me rechazará —alegó negando con la cabeza.

Mirna cambió de postura y, para convencerlo, se subió a horcajadas sobre él, sorprendiéndolo y obligándolo a sujetarla del culo para que no se cayera porque fue tal su ímpetu que lo desestabilizó.

—No, no lo hará —aseveró acunándole el rostro y mirándole fijamente a los ojos.

Y Ryan, que seguía sin dar crédito porque Mirna era muy grande, acercó los labios a los suyos y le dio un beso de los de película.

—¿Sabes? —murmuró acariciándole los labios húmedos con el pulgar—. Eres la mejor follamiga que he tenido.

Mirna se señaló a sí misma con cara de escepticismo y él asintió con fervor, lo que terminó de convencerla y entonces, agarrándose a sus hombros, se echó a reír.

—Yo no tengo mucha experiencia en estas cosas pero, ya que estamos confesándonos, lo diré: eres mi único follamigo.

Ryan la besó de nuevo, abrazándola hasta casi asfixiarla y sin querer soltarla porque, joder, tener la suerte de poder estar con ella de esa forma suponía todo un descubrimiento.

—Esta noche, ¿puedo dormir contigo? —inquirió y ella asintió porque entendió a la primera el significado de la palabra *dormir*.

Capítulo 11

Colarse en una clínica privada donde el coste de la estancia diaria era similar al de un hotel de lujo no resultó tan complicado como en un principio pudiera parecer, pues la gente en esos sitios es tan esnob que da por hecho que sólo pone un pie allí quien tiene una cuenta multimillonaria y por ese motivo Ryan, vestido de manera impecable, con traje azul marino y camisa blanca pero sin corbata, caminó como si fuera el dueño de todo aquello por los pasillos sin encontrarse ninguna barrera hasta la habitación de Marie. Es más, las enfermeras con las que se cruzaba lo miraban como si fuera un multimillonario de revista dispuesto a hacerles un gran favor; sexual, por supuesto. En otras circunstancias se hubiera detenido para comprobar si la sala de descanso de enfermería resultaba acogedora o no; sin embargo, no era el momento, necesitaba estar ciento por ciento concentrado en la tarea que tenía delante porque Marie no se lo iba a poner fácil. Si la memoria no le fallaba, ella, aún en los momentos de mayor debilidad, siempre sacaba fuerzas de flaqueza, jamás titubeaba; así pues, dudaba que ahora fuera diferente.

Con las manos en los bolsillos, aparentando una serenidad que precisaba pero que no sentía, puso un pie delante del otro, recorriendo las instalaciones. No le sorprendió que tuvieran *spa*, sauna, gimnasio y piscina climatizada. Despliegue de comodidades para gente adinerada, aunque se estuvieran muriendo. Toda una ironía.

Se detuvo frente a la puerta de la habitación y dudó en si llamar con los nudillos o pasar directamente. Realizó tres inspiraciones profundas, no sabía en qué estado se la iba a encontrar y eso le producía cierta inquietud. Terminó golpeando la madera con suavidad y esperó a que le dejaran pasar, por si justo en aquel instante se encontraba algún médico en el interior. Al no obtener respuesta, golpeó de nuevo, con la misma suavidad para no sobresaltarla; al no oír nada, agarró la manilla y empujó la puerta.

—Vamos allá —se dijo para infundirse valor. Nunca antes había estado tan seguro de una cosa y al mismo tiempo tan cagado de miedo. Miedo al rechazo, a hacerle llorar, a salir de allí destrozado, a no ser capaz de estar a la altura de las circunstancias...

La estancia se encontraba en penumbra y aquélla no era una habitación de hospital, era un apartamento. Anduvo despacio observando la sala de estar dispuesta para la visitas. El suelo enmoquetado amortiguaba sus pisadas y continuó caminando hasta verla.

Allí estaba, con la cama dispuesta junto a una enorme ventana cubierta con estores, y ella acostada boca arriba, con la cabeza ligeramente ladeada y los ojos cerrados.

Fue imposible pasar por alto la vía conectada al gotero de su brazo izquierdo. Se fijó también en su rostro. La había visto hacía menos de un mes y no podía haber adivinado lo que ocurría. Ahora, sin maquillaje, sí eran visibles en su rostro el cansancio, el sufrimiento y la resignación.

Ryan se quedó allí de pie; ella dormía y le pareció una crueldad despertarla por lo que, apoyado en la pared y con las manos en los bolsillos, se dedicó a contemplarla y a cada minuto que pasaba miles de recuerdos hacían acto de presencia. Miles de recuerdos que la mayor parte de las veces eran incompatibles con la imagen actual de Marie.

Respiró sin poder apartar la mirada de ella. Ser consciente de que nada puede hacerse es quizá más doloroso que quedarse de brazos cruzados. Le destrozaba por dentro que Marie tuviera un final así.

Se giró cuando oyó la puerta abrirse y se puso en guardia. Él no debería estar allí. Una enfermera, tan de diseño como el resto de las instalaciones, hizo acto de presencia.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó la mujer mirándolo de arriba abajo, y él sonrió seductoramente para camelarla y que no llamara a seguridad.

Ryan se llevó el dedo a los labios indicándole con cierta guasa que mantuviera silencio y se acercó a ella despacio, dejando que ella se recrease la vista, nada mejor que desviar la atención y así poder quedarse.

—¿Es usted familiar? —preguntó con amabilidad la enfermera coqueteando con él, con pestañeo y sonrisa incluidos.

—Sí —mintió sin dudar.

Siempre sería mejor dar explicaciones cuando resultaran absolutamente necesarias, si le pillaban, claro.

—Pues es la primera vez que le veo por aquí... —murmuró ella sin quitarle el ojo de encima.

Quería poner fin a aquella situación y quedarse a solas con Marie, pues corría el riesgo de que en efecto se presentara un familiar y entonces se complicara todo el asunto. Su idea inicial no era coquetear, pero si no quedaba más remedio...

—¿Puedo contarle un secreto? —susurró con voz ronca y sonrisa insinuante.

—¡Me encantan los secretos! —exclamó cómplice como si se la fuera a llevar al cuarto de la limpieza.

La conversación, insulsa, hizo que la paciente se despertara. Marie entreabrió los ojos y vio a dos personas en su habitación. Un hombre vestido de traje le daba la espalda y la enfermera, a quien se le caía la baba, lo miraba poniendo ojitos.

Richard seguía siendo atractivo; pese a que había perdido pelo, conservaba su magnetismo, en especial cuando las mujeres averiguaban su saldo bancario. Sonrió, hacía mucho que eran sólo amigos y quien se tenía que preocupar ahora de los flirteos de él era su prometida y no ella.

Achicó los ojos y frunció el ceño. No parecía Richard... en especial porque su exmarido era moreno y, si bien la altura podía confundirla, tenía la sensación de que era otro.

—Ah, señora Crown, está usted despierta —dijo la enfermera fijándose en ella y dejando de babear por el tipo.

La mujer, visiblemente molesta porque su coqueteo hubiera sido interrumpido, se acercó a la cama y se ocupó de revisar el gotero, la altura de la cama y otras cosas. Marie, resignada a que la trataran como a una inválida, la miró de reojo deseando que se fuera cuanto antes; entonces el hombre se dio la vuelta y, de haber podido, se habría levantado para partirlle la cara.

—Llame a seguridad —exigió a la enfermera sin elevar el tono de voz pero firme—. Échelo de aquí.

—Pero...

Marie giró la cabeza para no mirarlo, esperando que ella hiciera caso de manera inmediata; por el dinero que costaba al día su ingreso, ¡qué menos!

—No haga caso a la señora Crown —intervino con rapidez Ryan utilizando su sonrisa de anuncio antes de que la chica empezara a hacer preguntas y de verdad lo echaran a la calle.

—Yo... —balbuceó la chica mirando a uno y a otro dudando sobre a quién obedecer.

—La paciente soy yo y exijo que se obedezcan mis deseos —se impuso Marie, que a pesar de su debilidad todavía se hacía oír.

Ryan, intuyendo que podía terminar de patitas en la calle, se situó junto a la empleada y le rodeó los hombros con el brazo. Sin pizca de vergüenza, se acercó a su oído y musitó:

—En el bolso derecho de mi chaqueta llevo un precioso y carísimo anillo... —se detuvo para darle emoción y para que la enfermera sacara sus propias conclusiones.

—¿No ha dicho que era de la familia? —preguntó ella frunciendo el ceño y Ryan maldijo por no haber preparado un diálogo como Dios manda. Recompuso mentalmente toda la escena y siguió hacia delante.

—Quería que todo fuera romántico para...

—Llame a seguridad —insistió Marie desde la cama con un nudo en la garganta al verlo tan cerca de esa afortunada. No había perdido ni un ápice de su atractivo, sino todo lo contrario, con los años había ganado.

—... para pedirle a esta mujer que se case conmigo —remató él utilizando un tono de galán seductor que deshacía cualquier escollo.

—¡Oh, Dios mío! —chilló la enfermera emocionada como si fuera ella la destinataria de la alianza.

—Era una sorpresa... —añadió en tono cómplice para ganársela del todo.

—Por supuesto, por supuesto... —convino algo azorada.

—Me gustaría que este momento fuera... ya sabe... íntimo...

—¡Ah, qué bonito!

Marie observó con disgusto cómo ese embaucador se salía con la suya y la enfermera, con una sonrisita estúpida, abandonaba la estancia dejándola a solas con el único hombre al que no deseaba ver.

—Estarás contento... —masculló recordándose que no debía mostrar ningún

signo de debilidad, entre los cuales se incluía derramar una lágrima.

No quería verlo; si había contactado con Ryan fue sencillamente porque deseaba despedirse de él y que Ryan la recordara elegante, hermosa... no marchita y anclada a aquella jodida cama. Y todo su plan se había ido al garete. Esta maldita enfermedad no sólo le arrancaba la vida, sino que, además, sin una pizca de glamur. Todos los millones del mundo no valen una mierda cuando, teniendo en casa un armario repleto de ropa exclusiva, tenía que conformarse con aquel sencillo camisón.

Él, ajeno a todo ese debate interno, se aseguró de que la puerta estuviera bien cerrada; después caminó a paso lento, con las manos en los bolsillos como si estuviera evaluando el mobiliario, lo cual le importaba una mierda; intentaba reorganizar sus pensamientos porque, si bien cuando escuchó de labios de su querida Mirna aquella sugerencia la aceptó, ahora, frente a Marie, ya no estaba tan seguro. No porque la idea le desagradara, sino porque era un cobarde.

Ella, sin perderlo de vista, conteniendo a duras penas sus emociones y odiándolo por aquel asqueroso silencio, alargó la mano hasta alcanzar el pulsador de alarma. Cerró los ojos unos segundos.

—Adiós, Ryan —musitó.

Pero aquellos cuatro o cinco segundos fueron suficientes para que él se percatara de su maniobra.

—Deja eso, joder —ordenó arrebatándoselo de las manos y poniendo el jodido chivato fuera de su alcance—, y escucha.

—No estoy de humor, lárgate.

Ryan se sentó en el borde de la cama y le cogió la mano, la que estaba, por desgracia, con la vía, y se la acarició. Había mentido a la enfermera, no tenía ninguna alianza en el bolsillo, Marie no era una mujer convencional.

Vio cómo ella respiraba, nerviosa, sintiéndose débil, vulnerable, y no quiso dilatar más aquello. Tenía que hablar.

—He venido con un solo propósito. —Entrelazó los dedos con los de ella y la miró fijamente—. Casarme contigo.

Nada de pedírsele, nada de hincar la rodilla. Directo.

Marie parpadeó porque era lo último que esperaba; no obstante, se recuperó pronto de la sorpresa, liberó su mano porque cualquier contacto con él podía hacer que flaqueara y miró hacia el exterior, a través de aquella maldita ventana con la que se tenía que conformar para ver el sol. Ni fuerzas para salir a dar un paseo por los magníficos jardines de la clínica tenía.

—No te pregunto si aceptas porque sé la respuesta —prosiguió él—; por eso no se trata de una petición formal, sólo te estoy informando. ¿Mañana te viene bien?

—¿Estás mal de la cabeza? —inquirió ella con un nudo en la garganta, el cual se hizo más grande cuando él volvió a coger su mano.

—Supongo que esta sincera petición llega con unos años de retraso, pero nunca es tarde...

—Ya he estado casada —farfulló—, es un asco. —Se frotó el dedo donde había llevado el anillo durante su matrimonio con Richard; ya no quedaba marca, pero había estado ahí demasiado tiempo como para olvidarlo.

—Sí, bueno, algo he oído...

—Mira, Ryan, esto no es un maldito guion de esos tan ideales con *happy end* que tú escribes, esto es la vida real. —Se detuvo, no hacía falta decir que su final estaba muy cerca y que de *happy* tendría muy poco.

—Sé a la perfección lo que es y mañana, a estas horas, serás mi esposa. Creo conocerte lo suficiente como para saber que deseas una boda civil; perfecto, a mí también me parece más apropiado, aunque estoy dispuesto a sacrificarme si así lo deseas.

—¿No vas a decirme que me quieres? —apuntó con sarcasmo porque era la única forma de soportar aquello.

—Entre nosotros no es necesario —murmuró y se inclinó para besarla en la mano.

Ryan se puso en pie, sin soltarla, y se acercó a sus labios. Ella suspiró y maldijo; sin embargo, no se apartó y cerró los ojos. Se merecía aquello y dejó que pasara. Esperaba algo suave, delicado, pero se equivocó: él se mostró agresivo, lamiéndole los labios y mordiéndoselos incluso hasta hacer que gimiera, pero sólo ella sabía que, para ponerla en ese estado, él poco tenía que esforzarse.

Era una mierda que, con la cantidad de opiáceos que tenía metidos en vena, su cuerpo no reaccionara como le hubiese gustado y se conformó con los recuerdos de lo que un día fue mientras disfrutaba de la sensación, difuminada por los medicamentos, de tenerlo otra vez junto a ella.

—Mañana tenemos una cita —murmuró pegado a su boca con una media sonrisa seductora y ella, sabiendo que iba a cometer un error garrafal, asintió. Sería su último error.

Ryan salió de la habitación con una sensación agrisulce por todo aquello, pero hasta la fecha nunca se había venido abajo ante la adversidad y ahora no iba a ser la primera vez. Así pues, fue directo a su trabajo porque ya llevaba unos cuantos días despistado y, sin detenerse en ningún sitio, fue en busca de Mirna.

—Dime que tienes un vestido de fiesta elegante o, si no, te consigo yo uno ahora mismo —disparó nada más verla.

Mirna apartó la vista de la pantalla de su monitor y lo miró. No hicieron falta palabras. Se levantó de inmediato y saltó a sus brazos. Él le devolvió el gesto apretándola fuerte.

—Algo tengo por ahí —murmuró con la voz amortiguada contra su pecho.

—Vas a ser la mejor madrina del mundo —añadió él contento elevándola emocionado.

—¡Bájame! —chilló—. ¡Bájame! O, si no, mañana tendrás una lesión de espalda.

—Uy, qué escenita más tierna... —comentó alguien con voz de pito.

Ryan soltó a su becaria y se preparó mentalmente para soportar a Maggie, que por alguna extraña razón había decidido pasar por allí; a saber para qué.

—¿Qué deseas, corazón? —preguntó con la sonrisa más falsa del universo.

Mirna volvió a su mesa; prefería pasar desapercibida delante de la actriz y, si hasta ahora lo había conseguido manteniéndose en silencio, deseaba que todo siguiera de ese modo.

Maggie miró a la becaria con su altivez habitual y se concentró en Ryan.

—Me gustaría proponerte unos cambios.

—Tú dirás —murmuró Ryan manteniendo la sonrisa hipócrita.

—He hablado con Ewan y él, que ya sabes cómo se preocupa por mí, me ha dicho que es un buen guion, aunque también dice que no tengo por qué llegar hasta el final si no me siento cómoda.

Ryan se cruzó de brazos, ¡joder con los consejitos de ese traidor!, ya le pondría las pilas en la próxima reunión «de chicos». Ahora entendía a Patrick y sus constantes ataques sobre el cambio experimentado por el abogado.

—Ya hemos comentado ese asunto —adujo esperando zanzar el temita.

—Ya pero... ¿y si después Patrick, o sea, Ralph, no me quiere?

—No sufras por eso, él siempre te querrá —aseveró y después tuvo que mirar hacia otro lado porque estaba a punto de sufrir un ataque de risa; si el actor le oía decir algo así, acabarían en los tribunales o en una pelea callejera, con Patrick uno nunca sabía.

—¿Tú crees?

—Que sí, tontina, que de eso me encargo yo —le dijo en plan paternal.

—Bueno, esto... —Se mordió el labio, sólo un poco, para no jorobar el relleno.

—Hazme caso... —se arrimó a ella y rodeó sus hombros para, sin que se diera mucha cuenta, sacarla de su oficina... vuestra relación saldrá reforzada.

Mirna, al oír eso, se tapó la cara con la mano para disimular su sonrisa. A hábil no le ganaba nadie.

—Joder, mira que es petarda —refunfuñó Ryan mientras regresaba a su despacho negando con la cabeza para olvidar las estupideces de Maggie—. Bueno, da igual. Nosotros a lo nuestro. Tú, a la peluquería, te quiero radiante para mañana.

—¿Cómo dices? —inquirió Mirna sonriente y emocionada al verlo tan decidido, aunque en el fondo sentía un poco de envidia, pues desearía ser ella quien se casara en menos de veinticuatro horas... pero, como un tal Stuart ni siquiera se dignaba a llamarla, ya empezaba a resignarse.

—No me pongas más nervioso de lo que ya estoy y, por favor, ¿podrías solucionarme el tema legal?

—¿Y tú no vas a hacer nada?

—Yo, pues... —Ryan puso cara reflexiva repasando qué más le podía hacer falta para el gran día, algo se le estaba escapando... me voy a buscar un padrino...

Capítulo 12

Mirna caminaba entre el novio y el padrino sintiéndose observada, y no era para menos. Ryan estaba impresionante con su traje gris, camisa gris y corbata gris. Y, por si éste no llamaba suficiente la atención, al otro lado un actor sonriente, al que parecía resbalarle todo, silbaba como si estuviera a punto de ir a una recepción o algo así.

Ryan saludó a un par de enfermeras con un gesto amable; no así Patrick, que las miró como si fueran farolas de la calle.

—Tú te quedas fuera —intervino Patrick impidiéndole el paso cuando llegaron a la habitación—; ya sabes, las chorradas esas de ver a la novia antes de la ceremonia.

Ryan puso los ojos en blanco pero Mirna asintió y le dio la razón.

Así que tuvo que quedarse fuera mientras esperaban al juez.

—Al menos hazme compañía —pidió el novio mirando al actor.

—De acuerdo —convino y, como si fuera un niño travieso, sacó una petaca de licor del interior de su americana.

—Joder... —masculló Ryan negando con la cabeza.

—Eh, que yo sólo intentaba ayudarte a templar los nervios —se defendió volviéndola a guardar—. ¿Puedo hacerte una pregunta personal?

—No.

—Me lo tomaré como un sí —dijo sin importarle su negativa—. Yo tengo claro que no voy a casarme, pero ¿para qué lo haces tú? Y te lo pregunto desde la más sincera admiración y respeto.

—No lo sé, simplemente creo que es algo que debo hacer.

—Mmmm...

—¿Cómo que mmmm?

—¿Por pena? ¿Por compasión?

—No, desde luego que no —repuso ofendido—. La he querido toda mi vida y, aunque... nos separamos, no quiero perder la oportunidad de hacer lo que en su día no hice.

—Ya, pero ¿y ella lo entiende así?

—Joder, tío, para ser un irresponsable y un gilipollas indiferente a todo, estás dando en el clavo —le reprochó porque le planteaba las preguntas del millón.

—Que finja ser tonto no significa que lo sea —le dijo sin rastro de guasa, ni de su consabida teatralidad—. Y ahora, alegre esa cara, te vas a casar.

—Ya me gustaría a mí verte en una situación similar.

—Bueno, si mi hermano pesca novia, que lo dudo porque es bastante improbable debido a su manera de ser, te podrás hacer una idea de cómo estaría vestido de novio.

—¿Y Helen qué opina?

—Yo, por si acaso, no se lo pregunto, no vaya a ser que se anime y tengamos jarana.

—¿Y si ella te lo pide? —prosiguió indagando porque tocándole la moral a

Patrick controlaba un poco sus nervios, así era más fácil soportar la espera.

—Pues... ¡yo que sé! —exclamó frunciendo el ceño—. No me pongas de mala leche ahora. Y calla, que por ahí viene.

Los dos oyeron el repiqueteo de unos tacones.

—Por cierto... ¿cómo es que ella llega más tarde? —dijo Ryan en voz baja.

—Porque ha ido a buscar sitio para aparcar —respondió tan pancho—. Ya sabes cómo es, incapaz de dejarlo en la entrada.

El novio negó con la cabeza. Hacerle entender a Patrick que está prohibido aparcar en la puerta de un centro hospitalario era perder el tiempo.

—¿Nervioso? —inquirió Helen con media sonrisa al novio, besándolo en la mejilla al detenerse junto a ellos.

—Un poco —contestó Ryan inquieto porque delante de ella no merecía la pena disimular.

—¿Para mí no hay beso? —interrumpió un actor envidiosillo hasta poniendo morritos y ella, para hacerlo sufrir un poco, se limitó a alisarle las solapas de la americana y negar con la cabeza.

—Ya verás como todo sale a las mil maravillas. ¿Y de qué estabais hablando? —les preguntó para que la espera resultara más agradable.

—Le decía a tu chico que por qué no se casa contigo —disparó Ryan a bocajarro. Se moría por ver la cara de Patrick y, por supuesto, escuchar su respuesta.

—¿Casarme yo con él?! —exclamó Helen señalándose a sí misma—. No, ni hablar.

Ryan se cruzó de brazos y se rió entre dientes. Efectivamente, el actor frunció el ceño y estaba cargando la munición porque la miró de una manera que no presagiaba nada bueno.

—¿Y puede saberse por qué no quieres casarte conmigo? —rezongó achicando los ojos.

—¿Estás loco? Tu hermano me ha contado la historia de tu familia; si se me ocurre casarme contigo, luego no podré divorciarme.

—Ahí me has pillado...

* * *

Mirna entró con cautela en la habitación. Bueno, habitación o apartamento de lujo. En la sala de estar habían dispuesto un pequeño *catering* y también un atril. Tenía la sensación de que no le correspondía estar allí; al fin y al cabo, no conocía a la novia. Si bien estaba al tanto de toda la historia de los contrayentes, no sabía cómo reaccionaría al ver a Marie.

—Tú debes de ser Mirna, ¿verdad? —preguntó la novia con media sonrisa.

Permanecía sentada, en uno de los sillones, junto a la ventana. Hizo un esfuerzo

para levantarse y agradeció que la recién llegada no corriera a ayudarla, porque se había propuesto casarse de pie, sin ayuda; no acostada en una cama como una moribunda.

Ante la timidez de la chica, Marie se acercó hasta ella y le ofreció la mano. Un gesto muy cordial, casi como si estuvieran llevando a cabo una transacción económica. Ésa no era la forma, pensó.

—Sí, lo soy —respondió tímida sin poder pasar por alto el esfuerzo que estaba haciendo Marie por mantenerse en pie; a pesar de su enfermedad, lucía espectacular. Esta mujer, en sus buenos tiempos, debía haber sido imponente. Iba vestida de rojo, un traje de chaqueta y pantalón, entallado con cierto aire masculino y el pelo corto peinado hacia atrás.

—Me alegro de conocerte —continuó Marie e hizo un gesto para que ambas se sentaran.

Mirna se dio cuenta de que su ofrecimiento, además de dejar patente una exquisita educación, era una forma sutil de acomodarse y no agotarse.

—Lo mismo digo.

—Anoche mantuve con Ryan una interesante conversación...

—Ha sido todo tan rápido que espero haberlo organizado todo bien —interrumpió Mirna.

Marie le cogió la mano y le dio un apretón reconfortante.

—Todo estará perfecto. No me refería a eso. Anoche, cuando me llamó por teléfono, pensé que era para arrepentirse y dar marcha atrás, pero no, el muy... cabrón.

Mirna se sobresaltó, que utilizara un término semejante para describirlo resultaba cuanto menos curioso, pues por su tono sofisticado jamás pensó que lo hiciera.

—Pero, en fin, parece que tú lo conoces bien, ¿me equivoco? —Mirna se sonrojó, lo cual vino a confirmar sus sospechas.

Durante su extensa conversación telefónica de madrugada, Ryan le confesó varias cosas, entre ellas que su compañera de trabajo era mucho más que eso. Marie sintió esa punzada de celos, absurdos por otro lado, pues, de haber estado en condiciones y de haber querido recuperarlo, ninguna mujer se hubiera interpuesto en su camino. No obstante, era muy consciente de que su tiempo se acababa y de que, si de verdad le quería, no le quedaba otra opción que aceptar que él seguiría con su vida y nada mejor que junto a alguien que le entendiera, porque, a juzgar por las palabras de su futuro y efímero marido, ella era importante en su vida.

—No tienes nada de qué avergonzarte —le dijo Marie para tranquilizarla.

—Es algo complicado, yo... bueno, tengo, tenía novio y aún no sé si podré arreglarlo con él. ¡Oh, Dios! ¿Pero cómo puedo ser tan idiota? Estás a punto de casarte y yo aquí, diciendo tonterías.

—No lo son —la contradijo con amabilidad—, pero, si me permites una opinión, sincera y desinteresada, por cómo habla de ti, al menos deberías darle una

oportunidad.

Mirna, que no salía de su asombro, parpadeó.

—No sé si estoy segura de lo que eso significa —musitó sin poder evitar acordarse de lo que habían hecho, lo que desembocó en un sonrojo.

—Doy por hecho que eres lo suficientemente inteligente como para saber de qué hablo.

—No sé si es el mejor momento para algo así —se excusó Mirna azorada porque nunca imaginó que aquella conversación se llevaría a cabo.

—Escucha, no tengo tiempo ni ganas que perder, en realidad nunca he sido amiga de andarme con rodeos. Ryan es especial, diferente, y no es dado a confiar; sin embargo, y he aquí mi sorpresa, contigo sí lo ha hecho y eso me dice a las claras que tú no eres una más.

Mirna recordó la conversación sobre los follamigos y asintió.

—Para mí también ha sido de gran ayuda —admitió respirando profundamente.

—Pues entonces todo arreglado. —Marie le dio unas palmaditas cariñosas—. Confío en que sabrás estar a la altura de las circunstancias.

Con aquellas extrañas palabras la novia dio por finalizada la conversación y Mirna se quedó pensativa, intentando desgranarlas, analizarlas. ¿Marie le estaba pidiendo que se ocupase de Ryan cuando ella ya no estuviera? O, mejor dicho, ¿cómo quería que se ocupara de él exactamente?

No tuvo tiempo de reflexionar más porque llamaron a la puerta. Marie se retocaba el abundante maquillaje en un espejito y ella fue a abrir.

—Adelante, señora Meyer —la saludó Mirna—. Gracias por venir a pesar de haberla llamado con tan poca antelación.

—Buenos días, señorita Grant —respondió la jueza.

El padrino, como si fuera el dueño de todo aquello, entró después y lanzó una sonrisa picarona a la jueza, que por lo visto debía de ser admiradora y que, de tener unos veinte años menos, se le hubiera lanzado encima, lo cual hasta podía estar rondándole por la cabeza porque no dejaba de comerse a Patrick con los ojos y éste, con su ego elevado a la máxima potencia, se pavoneaba.

Ryan fue el último en entrar, acompañado de Helen, quien, discreta como siempre, miraba hacia otro lado ante las payasadas de su pareja, pues, al estar acostumbrada, apenas le sorprendían. Si le hubiera advertido para que su comportamiento fuera el correcto, Patrick se hubiese portado aún peor.

El novio sonrió, nervioso, a la novia, que le esperaba de pie y no pudo por menos que admirarla ante su fuerza de voluntad. Caminó hasta ponerse a su altura y se inclinó para besarla en los labios.

—¿Eso no es después? —susurró Patrick a su chica al oído.

—Calla un poco. Y ponte a su lado, que eres el padrino.

Todos se colocaron en sus posiciones y la jueza, que no dejaba de merendarse al actor, comenzó a leer las disposiciones legales sobre el matrimonio civil. Después se

dirigió a los contrayentes y su trabajo finalizó.

La señora Meyer se despidió de todos, en especial de Patrick, al que besó, según criterio unánime, con demasiada efusividad, y después se situaron junto al bufé improvisado para brindar por los novios. Marie, por razones evidentes, no podía tomar ni una sola gota de alcohol, así que Ryan bebió un buen sorbo y después la besó con verdaderas ganas, lo que desembocó en un aplauso.

La recién casada se sentó y los demás imitaron su gesto; no hacía falta mencionar lo obvio, pero ya que la estancia disponía de un amplio salón, no era necesario estar de pie. Marie miraba a los acompañantes de su marido y se sintió bien porque a Ryan se le veía contento.

La celebración estaba en su apogeo. El novio ya tenía la corbata desanudada y no soltaba la mano de Marie. El padrino divertía a todos con sus anécdotas, unas más subidas de tono que otras.

—¿Siempre es así? —le preguntó la madrina a Helen cuando ya no podía sonrojarse más. Ni el champán más refrescante podía enfriar aquello.

—Sí, pero, tranquila, hoy se está portando medianamente bien —respondió Helen encogiéndose de hombros.

Marie no dejaba de reírse... ¡y ella que pensaba haber hecho de todo en sus años mozos...! Lo cierto era que, como muchas, en su momento babeó por el actor, pero eso pasó un millón de años atrás. Después conoció a Ryan y ya no quedó espacio para famosillos.

Oyeron unos golpes en la puerta. No esperaban a nadie y habían dado orden al personal de que, salvo emergencia, no los interrumpieran. Ryan se puso en pie y fue a abrir. Cuando entornó la puerta, se encontró cara a cara con un tipo que sólo conocía por fotos.

—¿Puedo pasar? —preguntó el recién llegado con aire serio, casi solemne.

—Sí, por supuesto.

Marie miró al recién llegado y respiró, un poco asustada de Richard. No lo esperaba allí, tampoco se había molestado en avisarla.

—¿Podemos hablar a solas? —preguntó Richard a su exmujer.

Ryan no era muy amigo de montar escenitas, ya las montaba en su imaginación y las escribía, no las necesitaba en la vida real, pero no iba a permitir que ese tipo les amargara la fiesta.

—No, no puede —intervino Ryan—. ¿Ocurre algo?

—Quiero hablar con ella —insistió Richard.

—Richard, por favor, no es el momento —intervino Marie sintiéndose agotada y decepcionada porque su ex apareciera con ese aire tan combativo.

Helen tiró de su chico para salir de allí y Mirna, que pensó lo mismo, se unió a ellos, abandonando la habitación.

—Yo creo que sí lo es. Acabas de casarte, así, por sorpresa.

—Como comprenderás, éste no iba a ser un compromiso largo —retrucó con

sarcasmo.

—Joder, Marie... —masculló Richard—. Pensé que éramos amigos, maldita sea.

—¿Y qué tiene eso que ver?

—Que ni siquiera te has dignado a llamarme —señaló ofendido—. Sabes que siempre he querido lo mejor para ti...

Richard se paseó por la habitación, molesto. Se aflojó la corbata y, después de mesarse un par de veces el cabello que ya escaseaba, miró al novio.

—Siempre fuiste tú.

Parecía una acusación, o al menos así es como Ryan se tomó aquellas palabras. Prefería no hacerlo de manera literal, pues en su momento él fue quien se quedó de brazos cruzados viendo cómo Marie le dejaba por otro.

—Nunca te olvidó —prosiguió negando con la cabeza—. Se casó conmigo, sí, fue mi mujer, pero pensaba en ti.

—No es necesario hablar de eso ahora —intervino ella. No entendía por qué Richard sacaba ese tema a colación.

—No, no lo es, pero él debería saberlo, ¿no crees? Se ha casado contigo, deduzco que por interés.

—¿Qué estás insinuando? —intervino Ryan enfadado. Ya no eran insinuaciones. Que el tipo estuviera celoso podía entenderlo, eso es algo ineludible, pero de ahí a acusarlo de aprovechado había una gran diferencia. Y no iba a tolerarlo.

—No sé si lo sabes, pero Marie es una mujer muy rica —dijo con ironía—, y con las prisas seguro que no te ha obligado a renunciar a su dinero.

—¡Richard! —exclamó ella llevándose una mano a la cabeza, que empezaba a dolerle; necesitaba descansar.

—¿Quieres que te firme un puto papel? —inquirió Ryan sin levantar la voz. No quería darle el gusto de verle ofendido.

—Me quedaría más tranquilo, sí —adujo como hombre de negocios acostumbrado a no dejar cabos sueltos.

—¿Y si yo no quiero que renuncie a nada?

—Marie, cariño, es lo mejor —murmuró Ryan.

—Mis abogados se pondrán en contacto contigo —dijo Richard más tranquilo. Caminó hasta donde estaba ella, se inclinó y le dio un beso en la mejilla—. Siempre te he querido, lo sabes.

Marie le entendía. Era el peor momento para hablar de asuntos monetarios, pero le comprendía. Habían hecho un pacto y debía cumplirlo. A pesar de que se casó con ella sabiendo que pensaba en otro, no se lo reprochó y había estado a su lado en todo momento.

—Por fin a solas —musitó ella con una sonrisa tensa cuando sus palabras se hicieron realidad.

—Sí, por fin... —respondió quitándose la corbata y lanzándola por encima de su hombro.

Capítulo 13

Mirna intentaba controlar sus nervios, pero no lo lograba. Tenía dos justificados motivos para ello. Uno podía disimularlo; el segundo, no.

El primero, hacía dos días que Stuart había vuelto a ponerse en contacto con ella. Una escueta llamada para comunicarle que había regresado tras un viaje de negocios y que deseaba verla para poder hablar.

«Hablar de qué», se había dicho a sí misma en silencio incapaz de decirle que no, que no estaba para conversaciones que no llevaban a ninguna parte. Pero, si ese motivo ya era de por sí suficiente para rechazar la oferta, además tenía uno más importante: no era el mejor momento anímicamente hablando, ya que enlazaba de pleno con el segundo, el que no conseguía disimular.

Allí, delante de todos los reunidos para despedir a Marie, Ryan la tenía cogida de la mano. Un agarre fuerte, contundente. Y pese a que deseaba soltarse, no lo hacía. Surgirían un millón de especulaciones, porque no es muy normal que el viudo sostenga así la mano de una mujer que no es un familiar. Lo miró de reojo, no se atrevía a más, y reprimió un suspiro. Estaba guapísimo, de blanco, algo que la había sorprendido pero que según él no era por decisión propia, sino el cumplimiento de una promesa.

Estaban en un acto de despedida bastante atípico. A última hora de la tarde. Rodeados de gente a los que no conocían pero que se acercaban a Ryan para darle sus condolencias y de paso mirarlo como si no se lo creyeran, pues para casi todos su boda había sido una absoluta sorpresa y no habían terminado aún de asimilar ese matrimonio cuando se produjo el fallecimiento de Marie.

Un mes había durado. Durante ese tiempo, Mirna había visto muy poco a Ryan. Él se pasaba, como era lógico, la mayor parte del tiempo junto a la enferma. En el trabajo nadie se había opuesto a ello y la becaria se había ocupado de tenerlo todo al día.

El acto de despedida estaba llegando a su fin. Algunos amigos habían hablado sobre recuerdos, anécdotas y otras curiosidades sobre ella. Ryan, no. Él conocía todos sus secretos y no estaba dispuesto a compartirlos con nadie, ni siquiera al parecer con Mirna. No obstante, continuaba teniéndola fuertemente agarrada.

Abandonaron la sala, en silencio. Mirna quería apoyarlo, pero no de manera tan pública, aunque no veía el momento de hacérselo saber. Esperaba que, al subirse al taxi, él la liberaría.

—¿Puedo hablar contigo un instante? —les interrumpió Richard, quien había permanecido en un segundo plano todo el tiempo.

—No es el momento —murmuró Ryan haciendo amago de reanudar la marcha.

Mirna percibió la tensión, pues Ryan apretó más fuerte su mano. Temió que se enzarzaran en una discusión verbal y que muchos de los que habían acudido pusieran la oreja, enterándose así de ciertos aspectos que siempre deberían permanecer en

secreto.

—Sólo quería darte las gracias —dijo Richard tendiéndole la mano—. Por todo.

—De nada —contestó distante.

Se notaba que se sentía incómodo y que prefería que la conversación finalizase cuanto antes. Ryan miró a su acompañante, advirtiéndole con la mirada que no dijese nada. Conocía la afición de Mirna por ser amable con todo el mundo.

—Sé que ha sido difícil. Has sabido estar a la altura de las circunstancias y siempre estaré en deuda contigo por tu discreción.

—¿Esperabas que aireara sus miserias? —inquirió tenso.

—No todo el mundo es tan honrado como tú —añadió Richard y parecía sorprendido de verdad.

—¿Algo más? —replicó cansado de aquella conversación.

Por desgracia, su honradez le había llevado a mantener una amarga discusión con Marie tres días después de la boda. Ésta, sin preocuparse por sus bienes, se había desentendido de ellos y del enfado de su ex, pues, si nadie lo remediaba, Ryan sería el beneficiario de todo. Y ni él lo deseaba ni tampoco, por supuesto, Richard, así que el recién casado, a espaldas de su esposa, había contactado con Ewan para que le llevara todo el asunto legal.

Desafortunadamente, éste había comentado el asunto de pasada con Patrick y había tenido que soportar una noche «de chicos» para dilucidar los pros y los contras sobre quedarse o no con una succulenta cuenta bancaria. A favor, ni que decir tiene, se posicionó el actor, que hasta le dio la tarjeta de su hermano para que le gestionara el patrimonio. En la parte neutra, Ewan, que se limitó a aconsejar legalmente sobre los pasos que debía dar, y en contra, el interesado, que, por mucha tentación que fuera el hecho de vivir de las rentas de por vida, no cambió de opinión.

—Sí —dijo Richard respondiendo a su pregunta—, me gustaría que te quedases con sus efectos personales.

Ryan se tensó y respiró profundamente. La tentación de partirle la cara era demasiado fuerte. Sólo una estupidez más y su contención se iría al garete.

—No voy a coger nada. Adiós.

Se dio media vuelta, con Mirna a rastras, dispuesto a olvidar aquella insana conversación.

—Espera, por favor. Sé que hay cosas que a ella le gustaría que tuvieras.

—Sólo te lo voy a decir una vez. No voy a aferrarme a objetos materiales para recordarla. No lo necesito. Y ahora, si me disculpas, tengo prisa.

—Siempre fuiste tú —apostilló Richard en tono abatido—. Se casó conmigo... estuvo a mi lado... pero...

—Dejémoslo aquí, por favor —masculló Ryan sin despedirse y salió de allí como alma que lleva el diablo. Fuera, se subieron al primer taxi disponible.

Mirna no dijo nada cuando él le dio al taxista la dirección de su casa; pensó que tal vez prefería acompañarla a ella primero antes de encerrarse en su apartamento y

pasar la noche solo. Pero se quedó a cuadros cuando, al llegar, pagó la carrera y se apeó con ella. Mirna no sabía cómo plantear la cuestión sin parecer desagradable.

—Ryan, muchas gracias por acompañarme a casa —comenzó a decir con cautela dando a entender que podía marcharse en cualquier momento.

Sin embargo, él no quiso darse por enterado y la siguió. En el ascensor empezó a ponerse nerviosa. Cuando él esperó a que abriera la puerta, se mordió el labio y, cuando pasaron al interior, ella, resignada, dijo:

—¿Quieres quedarte a cenar?

—No.

Mirna respiró tranquila. Vale, quería pasar un rato acompañado. Comprensible.

—Entonces podemos sentarnos y picar algo...

—No tengo hambre —la interrumpió y se deshizo de su americana blanca y de la corbata. También se quitó los zapatos y, para asombro de ella, no se detuvo en ese punto.

—¿Qué... qué haces?

—Ponerme cómodo —respondió metiéndose en el dormitorio como cualquier otra noche que se quedaba en su casa; la diferencia era que no se trataba de una noche cualquiera.

Mirna resopló. La cosa se complicaba por momentos. Quizá, tras mucho dilucidar, algunas de las liberales teorías de Ryan sobre ciertos aspectos pudieran ser comprensibles y hasta aceptadas; no obstante, eso de que, tras venir de un funeral, él se comportara como si tal cosa, teniendo además en cuenta a quién acaban de despedir, ya era pasarse de liberal.

Lo siguió al dormitorio, no para seguir contemplando un improvisado estriptis, sino para dejarle muy clarito que no, que debía regresar a su casa.

—Quiero dormir contigo —dijo él sin mirarla mientras dejaba los pantalones sobre una silla y se quedaba en calzoncillos delante de ella. Unos blancos y bien ajustados, por cierto.

A ella se le cayeron todos los esquemas y sólo pudo balbucear:

—¿Perdón?

Ryan, haciendo caso omiso de su preocupación, se fue al cuarto de baño y, con toda la naturalidad del mundo, se ocupó de sus cosas, empezando por cepillarse los dientes. Ella, azorada a más no poder, negó con la cabeza. No tenía ganas de dormir en el sofá, pero si no quedaba más remedio...

Él abandonó el aseo y Mirna contempló, sin salir de su asombro y sin haber sido capaz de moverse, cómo apartaba las sábanas, se metía en la cama y se sentaba apoyándose en el cabecero con su teléfono en la mano.

—¿Te vas a quedar ahí toda la noche? —le preguntó sacándola de su estupor.

—Ryan... esto no es buena idea.

Él dejó a un lado su móvil para prestarle toda la atención, porque por lo visto estaba en plan raro de cojones y él necesitaba tenerla a su lado, no discutir. Dio unos

golpecitos en el lado vacío del colchón e hizo un gesto con la cabeza indicándole que se dejara de bobadas y se metiera en la cama.

—Déjate de chorradas.

Renuente y sabiendo que estaba cometiendo un gran error, sacó del armario un pijama y se metió con las dudas y la franela en el cuarto de baño. Con el cepillo de dientes en la mano y la congoja instalada en su cara, se miró en el espejo. Vaya papeleta... Mirna no tenía experiencia en eso de afrontar situaciones complicadas con los follamigos. En especial porque sólo contaba con uno y, además, ésta era la primera crisis que superar.

Con la franela estampada de labios, los dientes limpios y el pelo recogido, apagó la luz y caminó lo más despacio posible hasta su lado de la cama... como si fuera la protagonista de un ritual en el que ella era el sacrificio.

Ryan, al verla arrastrar los pies hasta allí, puso los ojos en blanco aunque se mordió la lengua y esperó paciente a que ella terminara el *show*. Cuando por fin se acostó y murmuró un «buenas noches» casi inaudible, él estiró la mano, tiró de ese cuestionable pijamita y arqueó una ceja en espera de una explicación razonable. Como estaba seguro de que no existía, se preparó para una surrealista.

—Tengo frío.

—Ya... —murmuró—. Pues uno de los dos tiene mal el termostato... Yo estoy prácticamente desnudo y no tengo ni pizca de frío.

—Mira, vale —farfulló—, no me siento cómoda. Ya está, ya lo he dicho.

—¿Por qué? —inquirió en tono calmado.

—¡Porque no está bien! ¡Por eso!

Ryan suspiró y negó con la cabeza. Imaginaba por dónde iban los tiros.

—Anda, desnúdate, ponte cómoda y apaga la luz —le indicó acostándose.

Mirna resopló, farfulló, volvió a resoplar y por supuesto se tumbó pero con su pijama. Él, cansado de tanta estupidez, apagó la luz y, cuando ella le dio la espalda, dispuesta a ignorarlo basándose en a saber qué teoría absurda, atacó sin piedad, comenzando a desnudarla. Por supuesto, Mirna se resistió y pataleó, lo que desembocó en una encarnizada lucha sin cuartel. Él se puso encima, inmovilizándola para desabrochar la mierda de los botones. Como ella se empeñaba en abrocharlos con la misma celeridad que él los soltaba, Ryan optó por agarrar de malas maneras el tejido y, con un movimiento rápido, hizo que saltaran en todas las direcciones.

—¡Ryan! —chilló indignada con él a horcajadas encima.

Y él, aprovechando la ley de la ventaja, fue a por los pantalones hasta dejarla en bragas y camiseta. Cuando por fin acabó con la tediosa tarea de desnudarla, lanzó las dos partes del pijama lo más lejos posible, se tumbó boca arriba y dijo:

—Sé buena y acuéstate aquí, a mi lado.

—Vale —aceptó, pero sonó como una protesta.

Mirna se recostó sobre él, intentando sentirse cómoda; sin embargo, no había manera y menos cuando Ryan pasó el brazo a su alrededor para tenerla lo más pegada

posible. Intentó cambiar de postura; se movió hasta que él, cansado de tanta tontería, la pellizcó para que se estuviera quieta.

Sin otro remedio que permanecer así, cerró los ojos dispuesta a dormirse, pero Ryan no iba a permitirlo.

—Puedes hacerme todas las preguntas que quieras. Pero sólo hoy. No volveré a hablar del tema.

—No tengo nada que preguntarte —susurró algo más relajada.

—¿Segura? —Ella negó con la cabeza y él suspiró. Se ocupó de soltarle el pelo, porque odiaba que lo llevara sujeto con el jodido coiletero—. ¿Ni siquiera te apetece saber qué me dijo acerca de ti?

Mirna se revolvió.

—Eso es jugar sucio y lo sabes —masculló cerrando los ojos con fuerza para no caer en la tentación. Necesitaba separarse de él porque, lo que en otras ocasiones la reconfortaba, aquella noche la ponía de los nervios. Aquello estaba mal y punto.

Ryan sonrió en la oscuridad ante su tono tan gruñón. La tenía bien cerca, recostada sobre él, así que era consciente de su poco exitoso intento para dormirse.

—Le hablé de ti —dijo lanzando el anzuelo.

—El viernes he quedado con Stuart —contraatacó sintiéndose un poco miserable por mencionarlo; sin embargo, era la mejor opción para que él abandonase la idea de pasar la noche juntos. Se apartó un poco y Ryan se lo permitió y por fin pudo respirar algo más tranquila.

—¿Y? —preguntó en un murmullo al cabo de un rato. Le había sorprendido aquella revelación porque, después de tanto tiempo sin señales de vida de ese gilipollas, aquello no podía considerarse una buena noticia.

Ella se encogió de hombros y notó cómo la mano masculina la acariciaba en la espalda, atrayéndola de nuevo al redil. Justo el efecto contrario a lo que deseaba.

—Quiere hablar conmigo —prosiguió también en un susurro.

—¿Vas a ir?

—Sí —respondió y él captó el matiz de duda.

—Me parece bien —adujo con la intención de no incomodarla—. Pero la pregunta es ¿quieres ir?

Mirna se incorporó y estiró la mano para encender la luz y así fulminarlo con la mirada. Estaba hasta la peineta de ese tono tan condescendiente.

—Sí —aseveró sin pestañear—. Y no quiero oír ningún tipo de monserga sobre lo que me conviene y lo que no.

—No voy a darte un sermón, ya eres mayorcita. Pero no pienso callar mi opinión: es un gran error.

Mirna resopló un par de veces.

—Tú tomas tus decisiones, deja que yo tome las mías —alegó.

—Apaga la luz y acuéstate —le pidió dispuesto a no cabrearse.

—Mmmm... Bueno, vale.

De nuevo a oscuras, ella recostada sobre él, Ryan la abrazó y retomó sus caricias. Le gustaba tenerla así, era una extraña forma de sentirse a gusto. Tras un mes complicado, en el que sus emociones habían estado en una montaña rusa, algo que odiaba y que evitaba siempre, había llegado a la conclusión de que podía soportar la cercanía de muy pocas personas y que Mirna era una de ellas. De ahí que le jodiera, y mucho, que volviera a centrarse en ese idiota de Stuart.

—¿Qué te ha prometido? —inquirió de manera suave, para que ella no se pusiera a la defensiva.

—Nada. Bueno, de momento nada —admitió a regañadientes, pues hasta ella misma desconfiaba—. Pero voy a ir, quiero escucharle, ver qué quiere de mí.

—Te pediré que te cases con él. Te prometeré respetar tu trabajo. Y después, cuando te tenga en el bote, te preguntaré si tienes o has tenido un rollo conmigo y, como tú querrás empezar una relación desde cero, le confesarás la verdad y entonces te hará sentir culpable y terminarás pasando por el aro.

—Eres demasiado cínico para mi gusto —farfulló, aunque podía tener un punto de razón.

—Soy realista, nada más. Y sincero. Me jodería bastante que te engatusara. Ahora, si crees que vas a ser feliz... allá tú.

Mirna arrugó el morro. Había dado en el clavo, el muy canalla... sabía ir directo al grano. Puede que sus sueños estuviesen basados en tópicos, pero tenía derecho a ellos, como el resto de los mortales.

—Vale, sé que Stuart no es el hombre ideal en muchos aspectos —admitió—, pero es él o nadie.

—No te conformes con tal poco, joder...

—¿Y? ¿Qué hago? ¿Pongo un anuncio?

—No digas estupideces y piensa. ¿Cuánto puede durar ese sueño? ¿Cinco, tal vez diez años?

Capítulo 14

Se quedaron en silencio. Otra vez. Mirna odiaba que él hiciera hincapié en sus propias dudas. Aquéllas eran precisamente las dudas que a ella la carcomían por dentro. Y si encima lo tenía tan cerca, tocándola y, en la práctica, desnudos...

Resultaba extraño explicar la relación que mantenían. Y ella tenía muy claro que hacerse ilusiones respecto a Ryan era perder el tiempo, ya que jamás podría tener junto a él el tipo de relación que siempre había deseado. Cierto que disfrutaba de sus conversaciones, de su compañía y por supuesto del sexo con él; no obstante, seguía queriendo algo más.

Algo más... bueno, tendría que definirlo primero y también sus sentimientos hacia él. Con Stuart había creído estar enamorada hasta las trancas y, sin embargo, no había sufrido eso que se cuenta que debe sentirse (dolor, apatía, desesperación) cuando él, en un arrebatado de estupidez, le había pedido que dejara su trabajo y después mirado por encima del hombro porque él, con su cuenta bancaria saneada, podía mantenerla y ella no aceptaba.

—No sé por qué te empeñas en desbaratar todos mis planes —farfulló tras unos minutos en silencio—. Eres imposible...

—Oye, hagamos una cosa, imaginemos que tú y yo somos una pareja normal...

—¿Estás borracho?! —exclamó sentándose en la cama y encendiendo de nuevo la luz para mirarlo y ver si sus pupilas estaban dilatadas—. ¿Qué te has metido?

Ryan negó con la cabeza, se pasó la mano por el pelo y la miró como si la que estuviera ebria fuera ella.

—Tumbate y deja de dar por el culo con la luz —dijo en tono condescendiente.

—Pues deja de soltar chorradas —replicó malhumorada pero obedeciéndole. Se recostó, se movió, se revolvió y, tras tres resoplidos, terminó quedándose quieta.

Como saltaba a la vista que ella no estaba por la labor de escucharlo, Ryan no insistió. Retomó sus caricias, intentando así que se relajara, pero lo que había sido inicialmente una forma de calmarla empezó a desmelenarse un poco. La mano bajó un poco más y ella dio un respingo cuando un dedo se coló en la separación de sus nalgas.

—Ryan... —murmuró en tono de advertencia apartándolo con un manotazo—. ¿A que terminas durmiendo en el sofá?

—¿Ves cómo podemos ser una pareja normal? —se guaseó y, mientras ella farfullaba, aprovechó la ley de la ventaja. Se giró con rapidez hasta quedar sobre su cuerpo. Culebreó lo justo hasta situarse entre sus piernas y, para evitar que le arrease algún que otro guantazo, le sujetó las muñecas y le subió los brazos por encima de la cabeza.

—¡Esto no tiene nada de normal! —protestó retorciéndose.

Él sonrió, ¡joder, qué gracia tenía esta mujer!

Se acercó a ella. Podía decírselo sin más, pero hacerlo al oído siempre imprimía

un matiz mucho más sugerente, así que primero atrapó el lóbulo entre los dientes, dio un pequeño tironcito y murmuró:

—Quítate las bragas, ¿o prefieres que te las rompa?

Mirna jadeó, pero no por la excitación, bueno, también un poco... fue más bien por la sorpresa porque, no contento con proponerle algo así, Ryan sacó la lengua y comenzó a recorrerle toda la oreja gimiendo exageradamente en el proceso para ponerla mucho más nerviosa. Sin embargo, eso no era lo único a lo que enfrentarse, pues además se frotaba con descaro.

—Hecho, te las rompo —añadió al ver que no se decidía.

Como pudo, se las apañó para mantenerla sujeta, bajar la mano hasta el elástico de su ropa interior y, agarrándolo con saña, logró rasgarla. Y no sólo eso, terminó quitándosela.

—¡Serás...!

No obstante, su protesta quedó ahogada cuando él le metió en la boca, a modo de mordaza, lo que venían siendo unas bragas rotas.

—Para lo que tengo en mente, calladita estarás mejor.

Como se había puesto en plan rompebragas, se fue de lleno a por la camiseta. Esta prenda se le resistió un poco más, en especial porque ella no paraba de moverse y, mantenerla quieta sólo con una mano, evitar que le diera un rodillazo en los huevos, romper las costuras y continuar excitándola con palabras de lo más obscenas, resultaba complicado. Cuando por fin la tela cedió, sonrió en la oscuridad y, aprovechándose precisamente de ello, utilizó lo que quedaba de la camiseta para amarrarle las manos y así tenerla a su entera disposición.

—¿Decías? —preguntó con guasa quitándole un instante la mordaza.

—No puedes pensar en... —Esta vez acalló sus protestas metiéndole no las bragas, sino la lengua, de una forma expeditiva.

Mirna tiró de sus improvisadas ataduras intentado ¿soltarse? Ésa, al menos, era su primera intención, pero a medida que su propio cuerpo se encendía en contacto con el de él, lo que en realidad quería era frotarse y aliviar un poco la tensión que por culpa de ese canalla sentía entre las piernas.

Y él, que intuía sus necesidades y la tenía a su disposición, se fue moviendo a su antojo. Comenzó por lamer de forma tentadora, lenta y desesperante un pezón, el cual ya estaba duro pero que, con las atenciones que recibió, se puso aún más tieso.

Sin dejar de chupar alternativamente sus pezones y al no encontrar oposición, bajó una mano acariciando un costado, logrando que ella gimiese y respirase en profundidad, momento que aprovechó para meterle de nuevo las bragas en la boca. Repitió el gesto por el otro lado, dejándola más jadeante.

—Me encanta —musitó.

Mirna protestó porque el tono de Ryan se acercaba un poco al de un glotón antes de darse un atracón en una pastelería y ella no quería ser sólo la merienda. Como pudo, levantó un pie y le golpeó para llamar su atención.

—Impaciente...

—Sádico —logró articular tras escupir sus bragas y tragar saliva.

—Pero si aún no he empezado... —se mofó pellizcándole un pezón.

Ella gritó, con lo que consiguió que le hiciera lo mismo en el otro.

—Joder... —dijo entre dientes jadeante mientras ese salvaje se reía.

Ryan no podía hacer otra cosa. El apuro de la chica, debido sin duda a alguno a sus prejuicios, resultaba de lo más satisfactorio. Un ingrediente extra para seguir adelante. Uno de los muchos que le tenían enganchado a ella.

Con la boca sobre un pezón, metió la mano entre sus piernas, que encontró abiertas, y rozó sus labios vaginales, encontrándoselos húmedos. Tanteó con un dedo, sólo por hacerla sufrir un poquito y para calentarla más.

—Ahora vuelvo —dijo de repente dejándola boquiabierta. Parpadeó cuando el muy cabronazo encendió la luz y le dedicó una mirada de medio lado que no presagiaba nada bueno. ¿O sí?

—¿Adónde crees que vas? —inquirió alarmada al verle ponerse en pie, desnudo y empalmado, para salir del dormitorio tono ufano, ajeno a su calentón y a sus ataduras.

—A por condones —respondió riéndose y regresó medio minuto después agitando la caja y añadió—: Andamos un poco escasos.

—He tenido muchas visitas últimamente —rezongó y ese comentario le hizo reír a carcajadas.

—O que se te ha olvidado comprarlos —apostilló sacando el único que quedaba en el envase.

Ryan se enfundó con su habilidad y rapidez acostumbradas y se puso de rodillas en la cama, entre sus piernas. Pasó las manos por detrás de sus rodillas y tiró de ella para ajustarla a sus necesidades. Se agarró la polla con una mano y, mirándola a los ojos, adelantó las caderas lo suficiente para penetrarla de golpe. Y a partir de ese instante comenzó a investir como un poseso.

Ella jadeaba y se retorció intentando seguir ese endiablado ritmo, pero resultaba muy complicado, pues sólo podía valerse de sus extremidades inferiores para hacer fuerza.

—Estoy por coger el móvil y hacerte un par de fotos en esta postura...

—¡No! —chilló asustada porque no era una sugerencia, sino toda una posibilidad.

—... para mi uso y disfrute personal, tonta —añadió, pero sus palabras no consiguieron tranquilizarla.

Él continuaba aferrándola de las piernas y empujando entre ellas como si le fuera la vida en ello, de tal forma que Mirna empezó a temer que, al final de aquel intenso interludio, la pared quedara marcada de por vida por los golpes constantes del cabecero. Quien también quedaría marcada sería ella, pues este ímpetu, esta pasión y entrega le iban a ser muy difíciles de encontrar en otro amante, y eso suponiendo que tuviera ánimo para buscarlo y suerte para encontrarlo.

El traqueteo del somier quedaba solapado con los gemidos de ambos, cada vez

más intensos, mezclados con los sonidos propios del sexo más salvaje. Él no perdía fuelle y ella sentía algunas molestias en las muñecas de tanto tensar la tela, pero bien merecía la pena aquel pequeño incordio a cambio del indescriptible placer que estaba experimentando. Ryan notaba el sudor resbalando por su espalda; sin embargo, le parecía estupendo con tal de contemplar el bamboleo de ese par de tetas, las cuales, por cierto, se meneaban cada una a su aire.

«Joder», pensó él sin apartar la vista de semejante panorama, porque en aquella postura podía follársela con fuerza; aunque también podría variarla: ahora no le apetecía atrapar uno de esos pezones, pero estaba claro que la próxima vez la colocaría encima, a horcajadas sobre él, y así podría disfrutar del calor y la presión de su sexo sobre su polla y al mismo tiempo gozar mordisqueando sin piedad cualquiera de sus areolas.

Mirna ya no podía arquearse más, su cuerpo respondía de manera innata a aquel contacto tan íntimo, al choque constante de sus cuerpos. La pelvis de él, encajando y presionando donde ella más lo necesitaba, hizo que gimiera de manera muy escandalosa. Apretó sus músculos vaginales, lo que hizo que se corriera de inmediato y le arrastrara a él.

Ryan le soltó las piernas y se quedó de rodillas, resoplando e intentado regularizar su acelerada respiración, con la cabeza inclinada, sin ser capaz de ocuparse de ella. Y Mirna, en un estado muy similar, cerró los ojos a la espera de quedar libre.

—No quisiera molestar, pero... —murmuró moviendo el pie para llamar su atención.

Ryan levantó la vista y cayó en la cuenta de que ella continuaba amarrada a la cama con el retal de lo que había sido una camiseta.

—Tengo que immortalizarte —dijo separándose de ella y la pobre lanzó un aullido de frustración y de alarma.

—¡¡¡Ni se te ocurra!!!

Sin embargo, su grito cayó en saco roto, ya que Ryan, una vez que se deshizo del condón, se estiró para coger su móvil, se colocó de nuevo delante de ella, enfocó, sonrió y disparó sin el menor remordimiento.

—Preciosa... sonrío un poco, anda.

—Te mato, ¿me oyes? Te echaré laxante en el café —le amenazó porque, no conforme con hacerle una foto, el muy gamberro se vino arriba e hizo al menos otra media docena.

—Ya te he dicho que son para mi uso y disfrute personal.

—Ya, como si tú no tuvieras ya bastantes amiguitas para inspirarte —rezongó molesta—. ¿Vas a soltarme o piensas tenerme así toda la noche por si te apetece repetir?

—Mmmmm...

—¡Era broma! ¡Suéltame ya!

—Ay, hija mía, le quitas toda la gracia al asunto —se guaseó él—. Estás en la

postura idónea para que mantengamos, ahora sí más relajaditos, esa conversación pendiente.

Ryan, sin perder la sonrisa, sino más bien todo lo contrario pues la cara de ella era todo un poema, se recostó junto a Mirna, sin liberarla, y con el dorso de la mano y una chulería exasperante le acarició el costado.

—Es tu última oportunidad para preguntar —le recordó—. Si no lo haces hoy, no podrás hacerlo nunca.

—Ya te he dicho que lo que haya ocurrido entre ella... —tragó saliva incómoda, no por sus ataduras, sino por mencionarla—... y tú no me concierne.

—Somos amigos, Mirna —dijo en un suspiro besándola en el hombro—. Si no puedo hacerte confidencias y desahogarme contigo...

—Me resulta complicado escucharte mientras me tienes atada —farfulló dando un tirón—, pero, ya que te empeñas, de acuerdo... ¿le hablaste de mí?

—Sí —murmuró escueto y ella se desesperó resoplando un par de veces a ver si con un poco de suerte ampliaba su respuesta, a lo cual él sonrió con aire indolente para mantener un poco la expectación antes de añadir—: Fui sincero y obtuve lo mismo a cambio.

Mirna lo miró achicando los ojos.

—Vale, somos amigos, nos hacemos confidencias y hasta... eso. —Ryan sonrió ante aquel eufemismo para referirse a follar—, pero digo yo que lo podríamos hacer sin esto —movió sus brazos.

Él le regaló un beso, sin lengua, en los labios y procedió a liberarla para poder continuar una conversación a todas luces de lo más interesante. Una vez sin ataduras, y puesto que no le apetecía tratar asuntos *a priori* relevantes con las tetas al aire, se fue directa a por otra camiseta y unas bragas limpias. Ryan esperó tranquilamente sentado en la cama, de brazos cruzados, sin cubrirse y lamentando en silencio que no hubiera más condones; hasta podía animarse de nuevo.

—Lista —murmuró ocupando su lado de la cama—. Soy toda oídos.

Él sonrió de medio lado ante aquel tono tan irónico, pero decidió ir al grano porque era, según su criterio, el momento idóneo para hablar de ciertos asuntos.

—Marie me conocía muy bien, creo que mejor que yo a mí mismo, y se dio cuenta de que no hablaba de ti como de una amiga más y me hizo ver que, quizá, tú y yo deberíamos replantearnos las cosas.

—Me dejas confundida, la verdad.

—Lo sé —suspiró.

Ryan apagó la luz, se acostó e hizo que ella lo imitara. Prefería, no por cobardía sino por comodidad, continuar hablando con un aire más íntimo y Mirna, sin estar muy segura de que fuera el momento apropiado para aquella conversación, se mantuvo en silencio.

—Sé que tu idea de una relación de pareja se basa en parámetros más convencionales.

—¿Y eso qué tiene de malo? —preguntó en voz baja.

—Que nunca podría ajustarme a ellos. Y tú...

—Mira, puede que te parezca una idiota, pero soy así. Quiero casarme, quiero hijos, quiero fidelidad...

—El lote completo, vamos —apuntó con sarcasmo.

—Sí.

—Eso es lo que crees que quieres, Mirna.

—No uses un tono tan condescendiente conmigo.

—Te aburrirías. Lo que tú crees necesitar no es más que un invento. —Ryan prosiguió su defensa anticonvencionalista—. ¿Eres capaz de unirme a un tipo como Stuart sólo por eso?

Mirna gruñó.

—Él me quiere, a su manera, pero me quiere —aseveró. A pesar de que a veces Stuart era un cretino, si se quedaba con los buenos momentos, merecía la pena.

—En cuanto utilizas la palabra *pero* en una relación, todo se queda en agua de borrajas, querida. No tiene que haber un solo *pero*.

—Eso es demagogia y lo sabes —alegó reflexionando sobre sus palabras—. Hay parejas, como tú dices, *convencionales* que funcionan.

—Muy bien, hagamos un experimento. Tú y yo —afirmó señalando a ambos—. Especulemos un poco y veamos qué ocurre.

—Es tarde —masculló ella porque se podían meter en un farragoso asunto y él era muy hábil condicionando las conversaciones—. Quiero dormir.

—Será rápido e indoloro —comentó con ironía—. Bien, supongamos que tú y yo somos esa parejita perfecta cuasi perfecta. Vivimos juntos, hacemos todo juntos... ya sabes el dicho, donde va el asa, va el caldero.

Mirna, a pesar de todo, se echó a reír ante aquella utopía.

—Vale, somos pareja. Yo quiero hijos. ¿Tú?

—¿Cuánto tiempo llevamos juntos? —inquirió para ir encajando piezas del mismo modo que hacía cuando creaba una trama.

—No sé... ¿dos años te parece bien? —Él asintió—. Bien, dos años de amor ininterrumpido. Vivimos juntos en nuestro nidito de amor. Tenemos un trabajo chachi piruli, yo te quiero un montón, tú besas el suelo por donde piso...

—Deja de burlarte —la interrumpió—. Me va a subir el azúcar con tanta cursilada. Somos una pareja de esas «normales». Nos llevamos bien, nos sentimos cómodos y... ¡tachán!, llega la rutina.

—No tiene por qué ser así —lo corrigió con rapidez.

—Y luego vendrán los silencios, las dudas, la monotonía, los dolores de cabeza y, por supuesto, los celos.

—Ésa es tu versión, muy capciosa, por cierto —apuntó Mirna negando con la cabeza. Puede que tuviera parte de razón, pero no al ciento por ciento—. Admitiendo que a veces puede llegar la desilusión, no tiene por qué considerarse el final de una

relación. Si hay una buena base...

—Es la consecuencia habitual, no me digas que no. Hasta que de manera irremediable se rompe todo, ¿y todo por qué? Por ceñirse a unas normas de lo más ridículas.

—Tú y tu manía de romper las normas —farfulló y él sonrió.

—Por ejemplo, en esa pareja idílica, yo tendría que mostrarme celoso, ¿no? Si te veo hablar con otro hombre —explicó mientras comenzaba a peinarla con los dedos ahora que por fin ella entendía que con el pelo suelto estaba mucho más guapa.

—A veces los celos son una demostración de amor.

—Sandeces. Imagina la situación: salimos a cenar y, mientras esperamos a que nos den nuestra mesa en el restaurante, te encuentras con un exnovio al que saludas como harías con cualquier conocido. Hablas con él, intercambias palabras de rigor... y todo delante de mí. ¿Y qué hago yo? Pues montarte un pollo porque soy un inseguro de cojones y hablas con otro hombre.

—Visto así... —admitió ella recreando en su cabeza la escena.

—Como ya ha quedado demostrado, para irse con otro no hace falta ni nocturnidad ni alevosía. Pero, como me muero de celos, arruino la noche y luego pasamos una semana infernal de silencios y sin poder tocarte. ¿Qué hemos ganado? Nada.

—Ya, claro, y lo mejor, según tú, sería acompañarte a un hotel a las afueras para que pudieras tener una aventura con otra... —farfulló sarcástica.

—O con otro —apostilló risueño.

—O con otro —aceptó ella y continuó su alegato— y luego regresarías a casa como si nada.

—También podrías no sólo acompañarme, sino quedarte, observar y, si surge, participar... Desde luego nuestros temas de conversación a la hora del desayuno serían infinitamente más interesantes.

Mirna resopló. Un par de veces, porque ¡vaya teorías tenía este hombre!

—Lo que tú digas...

—Oye, sé sincera, no me digas que no te pone cachonda la idea de mirar cómo follan dos tíos. —El gruñido de ella, así como su cambio de postura, le confirmaron su teoría.

—¿Y cómo encajarían en una relación conmigo tus peculiares gustos?

—¿Peculiares? Mmmm, buena definición.

—Si te soy sincera, me resultaría difícil de asimilar la idea de llegar un día a casa y encontrarte en el dormitorio con otra.

—O con otro —le recordó.

—Encima recochineo —dijo pellizcándole para que se tomara aquello un poco en serio.

—No seas bruta —la reprendió agarrándole la mano para que no continuara pellizcándole—. Si follo con otro, sólo es sexo, no tiene por qué establecerse ningún

vínculo afectivo.

Mirna se quedó en silencio, pensativa. Quería, de verdad quería, entenderlo. Ryan, como amante, no tenía ningún problema, ella bien lo sabía. Incluso podía llegar a afirmar que era el mejor tío con el que se había acostado. Hábil, paciente, a veces desesperante... la combinación perfecta para quedar satisfecha en el plano físico. Sin embargo, seguía teniendo encuentros con otros y eso le sorprendía; por eso, aun corriendo el riesgo de sentirse incómoda, decidió preguntar.

—¿Por qué te gusta acostarte con hombres?

—Buena pregunta...

—Si no quieres responder, lo entiendo. Aunque no te lo pregunto por curiosidad —murmuró en tono amable; no quería, bajo ningún concepto, hacerle sentir violento respecto a ese tema—. Me sorprende porque también te gustan las mujeres y, a pesar de que te me vas a poner chulito cuando lo diga, eres bueno en la cama.

—Lo sé —admitió Ryan aunque puso cara de modestia.

—Entonces... —lo incitó ella.

—Es completamente diferente. Para entenderlo tendrías que...

—¡Alto ahí! —lo detuvo antes de que terminara convenciéndola—. No pienso acostarme con otra mujer.

—Disfrutarías —comentó convencido—. Pero es tu decisión. En mi caso es simple: no quiero limitarme sólo a una parte de lo que la sexualidad puede ofrecerme.

—Ya, pero... ¿no te crea conflictos? Quiero decir, ¿y si te gusta alguien y ese alguien no acepta tu otra faceta? —inquirió ella meditando.

Ryan se dio cuenta de que no era una pregunta al azar. Implicaba mucho más. De ahí que eligiera muy bien las palabras.

—En general no hay implicaciones emocionales, eso evita cualquier conflicto, pero, si las hubiera, la persona que estuviera a mi lado tendría que asumirlo.

—Interesante... —musitó Mirna almacenando esa información.

—Qué, ¿te animas a intentarlo?

Capítulo 15

A pesar de los innumerables y desesperados ruegos de Ryan para que no asistiera a su cita con Stuart, ella lo mandó a paseo. Necesitaba hablar con su casi exnovio y ver qué tenía que decir.

Había intentado reflexionar muy seriamente sobre la conversación que mantuvo con Ryan sobre relaciones convencionales y demás. De acuerdo, había mil probabilidades de que, si se decidía a intentarlo de nuevo con Stuart, todo se fuera al garete, pero también otras mil si optaba por mantener una relación no convencional con Ryan.

O sea, un puto lío. Porque, además, debía sopesar el tema emocional. Al haber estado enamorada de Stuart, pensaba que ya conocía ese sentimiento al dedillo y que, por tanto, si volvía a presentarse, lo reconocería al instante. No obstante, y he aquí la maldita disyuntiva, perder a Stuart más que dolor le había producido indiferencia. Ni llanto, ni depre ni nada.

Por supuesto no debía olvidar lo que Ryan le hacía sentir. Aparte de disfrutar como una posea en la cama (había olvidado lo que era fingir un orgasmo), con él se divertía, podía expresarse sin tapujos, respetaba su trabajo, no la condicionaba y, faltaría más, se preocupaba por ella, lo cual era recíproco.

¿Elegir entre la seguridad y el guion marcado con Stuart con la contrapartida de un posible deterioro de la relación debido al aburrimiento o, por el contrario, elegir la novedad, lo distinto, con la contrapartida de no tener exclusividad?

Con esa bandada de pájaros en la cabeza, terminó de arreglarse para acudir a su cita. Stuart había quedado en recogerla en su apartamento, como manda la tradición, y ella había dudado en si ese gesto significaba que todo volvía a ser como antes o sencillamente era un simple detalle.

Vestida para la ocasión con un traje azul oscuro de chaqueta y falda tubo, camisa gris plata y zapatos de medio tacón, esperó junto a la entrada a que su cita llegara. Stuart siempre era puntual, de ahí que ella estuviera diez minutos antes de la hora convenida lista para salir.

Stuart apareció como era de prever a la hora exacta y ella bajó rauda a su encuentro, pues deseaba empezar la velada con buen pie.

—Buenas noches —murmuró ella al llegar junto a su coche deportivo, símbolo inequívoco de sus ingresos.

—Estás preciosa —respondió abriéndole la puerta e inclinándose para darle un beso en los labios. Mirna fue sutil y puso la mejilla, hecho que no pareció afectarle, pues a Stuart no se le borró la sonrisa.

Él arrancó el coche y se mantuvieron en silencio. Ella, observándolo; estaba guapísimo con uno de sus muchos trajes de corte impecable. Gris oscuro. Camisa blanca inmaculada y corbata negra. Un figurín. Desde luego iba a levantar la envidia de muchas en el restaurante cuando la vieran caminar a su lado.

«Debajo de esa facha, ¿qué hay?», preguntó una vocecilla en su cabeza y ella puso mala cara. No necesitaba debates internos en su mente. Stuart la miró de soslayo mientras conducía y, de inmediato, Mirna sonrió.

—¿Adónde vamos? —le preguntó para hablar de algo.

El gusto de Stuart eligiendo restaurantes era exquisito, no se debía preocupar por ello, pero era una forma de romper el hielo.

—A mi casa —respondió y a ella se le formó un nudo en el estómago. Eso de jugar en campo contrario cuando las cosas no estaban del todo bien era hacer trampas.

—Creí que...

—Es lo mejor, nadie nos molestará —sentenció Stuart.

«Bueno —pensó ella—, no tiene por qué ser mala idea, vamos a cenar, hablamos y punto».

Mirna conocía a la perfección el apartamento de Stuart. Amplio, decorado con gusto, bien distribuido; es decir, la casa ideal para una pareja con hijos. Allí se podría vivir con comodidad, como siempre había deseado. Sin embargo, a medida que daba un paso delante de otro tuvo la sensación, nada oportuna, de que todo era demasiado perfecto... influida quizá por cierto tipo con ideas estrafalarias que, de alguna manera, había logrado inocularle el virus de la duda.

Stuart había mandado preparar una cena para dos con toda la parafernalia que exigía una cita de aquel calibre. No había dejado ni un detalle al azar. Así era él.

—¿Vino? —preguntó ayudándola a quitarse la chaqueta y el bolso.

—Sí, gracias —respondió educada, algo que le pareció fuera de lugar.

Stuart se comportó como el anfitrión perfecto. Atento, detallista... tanto que cualquier mujer se hubiese sentido honrada de recibir tales atenciones, pero que Mirna empezó a cuestionar. Daba la impresión de que eran dos extraños, midiendo cada palabra, cada gesto, como si tuvieran miedo de meter la pata. Durante la cena hablaron de temas inocuos y ella empezó a mirar el reloj con disimulo, pensando en qué estaría haciendo Ryan y con quién en ese instante.

Eso venía a corroborar sus teorías. Sin embargo, Mirna estaba dispuesta a intentarlo, tenía que haber una forma de que Stuart y ella funcionaran como pareja. Sí, era cierto que debían existir reglas, pero podían fijarlas ellos mismos y de eso precisamente debían hablar.

—¿Todo bien? —preguntó él encargándose de servir el postre.

—Sí —murmuró contenida pero terminó añadiendo—: No, no está bien, Stuart. Me siento rara, no sé...

—¿Hay algo que no te haya gustado? —inquirió preocupado.

Mirna negó con la cabeza.

—Todo estaba riquísimo. No, no me refiero a eso. Yo... —Se detuvo y se peinó con los dedos. No estaba acostumbrada a llevar la melena suelta y cada dos por tres se apartaba el pelo con las manos. Quizá eran nervios, o quizá... sencillamente debía

ir al grano y dejar de ir pisando huevos—. Stuart, ¿me quieres?

—¡Por supuesto que te quiero! —exclamó ofendido por aquella pregunta.

—¿Tanto como para dejar que yo tome mis propias decisiones?

—Si te refieres a lo de tu trabajo —dijo dejando claro que no le hacía ni puta gracia—, sí. Claro que lo acepto.

«Ése es el problema», se dijo a sí misma. Estaba pidiéndole permiso cuando en realidad no debería ser así.

—Respecto a lo de tu jefe... la cosa cambia. Como comprenderás, no voy a tolerar que se siga inmiscuyendo en nuestra relación —prosiguió altivo y Mirna torció el gesto. Lo de *inmiscuirse* había sonado a eufemismo acusatorio.

—¿Vas a controlar a mis amistades?

Stuart se lo tomó mal y prefirió que las aguas volvieran a su cauce.

—No —masculló.

Mirna cayó en la cuenta de que así no podían seguir. Él pretendía que siguiera su modelo de vida, en el que Stuart tendría el noventa por ciento del poder de decisión. Sólo había que observar su reacción.

Puede que el postre a base de helado de naranja con chocolate amargo fuera toda una tentación; sin embargo, lo dejó a medias. Se puso en pie con la pobre excusa de ir al aseo. Una vez parapetada tras la puerta, se miró al espejo y negó con la cabeza.

—Vaya mierda de cita —dijo a su reflejo en voz baja.

Hizo uso del cuarto de baño y regresó al salón. Stuart la esperaba de pie, con las manos en los bolsillos. Había puesto música de fondo, una de esas melodías archiconocidas por haberlas escuchado en la sala de espera del dentista.

Eso era lo que él entendía por seducción. Caminó despacio hasta él; no quería hacerle daño pero, si hasta hacía no mucho para ella ese montaje hubiera funcionado a la perfección, ahora ya no lo tenía tan claro.

—Mirna... —musitó saliendo a su encuentro.

Y ella, antes de que pudiera rechazarlo, se encontró rodeada por sus brazos, oliendo su colonia y balanceándose al ritmo de la música.

Sintió la mano de él en la parte baja de su espalda, una maniobra sin peligro pero que poco a poco encendió su alarma interior, pues eso hizo que se arrimara más a él. De acuerdo, al tenerlo tan cerca sabía con exactitud lo mucho o poco excitado que estaba y de momento la cosa estaba floja. Sin embargo, lo conocía y aquello suponía el segundo paso para llevársela a la cama tras la música de ambiente. Stuart y el adjetivo *previsible* iban de la mano.

Cuando el ambiente empezaba a caldearse y notó que Stuart se frotaba más de lo prudente, supo que debía batirse en retirada porque su plan inicial no era acostarse con él... pero cambió de idea en medio segundo.

¿Y si eso era precisamente lo que necesitaba?

De acuerdo, en el pasado el sexo con Stuart había sido, como casi todo, convencional. Días mejores y peores. A veces, llevada por la inercia, sin ganas había

accedido a acostarse con él, de ahí el resultado, claro. No obstante, terminar en la cama podía ser una forma de conectar de nuevo y, siguiendo los principios de cierto guionista liberal, sólo tenía que dejar fuera la parte emocional.

No perdía nada por intentarlo, ¿verdad?

Stuart, al ver que no objetaba nada, comenzó a mover la mano por su espalda, todo de manera muy suave, para no atosigarla. No cruzó la frontera por debajo de la cintura; quizá pecaba de exceso de cautela. Mirna se dejó querer; lo cierto era que, pese a conocer el guion de memoria, se sentía a gusto allí, rodeada por sus brazos y mimada por sus caricias.

Ella tomó la iniciativa y deslizó una mano desde el hombro hasta el borde de la camisa, acariciándole de manera sutil, a lo que él respondió con un murmullo de aprobación. Esa respuesta la volvió más atrevida y acercó los labios, para empezar a besarlos por debajo de la mandíbula. Stuart la estrechó con más fuerza entre sus brazos y por fin puso una mano en su trasero. Eso la encendió y, sin más ambages, buscó su boca. Stuart, encantado, la besó y se dejó de tanteos.

—Te he echado de menos... —musitó junto a sus labios con una sonrisa de cariño y ella le devolvió el gesto.

—Yo también —dijo finalmente en un susurro antes de volver a besarlos.

Comenzó entonces un sensual baile en el que las caricias, los besos y los pequeños jadeos de excitación iban uniéndose a la música de fondo. Mirna sintió ese hormigueo entre las piernas, leve pero firme, y también cómo él se iba empalmando con aquella lenta seducción.

Stuart se apartó, no porque quisiera parar, sino para conducirla al dormitorio. Extendió la mano, en una sensual invitación, y Mirna no vaciló.

El dormitorio principal estaba situado al final del pasillo y, sin soltarse de la mano, entraron juntos. Allí él la soltó y encendió una lamparilla. Se acercó a ella aflojándose la corbata. Mirna, cuando lo tuvo a su alcance, se ocupó de esa tarea mientras él comenzaba a desabotonar su blusa.

Todo transcurría despacio, entre caricias, murmullos y besos. Sin sobresaltos, todo comedido. Poco a poco se deshicieron de su ropa y ella se sentó en la cama, desnuda, a la espera de que él la acompañara. Stuart seguía teniendo ese cuerpo que sólo alguien que se machaca en el gimnasio y se gasta una fortuna puede tener y era para ella sola.

Elevó las manos y las colocó sobre sus pectorales; él permitió que le tocara a su antojo y ella, mordiéndose los labios, deslizó una mano y le cogió la polla. Stuart gimio cuando ella comenzó a masturbarlo, pero no dejó que continuase.

—¿No te gusta? —preguntó sin tomárselo a mal.

—Mucho, aunque prefiero ser yo quien te dé placer a ti.

—Ah...

Mirna se dejó caer hacia atrás y él se acopló encima. Comenzaron de nuevo los besos y caricias. Ella deseaba un poco más de acción, no necesitaba tanta delicadeza,

así que enredó las manos en su cuidado pelo y tiró levemente, instándole a que se dejara de arrumacos. Tanta contención no podía ser buena.

Él trazó un sendero de besos desde la garganta hasta el pecho y buscó un pezón, para estimularlo con la lengua. Ella se arqueó en respuesta, ansiando el máximo contacto... sin embargo, él se mantenía en sus trece, desesperándola por completo.

—Stuart... —gimió.

—Disfruta, cariño —murmuró sin atender a sus ruegos.

Ella empezó a impacientarse. De acuerdo, cualquier atención que sus pezones recibieran era bienvenida, pero no con tanto cuidado. No resultaba desagradable aunque tampoco excitante. El roce de su sujetador podía considerarse más efectivo.

Stuart levantó la vista y la miró, sin duda se sentía satisfecho como amante y ella no fue capaz de rebatirle. Por eso, cuando volvió a besarla en los labios, ella se mantuvo callada con la vana esperanza de que aquello mejorase.

Notó cómo él posicionaba su erección entre sus piernas. Estaba húmeda pero no tanto como desearía. Entonces se dio cuenta de un detalle de vital importancia.

—¡Espera! —exclamó apartándose.

—¿Qué... qué ocurre? —inquirió confundido ante aquel repentino parón.

—Condomes —indicó y él frunció el ceño.

—Sabes que los odio, Mirna —adujo empujando de nuevo.

Ella no cedió.

—No estoy tomando nada —le explicó.

—¿Y? ¿Qué más da? —dijo y esa indiferencia con la que lo pronunció le molestó sobremanera.

—¿Qué más da? —repitió.

—Mirna, cielo, tarde o temprano te quedarás embarazada —alegó quedándose tan pancho.

—O te pones un preservativo o me voy —insistió y se dio cuenta de que quizá la intención de él, aparte de reconquistarla, era también atarla de por vida.

—Joder... —masculló él mirándola cabreado—. No sé si tengo alguno.

—Yo sí, en mi bolso.

—Claro, me olvidaba de que, de vez en cuando, follas por ahí sin conocimiento —comentó con malicia.

—¡¿Perdón?! —exclamó empezando a reconsiderar muy seriamente el darle una patada en los huevos y dejarlo empalmado y dolorido. Un dos por uno.

—No te hagas la tonta conmigo.

—Se acabó. Me largo de aquí —aseveró y, sin esperar a que Stuart soltara alguna estupidez más, se levantó de la cama y recogió su ropa del suelo. Acababa de abrocharse el sujetador cuando él la agarró del brazo.

—Perdona, perdona —se apresuró a decir en tono suave.

—Lo siento, Stuart —repuso soltándose de su agarre dispuesta a vestirse cuanto antes porque se sentía insegura con el culo al aire—, esto no va a funcionar.

—Yo te quiero...

Mirna cerró los ojos, aquello era lo peor que podía decirle. Jugaba sucio apelando a sus sentimientos.

—No, no me quieres —le contradijo recuperando su blusa y poniéndosela con rapidez—. Sólo lo dices para que me quede.

—Mirna, por favor... —prosiguió en tono lastimero intentando ablandarla—. Quiero arreglar nuestra situación. Te he echado mucho de menos...

Ella no quería seguir escuchando aquel catálogo de disculpas tan manidas y decidió que lo mejor era terminar de vestirse para regresar cuanto antes a su apartamento. Stuart pareció entender que seguir insistiendo resultaba absurdo y se quedó desnudo luciendo su espectacular cuerpo mientras ella se colocaba el resto de su ropa.

—¿Quieres que te acerque a casa? —preguntó abatido viendo que ella estaba decidida a dejarle.

—No, prefiero pedir un taxi.

Salió del dormitorio y se dirigió hacia la puerta principal; al hacerlo pasó por delante del comedor, donde aún estaba dispuesta la mesa. Suspiró; desde luego todo eso, hacía poco, hubiera funcionado a la perfección y ahora se encontraría adormilada en la cama junto a Stuart pensando en su futuro. Pero, por la influencia de un tipo muy surrealista, ya no se conformaba con cualquier cosa.

Una vez en su apartamento, se dio una ducha rápida, se puso un pijama de esos un poco zarrapastrosos que sólo se usan cuando una está más sola que la una y se metió en la cama. Cogió su móvil y por rutina lo miró. Tenía un WhatsApp, sólo uno, y de Ryan.

Siendo consciente de que leerlo resultaba contraproducente, lo hizo.

«Suerte».

Mirna miró la pantalla de su teléfono como si fuera un artefacto nuclear. ¿Suerte? ¿Qué narices significaba eso? Para una persona normal lo evidente, sin duda; no obstante, para una mente retorcida y atípica como la de Ryan, a saber.

Quizá la estaba provocando o quizá, de verdad, quería lo mejor para ella y en el fondo aceptaba que Stuart no era tan mala opción.

Se durmió con la duda.

Capítulo 16

Mirna se levantó el sábado con un malestar general en el cuerpo. Nada físico, más bien una sensación de desánimo. No tenía ningún plan a la vista y la verdad era que, a pesar de haber tomado ella la decisión, en el fondo se sentía culpable por haber roto, prácticamente de manera definitiva, con Stuart. Dudaba de que él volviera a llamarla teniendo en cuenta la despedida tan abrupta que tuvieron. Para el orgullo masculino, ser rechazado era todo un mazazo.

Para no dejarse llevar por el abatimiento, nada mejor que dejar su apartamento como los chorros del oro, un clásico de chica soltera tras una ruptura; mirando el lado positivo, una debía romper más a menudo con su novio porque, al darse cuenta de cómo tenía los armarios, recordó que hacía mucho que no pasaba por la amarga experiencia.

En medio de aquella faena, armada con un multiusos, trapo y plumero, se dispuso a organizar la estantería del salón, pero no había hecho el primer disparo cuando su móvil pitó. No esperaba que nadie se acordara de ella, así que, llevada por la curiosidad, dejó a un lado sus armas antimugre, agarró el *smartphone* y leyó.

¿Te apetece cenar conmigo y un amigo esta noche?

No supo cómo interpretar esa invitación, porque Ryan daba por hecho, el muy cretino, que no tenía ningún plan. Aquello podía ser una provocación y, por lo tanto, se merecía una respuesta acorde.

Luego te confirmo si puedo.

Pulsó enviar. Ciertamente, no tenía ninguna cita, pero ese sabelotodo tenía que tomar un poco de su propia medicina.

«Deja de jugar con niños y ven a hacerlo con personas adultas», respondió el muy idiota. Mirna se echó a reír. Vaya ego tenía Ryan. Se mordió el labio mientras pensaba una respuesta a tono con aquella tontería. En primer lugar debía hacerle esperar, nada de parecer ansiosa. Dejó el móvil sobre la mesa y le dio vueltas a las posibles respuestas.

La primera que le vino a la mente, «hoy no me apetece jugar», la desechó por peligrosa; la segunda, «mi mamá no me deja salir de noche», por infantil; la tercera, «me duele la cabeza», por ridícula.

Así que, diez minutos después, seguía sin saber qué responderle. En el fondo, pese a que cualquier persona sensata se quedaría en casa, ella tenía curiosidad por saber qué tipo de amigo había invitado a cenar. Puede que sólo fuesen imaginaciones calenturientas provocadas por conversaciones nocturnas y que en esa ocasión Ryan únicamente pretendía invitarla a una velada entre colegas.

Al final tecleó:

Ok. ¿A qué hora?

Recibió una respuesta en forma de icono sonriente sacándole la lengua y un sugerente.

Cuando tú quieras.

—¿Cuando tú quieras? —repitió en voz alta—. Este hombre está mal de la cabeza.

Como tenía por delante unas cuantas horas, se metió en faena y le dio brío a la bayeta y al multiusos, dejando su sala de estar impecable. Después la emprendió con el resto del apartamento hasta acabar en su dormitorio con unos pelos horribles y pocas ganas de salir de casa. No obstante, había dado su palabra, así que se metió en la ducha. Tras el reconfortante remojón, se paró delante de su ahora ordenadísimo armario y sacó un sencillo vestido de punto color burdeos, bragas y sujetador negro y unas cómodas bailarinas.

No hacía falta molestarse en peinarse, así que un secado rápido, una cola de caballo y lista. Llamó a un taxi, agarró el bolso y bajó a la calle.

En apenas veinte minutos estaba frente al edificio donde vivía Ryan. Tuvo un pequeño remordimiento de última hora, pero, tras pagar al taxista, se acercó y llamó al telefonillo. No tuvo ni que decir una palabra: oyó el zumbido que desbloqueaba la puerta y la empujó. Al llegar arriba, tampoco tuvo que llamar al timbre.

—Buenas noches —canturreó Ryan al verla entrar.

—Hola —murmuró cohibida. Una reacción absurda.

Ryan se limpió las manos en un trapo de cocina y salió de detrás de la barra con una cálida sonrisa. La miró de arriba abajo y ella se encogió de hombros. No iba para lo que se dice una cena de gala, pero tampoco pensó que fuera de esa índole.

—Suéltate el pelo, anda —le indicó acercándose y, como un niño bueno, se limitó a darle un beso en la mejilla.

Eso pareció tranquilizarla. Dejó su bolso y chaqueta sobre el respaldo del sofá y aceptó la copa de vino que él le ofrecía.

—¿Te hecho una mano? —inquirió solícita.

—No hace falta. Sólo tengo que sacar la comida de los envases y servir. ¿No pensarías que iba a cocinar?

—Bueno, pensé que quizá la cocina era una de tus cualidades ocultas —adujo sin segundas intenciones, pero él se lo tomó como una provocación en toda regla.

—¿Quieres conocer mi lado oculto, Mirna?

—¡No! —chilló molesta.

—Pues tú te lo pierdes —añadió ufano poniéndola de los nervios.

Mirna no quería que aquello se convirtiera en uno de esos extraños juegos de palabras a los que él, todo un maestro, era tan aficionado. Así que no replicó y se quedó en silencio con su copa de vino en una mano mientras él continuaba

preparando los platos.

—Te noto tensa —comentó mirándola por encima del hombro. Se había dado cuenta de que Mirna mantenía las distancias. Se moría de ganas por saber cómo le había ido en su cita con Stuart, pero preguntarle sobre ello significaba meterse donde nadie le llamaba. Si ella decidía hablar, por supuesto escucharía, pero sólo si ella daba el primer paso.

—Más bien cansada —apuntó ella—. Hoy he tenido zafarrancho de limpieza.

Ryan, que conocía bien los motivos por los que una chica dejaba su apartamento como los chorros del oro y Mirna no tenía pinta de obsesa de la limpieza, dejó lo que tenía entre manos y se acercó hasta ella.

—Ven aquí —dijo ofreciéndole la mano y, como era de esperar, ella desconfió—. Necesitas relajarte.

Ryan no esperó a que ella aceptase, la asió de la mano y tiró de ella hasta arrastrarla al dormitorio.

—¿Pero qué pretendes? —preguntó alarmada.

—Desnúdate.

—¿Cómo?

—Ahora vuelvo.

Mirna no daba crédito a aquello. Eso era ir directo al grano y lo demás tonterías. ¿Y si lo de cenar con un amigo no era más que una artimaña para que se confiara? La duda estaba en su cabeza, pero la lógica le decía que Ryan había encargado comida en abundancia, así que... ¿qué debía pensar?

—¿Todavía estás así? —dijo al regresar al dormitorio con una toalla y un frasco en las manos que dejó sobre la mesilla de noche mientras extendía la toalla sobre la cama—. Desnúdate y tumbate boca abajo.

—¿Pretendes darme un masaje?

—Premio para la dama —se guaseó doblándose los puños de la camisa.

Ante la pasividad de ella, se encargó de quitarle el vestido y el sujetador y dejarla sólo con las bragas, y luego la empujó sin miramientos sobre la cama.

Él, sin mediar palabra, se subió a horcajadas sobre su trasero, vertió una generosa cantidad de aceite sobre sus manos, calentó el producto y las posó sobre su espalda, para luego comenzar a moverlas de manera suave por toda la piel, presionando aquí y allí. Mirna no pudo contener el primer gemido ante aquel contacto.

Puede que se mostrara recelosa pero, joder, ¡qué manos, qué gustazo! Cerró los ojos y se olvidó de todo. No se había dado cuenta de lo mucho que necesitaba aquello. Se permitió quedarse medio dormida, eliminando cualquier rastro de tensión... y tenía tensión acumulada para dar y tomar. Estiró los brazos, dejándolos en cruz, y no se contuvo a la hora de ronronear.

—Tus manos son un prodigio... —suspiró sin saber cómo devolverle el favor porque un masaje así no se pagaba con dinero.

—Con qué poco te conformas —replicó con ironía y ejerció un poco más de

presión en la parte baja de su espalda—. Ni te imaginas lo que puedo hacer con ellas.

—Otro día me lo cuentas... —gimió porque no quería que nada estropease aquel momento de relax.

Ryan se rió entre dientes. Miró de refilón la hora. Andrew no tardaría en llegar, aunque le traía sin cuidado. Se estaba comportando como un cabrón controlador, pero no podía evitarlo. Ella era importante y, aunque aún era un poco pronto para ponerle nombre a los sentimientos que le despertaba, bien podía mantenerla cerca para terminar de afianzarlos.

Deslizó una mano más abajo, traspasando esa línea invisible que separa el masaje del manoseo, y apartó el borde de sus bragas negras, acariciándole la marca que el elástico había dejado. Se tomó el silencio de Mirna respecto a su maniobra como una invitación a continuar y apartó más tela hasta dejar su trasero a la vista.

—Me parece que...

—Calla —interrumpió él bajándose las del todo—. Aquí también estás tensa.

—Ya... —masculló sin creérselo.

Mirna salió de su ensoñación cuando él comenzó a masajear sus nalgas, prestando especial atención a la separación entre ambas. Pese a que le sobara el culo, si no se ponía en plan muy remilgado podía darlo por bueno al considerar que esa parte de su anatomía simplemente era otra porción de piel; no obstante, que la tocara justo *en medio* ya era otro cantar.

—¿Qué... qué haces ahí? —preguntó y, para ver mejor qué se traía entre manos ese bellaco, se apoyó en los codos y miró por encima del hombro.

—Jugar —replicó tan pancho—. Jugar como las personas mayores.

—¡Ni hablar! —exclamó y se las apañó para apartar su culo de la tentación.

—Mira que eres estrecha de miras —se rió él—. Anda, date la vuelta, nos limitaremos a lo clásico.

Lo miró con desconfianza, pero terminó aceptando, sobre todo por la carita de inocente que Ryan puso. Lo señaló con un dedo, a modo de advertencia, y él dijo:

—Si me porto bien, no tiene gracia. —Ella se mostró inflexible y él cruzó los dedos antes de mentir con descaro—. Vale, pero luego no te quejes.

Mirna se tumbó boca arriba y se tapó los pechos con la mano. Él, ante aquel despliegue de mojigatería, se las apartó de un manotazo y retomó el masaje, previo embadurnamiento de aceite. Comenzó por debajo de sus senos, concentrándose en el estómago y alrededores.

El resultado fue un millar de terminaciones nerviosas estimuladas y Mirna mordiéndose el labio porque esto de los masajes eróticos era toda una novedad para ella porque, tal y como la estaba tocando, dudaba de que lo hicieran en un centro de masajes profesional. De eso nada. Seguía ante él sin nada encima y poco a poco notó que entre sus piernas la humedad era palpable y Ryan, con lo avisado que era para estos asuntos, iba a darse cuenta, lo cual sería un bochorno, no por excitarse, sino por darle la razón.

—Creo que por hoy ya vale —dijo en un ridículo intento de que apartara las manos de su cuerpo. Una petición absurda porque se encontraba la mar de a gusto, pero... quien evita la tentación, evita el peligro.

—Mmmm —musitó bajando esas hábiles manos hacia abajo, justo por la parte exterior de sus caderas pero con los pulgares hacia dentro para, en una maniobra rápida, llegar a su sexo.

—Estoy muy relajada —mintió culebreando para apartarlo.

—Déjame comprobar una cosita... —canturreó y, como ella esperaba, se inclinó y acercó los labios hasta su cuerpo y los posó justo encima de su vello público.

—Ryan, por favor...

—Por favor, ¿qué? —La torturó sonriendo cual depredador tras dar el primer zarpazo y dejar a su presa desvalida—. ¿Por favor, hazlo? ¿Por favor, más? ¿Por favor, fóllame? —Mirna gimió, debería haber sido más lista y haberse vestido antes de llegar a esto, pero es que esas manos le provocaban cada sensación tan increíble... que resistirse resultaba misión imposible—. Da igual, me hago una idea —concluyó risueño—. Abre las piernas y vamos al lío.

Para evitar que ella se escabullera, pues tenía toda la pinta, se echó encima y, sin importarle que su camisa y su pantalón se impregnaran del aceite que le había esparcido por el cuerpo, la besó y de paso inmovilizó.

—Para, por favor...

—No. Estás mojada —la contradijo y volvió a devorar su boca, a lo que ella, con sus pobres defensas, no pudo resistirse como hubiera deseado.

Así que Mirna terminó entregándose a lo inevitable, rodeándole de paso los hombros y atrayéndolo con más fuerza hacia sí.

Ryan gruñó victorioso; por dos razones: la primera y más obvia, había vencido sus reticencias y, la segunda, más maquiavélica, confirmaba sus sospechas sobre lo que no había hecho ella la noche anterior con el imbécil de Stuart. No se habían reconciliado ni tampoco follado.

Con la habilidad que lo caracterizaba, fue posando sus labios por diferentes puntos sensibles de su cuerpo, comenzando un vertiginoso descenso hacia su sexo, donde encontró lo que ya imaginaba.

Primero pasó la yema del dedo, separando sus pliegues y disfrutando de los siseos que Mirna emitía, sin duda excitada y necesitada. La penetró con un dedo, sabedor de que resultaría insuficiente.

—¡Ryan! —chilló desesperada y arqueó su cuerpo en busca de más, mucho más.

—Ansiosa —la provocó antes de sustituir ese dedo por su boca.

—¡Joder! —exclamó tensándose porque aquello no era para menos.

Con los ojos entrecerrados, respirando de manera agitada y sintiendo cómo su cuerpo se preparaba para un orgasmo realmente bueno, Mirna gimió de tal forma que hasta él alzó un instante la mirada y, al ver que era el artífice de tales gemidos, sonrió orgulloso antes de retomar sus acciones. Cada pasada de esa lengua lograba que se

contorsionara, como si su cuerpo recibiera pequeñas pero constantes descargas eléctricas.

Cuando estaba a punto de correrse, cuando notaba ese último aviso y a pesar de tener los sentidos puestos en lo que ocurría en el dormitorio, oyó un chasquido que la descolocó. Pensó que había sido producto de su imaginación, pero no, pues a aquel sonido le siguieron el de unos pasos. Miró hacia abajo, a Ryan, que concentrado entre sus muslos parecía ajeno; terminó por llamarle la atención tirándole del pelo.

—He oído a alguien entrando... —murmuró y él se encogió de hombros sin apartar la boca de su coño, lo cual podía ser bueno, pero... no porque, tras esos desconcertantes pasos, se oyó claramente:

—¿Ryan?

Mirna se enfrió de repente y movió las piernas para apartarlo. Todo fue en vano, ya que él, en vez de incorporarse, la sujetó con más fuerza para continuar lamiéndola. El corazón le latía a mil por hora; un extraño había entrado y él continuaba como si nada. Así era imposible disfrutar.

—¿Ryan? —repitió la voz de hombre en esta ocasión elevando el tono.

—¡En el dormitorio! —respondió el aludido apartándose medio segundo de su sexo y dejándola aturdida porque, aparte de delatar su posición a un extraño, además había vuelto a sus quehaceres acertando de pleno sobre su clítoris, el cual azotaba con la punta de la lengua. Lo de no dejar la puerta abierta antes de darle el masaje había sido todo un acierto.

Mirna quería al menos cubrirse, ya que, como era de esperar, la puerta se abrió, y la estancia se inundó de luz. Un tipo vestido de traje oscuro se detuvo, adoptó una pose tranquila cruzándose de brazos y los miró como si estuvieran haciendo cualquier otra cosa.

—Llegas tarde —dijo Ryan al hombre para el bochorno de Mirna, que miraba hacia el otro lado con la esperanza de que todo fuera una pesadilla.

—Problemas de última hora —respondió el visitante con tranquilidad.

Ryan, en vez de dar por concluida la sesión de sexo oral (a Mirna le importaba muy poco quedarse a medias dadas las circunstancias), gateó hacia arriba y se abalanzó hacia su boca. Los gemidos de ella eran mitad excitación, mitad vergüenza.

—¿Te animas? —preguntó Ryan al tipo y ella gritó indignada.

—¡Ryan!

—Estoy seguro de que Andrew hará una excepción por ti. ¿Verdad?

—¿Pero qué dices? —farfulló ella dándole manotazos.

—Podría, sí —adujo Andrew como si le hubieran pedido compartir el postre.

—¿Alguna vez te han succionado los dos pezones al mismo tiempo? —susurró Ryan en su oído provocándola y de paso creando en su cabeza una imagen demasiado perturbadora como para borrarla de inmediato—. Él podría unirse a nuestros juegos de adultos y...

—Calla, por favor —lo interrumpió ella.

—No seas tonta. Sólo se ocupará de uno de tus pezones, nada más —prosiguió en ese tono tan sumamente perverso que hacía muy difícil resistirse.

Por si acaso ella le soltaba un bofetón, la sujetó por las muñecas y miró a Andrew, que esperaba tranquilo a que o bien se le invitara a unirse o bien se le mandara a paseo. Daba la impresión de que no le molestaría que fuera la segunda opción y que tampoco se mostraría muy entusiasmado si fuera la primera.

Capítulo 17

—¿Juegas o no? —preguntó Ryan al tipo y éste se desprendió de la americana del traje, dejándola perfectamente colocada sobre el respaldo de una silla. Después se sentó a la derecha de Mirna y con el dorso de la mano le acarició el costado.

Ella tragó saliva y evitó mirarlo en todo momento. Por favor, ¡qué apuro!, allí desnuda ante ellos e incapaz de levantarse y salir corriendo. Desde luego Ryan había sido muy listo dándole aquel masaje relajante a modo de preliminares, porque parecía que sus músculos eran gelatina.

Fue consciente de cómo el recién llegado la sometía a un examen visual. Desde luego sabía muy bien cómo crear expectación. El silencio resultaba más difícil de soportar que nunca. Su agitada respiración era el sonido predominante en aquel dormitorio; ellos no parecían tan afectados, pero, claro, no eran el centro de atención, no eran, por decirlo de alguna manera, el jamón del bocadillo, porque a saber qué significaba eso de jugar.

—Juego —murmuró finalmente Andrew tras ponerla de los nervios con aquel leve contacto con un tono que podía significar cualquier cosa.

Mirna inspiró con brusquedad; estaba muy mal de la cabeza, y mucho además, pero sobre todo estaba excitada, de ahí que, pese a que una vocecilla le alertara del peligro, fuera incapaz de salir corriendo.

Sin embargo, Andrew no hizo lo que esperaba; para su total asombro, en vez de lanzarse en picado, extendió el brazo, le cogió una mano y depositó un beso en la misma al más puro estilo *gentleman*.

—¿Empezamos? —preguntó pragmático mirándola sólo a ella, como si otro hombre no estuviera al otro lado de la cama.

—Empezamos —repitió Ryan ya sin preguntar, con un tono mucho más pecaminoso que, pese a no hacer frío en la alcoba, le puso la piel de gallina.

Pasmada, anonadada, ojiplática y excitada, asintió. Los dos hombres se miraron y después le sonrieron. Debía haber una especie de código secreto entre ambos al que ella no tenía acceso porque, antes de que pudiera asimilar qué demonios ocurría, Andrew se inclinó y atrapó su pezón derecho entre los labios, tirando suavemente de él al tiempo que posaba una mano sobre su costado.

Sintió una especie de escalofrío generalizado ante aquel contacto y, cuando todavía se encontraba en estado de *shock*, fue Ryan quien se unió, con más agresividad, utilizando los dientes de una manera casi dolorosa. Mirna, acostumbrada como el noventa y nueve por ciento de las mujeres a que esto fuera de uno en uno y no en estéreo, no sabía qué hacer. Cerró los ojos y volvió a abrirlos por si se trataba de un sueño erótico. Pues no, era real, había dos hombres, uno a cada lado, succionándole los pezones. Cada uno a su ritmo. Andrew, delicadeza; Ryan, agresividad.

Su cuerpo no estaba preparado para tanta estimulación simultánea, ¿quién lo

estaría?, así que dobló las piernas, estiró los brazos y dejó que todo su lado visceral saliera a la luz. Nada de pensar. Sólo disfrutar del inmenso placer que experimentaba bajo ese par de habilidosas bocas. Notaba una mano de Andrew acariciándole el costado y otra, sospechaba que de Ryan, sobre su abdomen deslizándose hacia abajo.

Los dos emitían suaves murmullos mientras la mantenían en un estado desconocido, placentero y perverso. Murmullos que se mezclaban con sus, cada vez, más escandalosos gemidos y, cuando la mano de Ryan se coló entre sus muslos y rozó su clítoris, gritó al tiempo que se le doblaban todos los dedos de los pies y se aferraba a la colcha.

Ése pareció ser el pistoletazo de salida para que tanto Andrew como Ryan se tornaran más expeditivos. El primero dejó atrás la delicadeza y puso una mano en su muslo para mantenerla bien abierta y que así los dedos de Ryan hicieran estragos en su sexo.

—Está a punto —indicó Andrew ya no tan indiferente como al principio.

—¿Lo estás, Mirna?

Ella asintió con fervor. ¿Acaso lo dudaban? ¿No eran suficientes pruebas sus jadeos? ¿Sus músculos tensos? ¿El sudor que empapaba su espalda? ¿La abundante humedad entre sus piernas?

Arqueaba su cuerpo sin saber qué contacto disfrutaba más, pues hasta la fecha, cuando algún tío se había molestado en jugar con sus pezones, sólo había una boca a la que pedir más, pero, por lo visto, cuando se ladeaba pidiendo más a uno, el otro se lo tomaba como un reto personal e intensificaba la presión sobre sus doloridos pezones y todo sin dar un respiro a su clítoris.

Percibió la presión de la mano de Andrew manteniéndola en la postura que ellos querían; los dedos de Ryan jugaban sin piedad en su coño y no pudo más. Toda la tensión que liberó a través de un lastimero gemido hizo que ambos, en vez de dejar que asumiera su orgasmo, presionaran un poco más, logrando que Mirna se quedara sin aliento y desmadejada en la cama.

Ryan, con una sonrisa deslumbrante, le dio un beso de esos de película, con mucha lengua, en la boca y después le acarició los labios con el pulgar. Se incorporó y, pese a que se le notaba una erección de campeonato, hizo un gesto a su amigo y la dejaron sola.

Sola pero muy satisfecha.

Mirna se tapó la cara con el brazo e intentó respirar con normalidad. Estiró las piernas y se planteó una cuestión de vital importancia: ¿cómo iba ahora a sentarse a cenar con ese par después de aquello?

Los oyó hablar, pues habían dejado la puerta del dormitorio entornada. Lo hacían de modo distendido y de asuntos banales. La típica conversación de dos amigos.

Un momento... ¿amigos?

Frunció el ceño, las cosas no cuadraban. Había estado tan imbuida a causa de la excitación que no había prestado suficiente atención a las palabras.

«Estoy seguro de que Andrew hará una excepción por ti».

—Joder, joder, joder... —farfulló sentándose de repente al encajar las piezas—. Pero qué pedazo de tonta...

No hacía falta sumar dos y dos para saber que esos dos eran mucho más que amigos. La cuestión no era saberlo, sino tener muy claro el motivo por el cual ella estaba invitada, pues si eran amantes... ¿qué pintaba ella en medio?

Sin dejar de fruncir el ceño, buscó sus bragas y se las puso sin dejar de darle vueltas al asunto. También se colocó el sujetador, que con las *lolas* al aire una no sabe atar cabos. Ya vestida, se asomó, todavía sonrojada, y salió de la alcoba con la idea en mente de dejarlos a solas; ya dilucidaría más tarde aquel asunto.

—¿Todo bien? —preguntó Ryan amable como si nada, lo cual a ella no terminaba de cuadrarle pues, bajo su punto de vista, le era imposible comportarse con normalidad después de correrse como una loca con las atenciones de dos tíos.

Asintió, sin dejar de sentirse estúpida. Se dirigió hacia su bolso y su chaqueta, se la puso y dijo:

—Bueno, os dejo. Pasadlo bien. —«Lo último sobraba, gilipollas», se recriminó.

—¿Adónde vas a estas horas? —inquirió el anfitrión mirándola como si estuviera mal de la cabeza. Tampoco andaba muy desencaminado.

—A casa.

—Anda, deja de dar por saco y siéntate. Te he invitado a cenar, ¿no?

Antes de que pudiera abrir la boca, él ya le había quitado el bolso y la había empujado hasta la mesa, donde un educado Andrew aguardaba de pie con una copa de vino en la mano.

Se sentó para no montar una escena y miró al hombre. Estaba de toma pan y moja con aquel aspecto tan pulcro. Pantalón de vestir azul marino, camisa de manga larga azul pálido con el botón justo desabrochado. Peinado de manera clásica, afeitado perfecto...

—Creo que, debido a las circunstancias, no os he presentado formalmente.

Mirna se puso colorada y más aún cuando Andrew le tendió la mano en un gesto típico que en otra situación no le hubiese causado tanto desasosiego.

—Ella es Mirna, mi ayudante —prosiguió Ryan como si nada—, y últimamente algo más.

—Te mato —dijo ella entre dientes manteniendo la sonrisa mientras aceptaba la mano que con amabilidad le ofrecía Andrew.

—Y él es Andrew, profesor universitario de lengua y literatura. —A nadie le pasó desapercibido cómo se recreó al pronunciar *lengua*—. ¿Cenamos?

Se sentaron a la mesa y Ryan, que parecía en su salsa, fue el encargado no sólo de servir, sino de mantener viva la conversación. Sabía que Andrew era bastante reservado y que Mirna aún estaba asimilando lo ocurrido, pero con su insistencia logró que, a la hora de servir el café, no hubiera ningún tipo de tensión y que la conversación fluyera sin problemas.

—Ahora estoy preparando un seminario de cine clásico —comentó Andrew cuando Mirna le preguntó por su trabajo— y cuál ha sido mi sorpresa cuando, al preguntar a mis alumnos, me he enterado de que ninguno ha visto *Casablanca*.

—¿Cómo?! —exclamó Ryan estupefacto.

—Yo me quedé igual, me resultó incomprendible.

—Me dejas alucinado. Joder, toda una obra maestra... el mejor guion posible —murmuró con admiración.

Mirna, que no la había visto, miró hacia otro lado, porque, en vista de que ambos eran unos fanáticos de esa película, a lo mejor la lapidaban.

—Pues, aunque parezca imposible, así es —corroboró Andrew—. Así que tengo que hablarles de un guion memorable a una panda de ignorantes.

«Quizá se está pasando —pensó ella saboreando su café—, aunque lo ha dicho sin sonar pedante».

—¿Y tú qué opinas? —preguntó Ryan dirigiéndose a ella, que se atragantó.

—Esto...

Los dos hombres se miraron entre sí y después a ella como si fuera un bicho raro.

—¿Cómo?! —exclamaron ambos.

—Bueno, yo... esto... cuando a veces la han echado en la tele, he querido verla pero... como acaba mal...

—¿Que acaba mal? —interrumpió Ryan.

—Es el mejor final que una historia puede tener y ¿sabes por qué? —Mirna negó; daba gusto escucharlo con ese tono docente.

—Porque no es un final —respondió Ryan por él—. Porque cualquier espectador, al ver los títulos de crédito, imagina mil posibilidades. Puede que Elsa, al llegar a su destino, abandone a su marido y regrese a Casablanca. Puede que Rick lo mande todo a paseo y, ahora que se lleva bien con la autoridad, consiga un salvoconducto y vaya a buscarla. Puede que el marido de Elsa se dé cuenta de que su matrimonio está acabado...

—Y no sólo eso —intervino Andrew con su aire de profesor que atrapa al alumno—: cada diálogo, cada frase, dice mucho más de lo que puede parecer. Exige saber leer entre líneas, no hay efectos especiales que tapen un mal guion.

—«Los alemanes iban de gris y tú ibas de azul» —recitó Ryan emocionado—. ¿Se puede decir más en tan pocas palabras?

Mirna alucinaba, no sólo por verles a ellos tan compenetrados y tan absortos en aquel debate cinéfilo, sino por la pasión con la que hablaban. Daban ganas de levantarse e ir corriendo a ver la película en cuestión.

—Una frase que lo resume todo. No hacen falta párrafos y párrafos dando datos, aburriendo al espectador con fechas y acontecimientos históricos. Con esas pocas palabras sabemos qué día era, donde estaban, el momento tan trascendental que vivían los protagonistas y, sobre todo, cómo marca el desarrollo de su relación —le explicó el profesor sin perder la sonrisa.

—Vaya... —murmuró ella agradecida de que no la trataran como si fuera tonta.

—Ryan, ¿estás pensando lo mismo que yo?

—Depende —respondió sugerente y, al darse cuenta de lo que Andrew preguntaba, dejó a un lado su vena más perversa y asintió—. Pues claro que tengo la peli. Remasterizada y edición coleccionista.

Así que, sin más, terminaron acomodándose frente al televisor. Ryan y ella en el sofá y, pese a que Mirna guardó las distancias, él las acortó. Andrew se sentó cómodamente en el sillón.

—Prepárate para disfrutar —susurró Ryan junto a su oído y ella le dio un manotazo por tonto y por provocador.

Mirna, al principio, se sintió el centro de atención; sin duda querían observar sus reacciones a medida que la película avanzaba. Pensó que cualquiera se atrevía a decirles que no le gustaba, así que se concentró en apreciar aquellos matices que con tanto entusiasmo ellos habían alabado.

A la mitad ya se encontraba imbuida por completo en la historia, tanto que ni siquiera se percató de que Ryan, en una maniobra propia de un adolescente que invita al cine a la chica para meterle mano, estaba junto a ella, rodeándola con un brazo y Mirna, entusiasmada, se recostó en él con naturalidad.

Ryan, que se sabía de memoria cada escena, cada diálogo, cruzó una mirada con Andrew y éste le sonrió haciendo un gesto con la cabeza en dirección a Mirna y ésta ni se enteró de que entre los dos hombres comenzaba una especie de conversación silenciosa.

El anfitrión era consciente, muy consciente, de que su invitado no sólo había venido a cenar y a ver una película, por muy buena que ésta fuera. Ryan no quería dejar a Mirna de lado y encerrarse en el dormitorio con Andrew, aunque dudaba de que ella quisiera verlo y mucho menos participar. No tenía más que recordar el apuro de la chica cuando ambos se habían dispuesto a complacerla pese a que, a juzgar por sus jadeos, el resultado había sido espectacular.

Ajena a todos esos pensamientos, aunque la incumbían en parte, ella continuaba absorta en la televisión, mordiéndose el pulgar ante las emociones que se iban acumulando a medida que avanzaba la historia. No tenía sentido contenerse y se le escapó una lágrima al llegar a la escena en la que los exiliados del café de Rick se ponen a cantar *La Marsellesa*, obligando a los nazis a dejar de cantar su himno. Acabó limpiándose los ojos con la manga de su vestido, ya sin poder controlar su llanto.

—Joder, lo siento —farfulló ante su reacción.

Ryan le apretó el hombro en señal de comprensión y Andrew la miró con admiración. Pocas personas hubieran mostrado aquella sinceridad ante sus reacciones, y menos estando delante de otras.

Y así, minuto a minuto, Mirna terminó llorando a moco tendido, apoyada en Ryan y entendiendo a la perfección lo que ambos le habían explicado durante la cena. Con

los ojos enrojecidos, aunque satisfecha de que el motivo hubiera sido las emociones que la película habían despertado en ella, se disculpó con la intención de encerrarse en el baño y poder recomponerse un poco.

Una vez dentro del aseo, Mirna se lavó la cara con agua bien fría, a ver si desaparecían cuanto antes las señales de haber llorado. Empapó una toalla en agua y se la puso, a modo de compresa, sobre los ojos cerrados y se quedó así unos minutos. Quería regresar al salón con un aspecto más decente, porque a buen seguro seguirían conversando y ella no quería parecer la tonta del bote.

Apartó la toalla y compuso una mueca, apenas había mejorado. Bien, no pasaba nada por intentarlo unos minutos más, así de paso utilizaba el servicio. Como aquello no parecía tener visos de solucionarse, desistió y decidió regresar junto a ellos. Lo cierto era que, si bien al principio la presencia de Andrew la había trastocado un poco, ahora, tras la cena, se sentía muy cómoda a su lado y, sobre todo, encantada de escucharlo. Mientras no se acordase de lo que había ocurrido en el dormitorio, o al menos no hacerlo con ellos presentes, no se sonrojaría y podría disfrutar de una interesante conversación, pues lo cierto era que, tras haber visto *Casablanca*, deseaba comentar con él, y por supuesto con Ryan, unas cuantas cosillas. Puede que fueran tonterías y que ellos, como expertos, hasta acabarían por reírse, pero, ya que le habían inoculado el gusanillo de la apasionante historia, lo menos que podían hacer era responder a sus preguntas.

Salió del cuarto de baño y caminó hasta la sala. Pensó que quizá sería una buena idea tomar una copa mientras conversaban, así que se dirigió primero a la cocina a buscar hielos y vasos limpios para servir las bebidas. Preparó la bandeja con todo lo necesario y se fue directa al salón.

Lo primero que vio fue la pantalla de la tele donde aparecía el menú principal de la película que acababan de ver. Dio un paso más, con la bandeja en las manos y la intención de dejarla sobre la mesita de centro.

Y no fue capaz de hacerlo.

Capítulo 18

No pudo hacerlo, no al menos de manera normal. Lo hizo temblando y corriendo el riesgo de que todo acabara por los suelos, con el consiguiente estruendo y, por supuesto, poniéndolo todo perdido.

—Mirna... —gimió Ryan extendiendo el brazo para que se sentara junto a él en el sofá.

Ella negó con la cabeza. Debería salir pitando de allí y dejarles intimidad. Sin embargo, tuvo problemas de movilidad, pues sus pies se negaban a ponerse en marcha y abandonar el salón.

Siempre pensó que ver a dos tíos enrollándose le produciría rechazo o indiferencia, pero no. Observar a Andrew, de rodillas con la cabeza entre las piernas de Ryan, chupándole la polla, le produjo una especie de calentamiento global muy complicado de pasar por alto.

—Acércate —pidió Ryan con los ojos entrecerrados. Acariciaba la cabeza de Andrew con verdadero cariño, mientras éste se esforzaba en hacerle una mamada que, a juzgar por los murmullos y expresiones de placer que emitía el agraciado, debía ser monumental.

Mirna dio un paso y otro hasta quedar junto al sofá. Ryan podía tocarla y lo hizo. Le puso una mano sobre la rodilla y fue ascendiendo de manera muy lenta y todo sin dejar de jugar con el pelo de Andrew.

Tragó saliva. Se dio cuenta de que, hasta la fecha, ella no le había hecho una cosa así, pese a que él se había esforzado por complacerla. Tenía que ser sincera y admitirlo, le gustaría estar ocupando el lugar de Andrew.

La mano de Ryan se había posado justo a la altura de su sexo y sólo la suave tela de su braga evitaba que el roce fuera directo. Mirna se mordió el labio y terminó claudicando, ya que se le doblaron las rodillas y, entre caer de culo y sentarse en el sofá, eligió el mal menor. Nada más acomodarse, sintió cómo esa mano curiosa apartaba su ropa interior e iba directa a su sexo.

Andrew levantó un instante la vista y sonrió de medio lado; al parecer la idea de tenerla allí no le molestaba, más bien todo lo contrario, pues le dirigió a ella una mirada de lo más ardiente antes de retomar las atenciones a la erección de Ryan con renovado brío.

Ryan se las apañó para girarse parcialmente y así poder besar a Mirna, sin dejar de masturbarla y sin interrumpir a Andrew, que se estaba luciendo. Ella se humedeció los labios y cerró los ojos ante el primer contacto.

¡Joderrrrr!, si Ryan besaba bien en condiciones normales, en esta ocasión fue todo un torbellino cuando avasalló su boca. Le respondió, nerviosa, agitada, intentado estar a la altura de las circunstancias y más excitada que nunca. Se revolvió, inquieta porque se estaba creando en su interior una tensión con la que, si él no podía remedio, iba a pasarlo realmente mal.

—Mirna... —gruñó Ryan más tenso aún que ella. También estaba a punto de correrse y hacerlo mientras la besaba suponía todo un incentivo extra.

Y en ese instante todo empezó a descontrolarse, porque Mirna jadeaba a medida que sentía los dedos entrando y saliendo de su interior con precisión, tanta que ahogó un grito cuando le recorrió un escalofrío dos segundos antes de llegar al orgasmo.

—Eres increíble —musitó absorbiendo cada gemido y mezclándolos con los suyos propios, porque Andrew le estaba haciendo la mamada del siglo.

—Estoy de acuerdo —convino Andrew y, después de eso, no dijo ni una sola palabra más porque utilizó su boca para otros menesteres.

Ryan agarró de la mano a Mirna y comenzó a embestir como un loco. Ella notaba la tensión a través de la presión que ejercía y no pudo por menos que maravillarse de cómo funcionaban las cosas entre los dos hombres. De un plumazo borró todos los prejuicios que tenía y se quedó maravillada de la naturalidad de toda aquella escena.

Entendió también muchas de las cosas que le había explicado y del mismo modo llegó a la conclusión de que, si en algún momento había tenido la absurda idea de que Ryan modificara sus pensamientos y llevarlo a un terreno más convencional, era simple y llanamente ridículo. Él era así. O lo aceptabas o no, pero las críticas o los intentos de hacerle pasar por el aro eran una pérdida de tiempo.

Sintió cómo Ryan se estremecía a su lado y, sin dudarlo, lo acogió en su regazo. Él buscó su boca y la besó con verdadera pasión, ajenos por completo a Andrew. Cuando se apartó de ella, miró al otro hombre que, lejos de enfadarse, los miraba y sonreía, lo cual significaba que aún podían pasárselo muchísimo mejor.

Ryan se puso de pie y se colocó tras Andrew, que respiraba agitadamente. Lo colocó de tal forma que ambos quedaran frente a Mirna y ella pudiera verlo todo. Le rodeó con los brazos y fue bajando las manos hasta posarlas sobre su bragueta y empezó a acariciarle sin dejar de mirarla.

Mirna, aún sentada en el sofá y con las bragas empapadas, por extraño que pareciese, se sintió especial. Ryan estaba tocando a otro en su presencia y eso reavivó su excitación.

—Tócale —exigió Ryan mientras Andrew se dejaba llevar y disfrutaba de las caricias, de momento superficiales, que recibía.

Con dificultad debido a la intensidad del momento, ella se colocó delante y cruzó una rápida mirada con Ryan antes de fijar toda su atención en él.

—Hazlo —dijo Andrew ante la vacilación de ella.

Con cautela, levantó sus brazos y los dirigió a una parte poco comprometedor. Comenzó a desabotonarle la camisa. Él respiró en profundidad a medida que lo desnudaba de cintura para arriba y las malvadas manos de Ryan le mantenían en un estado desesperante, pues a buen seguro él necesitaba mucho más que un magreo por encima del pantalón para disfrutar.

Un poco más atrevida, deslizó la mano por sus pectorales, sintiendo bajo las yemas de sus dedos el calor y la suavidad del vello corporal. Andrew, entre los dos,

se contenía a duras penas arqueando las caderas para que alguno de los dos tuviera la decencia de quitarle los pantalones. Lo más lógico era que fuera ella quien se ocupara de hacerlo. Ryan la retó con la mirada a que hiciera los honores y ella tragó saliva porque nunca imaginó verse en una situación similar.

Si ya de por sí la posibilidad de acostarse con un desconocido la descartaba de entrada, hacerlo con un tipo que, aparte de no conocer, era homosexual y además con otro delante dando instrucciones, resultaba, como poco, surrealista. Si alguien le hubiera comentado esa combinación tan sólo unas horas antes, desde luego ni hubiera salido de su casa.

Se sintió igual que la primera vez que pisas un restaurante nuevo de esos todo derroche de creatividad pero en el que tienes miedo de probar cualquier plato porque crees que no va a gustarte, pero, cuando te arriesgas, experimentas un gran placer.

Mirna miró a Andrew a los ojos y él, en uno de esos gestos tiernos a más no poder que derretirían a cualquiera (hombre o mujer), le acarició los labios con el pulgar y ella sonrió antes de atreverse a atraparle el dedo con la boca.

Ryan, tras él, no se perdía detalle y mordió a su amigo en el hombro, tornándose más agresivo, lo cual hizo que ella, tras una inspiración profunda, dirigiera sus manos al cinturón.

—Está deseando que lo hagas —musitó Ryan sugerente lamiéndole la oreja y se ocupó de abrirle los pantalones y de tocarle por encima de la ropa interior.

No debería sorprenderse de encontrarle empalmado, pero aun así dio un respingo; una reacción tonta, desde luego. Puso de nuevo la mano y esta vez fue más contundente, comenzando a acariciarlo, no con la agresividad que a buen seguro usaría Ryan. Prefirió recorrer su erección con suaves pasadas, arriba y abajo, consciente de la mirada de Andrew fija en ella.

—Mirna... —gruñó Andrew adelantando sus caderas, lo cual sólo significaba una cosa.

Sin pensar en nada más que en complacerlo, dejando a un lado años de prejuicios, se ocupó de desnudarlo por completo y después se ocupó de tocarlo con más precisión.

Ryan se apartó de ellos y se quedó quieto observándolos. Joder, ¿era o no era aquello una señal? Estaba tan excitado como el que más, pero prefirió dejarles interactuar unos minutos. Notaba un poco de vacilación en los movimientos de Mirna, pero Andrew se encargaba de hacer que se sintiera poco a poco más cómoda. Ella le acariciaba y, en un gesto que le hizo sorprenderse y sonreír al mismo tiempo, ella dio medio paso atrás y permitió que él le quitara el vestido de punto y el resto de la ropa, quedándose los dos desnudos, de pie, en el salón.

Aprovechó para ir discretamente a su dormitorio y regresar lo más rápido posible con unos cuantos condones y lubricante en la mano y sin su ropa. Mirna estaba acariciándole la polla mientras él la peinaba con los dedos, agradecido sin duda por su delicadeza, algo que por supuesto Ryan no iba a tener con él.

Tiró los preservativos en el sofá y de nuevo se situó tras él, frotándose con descaro contra su trasero y rodeándole el pecho para crear una sensación de sujeción y de dominación.

Andrew gimió y rodeó a Mirna con una mano en la cintura para tenerla más cerca, escondiendo incluso el rostro en el cuello de ella cuando sintió cómo Ryan pasaba un dedo entre la separación de sus nalgas. Se tensó, no porque le molestara, sino porque sabía lo que venía a continuación, algo que deseaba con fervor. Acto seguido, algo húmedo y frío hizo que se aferrara con más fuerza a ella y que incluso deseara tocarla de manera más íntima. Un hecho sin precedentes, pues hacía una barbaridad que no acariciaba el sexo de una mujer.

—Siéntate, por favor —le rogó Andrew jadeante.

Mirna, intuyendo qué hacía Ryan a sus espaldas, asintió y se quedó patidifusa cuando le vio arrodillarse a sus pies, poner una mano en cada rodilla y separarle los muslos. Esta vez fue el turno de ella de gemir cuando él la acarició justo por encima de su vello púbico y desde ahí fue deslizándose un dedo hasta tocar su clítoris.

Y Ryan, encantado con todo aquello, agarró uno de los condones y se lo puso. Después lo embadurnó con abundante lubricante y se colocó tras Andrew.

—Haz que se corra mientras te follo —le dijo.

Mirna gritó cuando sintió dos dedos dilatando su sexo y tras la primera impresión reaccionó. Para compensar un poco la agresividad de Ryan, ella acunó el rostro de Andrew mientras éste jadeaba y se movía al ritmo de las embestidas que recibía.

Ella quería a toda costa mantener los ojos abiertos y ser testigo de algo increíble. La expresión de absoluto placer que reflejaban los ojos de Andrew, al igual que la de Ryan. Tensión, placer, excitación... todo, estaban experimentándolo todo y ella era partícipe de todo aquello.

Iba a correrse, sí, Mirna lo sabía, porque Andrew no dejaba de masturbarla y, además, con una habilidad impresionante, aunque por encima de la estimulación física se encontraba todo lo demás. Los gemidos mezclados, las emociones a flor de piel, la novedad (al menos para ella)...

Andrew tembló entre sus piernas al correrse y ella se inclinó para rozarle los labios. Ese atrevido gesto fue recompensado y él le devolvió el beso con mayor intensidad. Y no sólo eso, sintió el toque de gracia en su sexo cuando él presionó con el pulgar sobre el clítoris y se lo estimuló hasta lograr que alcanzara el orgasmo. Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás; demasiado intenso.

Cuando volvió a abrirlos, Andrew reposaba sobre sus piernas y Ryan permanecía en el suelo; sentado, observándolos. Ella sintió un ramalazo de preocupación: ¿estaría celoso por la complicidad que había demostrado con Andrew?

Sin embargo, la sonrisa que se dibujó en su rostro cuando cruzaron la mirada hizo que abandonara aquella estúpida suposición. Ryan, ágil como siempre, se incorporó hasta sentarse a su lado y darle un —¿posesivo?— beso en los labios.

Y Andrew, que también parecía volver a la vida, levantó la cabeza y, sonriéndole,

le regaló un par de besos, uno sobre cada pecho, antes de separarse y recoger su ropa del suelo. Se vistió en silencio y, como siempre, se despidió sin dar mayores explicaciones y sin hacer promesas; con un escueto «ya te llamaré».

—Supongo que te quedas a dormir, ¿verdad? —preguntó ofreciéndole la mano para que lo acompañara al dormitorio, y ella asintió.

Cuando se acomodaron en la cama, Mirna no pensaba en otra cosa que en descansar. Demasiadas emociones dejaban huella y ya casi había caído rendida cuando Ryan le dio un beso en el hombro y murmuró:

—Mañana hablamos. Duerme, cariño.

Sin embargo, no lo hicieron, ni al día siguiente ni al otro. Mirna dio por buena la idea de que quizá habían sido las típicas palabras que se dicen en momentos de euforia sexual, así que, como desde el principio su relación con Ryan se había basado en la absoluta falta de guion, no debía comerse el coco y seguir adelante.

Lo único que realmente le preocupaba esos días era que se acercaba el final de su contrato. No había recibido ninguna comunicación por parte de la empresa, ni buena ni mala, y tampoco quería mencionarle ese tema a Ryan por si él se lo tomaba como una especie de chantaje emocional. Así que esperaba paciente a que alguien se dignara a comunicarle su continuidad o no en la productora.

Para no ponerse de los nervios, nada mejor que concentrarse en el trabajo. Ryan le había pasado dos borradores y ella debía editarlos y corregirlos. Sonó su móvil y puso cara de fastidio al reconocer el número de Stuart en la pantalla. No quería hablar con él ni darle explicaciones; primero, porque sería una total pérdida de tiempo y, segundo, porque, aparte de no entenderlas, eso les llevaría a una conversación ridícula. Cortó la llamada y apagó el teléfono.

Pero hay veces que una fuerza invisible se alía en tu contra para no dejarte en paz. Cuando aún no había leído ni dos líneas, alguien entró en el despacho que compartía con Ryan, sin llamar antes a la puerta.

—¿Dónde está ese guionista de tres al cuarto con el que follas?

Mirna se puso nerviosa. ¿Qué mujer no lo haría?

Tragó saliva, se puso en pie e intentó componer una sonrisa amable.

—¿Estás sorda? —inquirió Patrick mirándola como si fuera un bicho raro.

—El... el señor Bradley está reunido —acertó a decir tras aclararse la garganta.

—Joder, cuánto respeto —se guaseó sin piedad—. ¿Y el *señor Bradley* te ha dicho cuándo volverá?

A Mirna no le pasó por alto el recochineo utilizado al pronunciar señor Bradley.

—¿Qué quieres, Patrick? —dijo Ryan a sus espaldas entrando en el despacho y dejando unos cuantos documentos sobre su mesa.

—Qué bien enseñada la tienes, tío —dijo en un tono provocador y Ryan se echó a reír.

—Anda, deja de meterte donde no te llaman y dime a qué has venido.

—A quejarme —adujo sin rastro de humor—. Por esto. —Agitó en el aire un

dosier que traía bajo el brazo.

—Voy a... a hacer un recado —se disculpó Mirna presintiendo un número del caprichoso actor, lo cual le valió una mirada reprobatoria de Ryan por cobarde.

—Ya te vale. Pase que una rubia tonta me ponga los cuernos, pero lo mínimo que podrías hacer es escribir una escena en la que yo me lo monto con su mejor amiga, para darle en los morros, ¿no?

—Cómo te gusta el drama —bromeó Ryan—. A ver, eso es lo que espera todo el mundo, lo típico.

—Pero, joder, es que voy a parecer un calzonazos porque encima, según esta mierda que has escrito, ¡me voy a sentir culpable y encima la voy a perdonar!

—Será una de tus mejores interpretaciones, sé lo mucho que te vas a esforzar para hacerlo.

—Vete a la mierda, no necesito que me hagas la pelota —le espetó cabreado por no salirse con la suya.

En ese instante, oyeron unos golpecitos en la puerta.

—Adelante —dijo Ryan impaciente por librarse de actores quejicas. No iba a variar ni un ápice su guion.

—La que faltaba —masculló Patrick al ver a Maggie. Por si acaso ésta se arribaba más de la cuenta, se fue hasta la ventana.

—Oh, estás aquí —dijo ella mirando a su compañero de reparto. Después fijó su atención en Ryan—. Quería comentarte algo.

—Dime, cielo.

Patrick resoplo ante tanta amabilidad.

—Quiero que cambies el guion.

—Vaya, debe ser el *hit* del día. ¿Y por qué?

Maggie miró a Patrick, tragó saliva y después les enseñó su mano. Ninguno de los dos entendió la maniobra de la rubia y ella, ante el mutismo de ambos, dio explicaciones.

—¡Voy a casarme!

A Patrick casi se le para el corazón.

—Enhorabuena, creo —dijo Ryan confundido.

—¿Es un broma? —inquirió el actor llevándose las manos a la cabeza.

—Pues no. Ewan, mi amorcito, me ha pedido que me case con él y yo he dicho que sí —canturreó exultante, pegando saltitos y dando unos meneos un poco arriesgados para sus implantes mamarios.

—Joder, joder, joder, lo mato —farfulló Patrick.

—¿Y eso qué tiene que ver con el guion? —preguntó Ryan más práctico.

—Soy una chica tradicional. ¿Sabes? No puedo ser infiel al amor de mi vida. No quiero hacerlo.

—No te sigo —murmuró Ryan perdido.

—Angélica es como yo y jamás engañaría a Ralph, en especial después de todo lo

que él ha cambiado por ella.

—No me digas... —comentó Ryan mirando a un actor que se mantenía callado escuchando aquella extraña conversación, lo que, desde luego, no era nada bueno.

—Por eso creo que lo mejor es que tengan un final feliz. Una boda de ensueño, una luna de miel espectacular...

—Eso es lo que espera todo el mundo, Maggie —apuntó Ryan paciente porque se venía abajo todo su trabajo.

—Pues yo me niego a serle infiel —señaló a Patrick—. Además, una vez que me case... dejaré la serie y nada mejor que terminar como si fuera un cuento de hadas con mi príncipe azul.

—Ni loco me vais a poner unas mallas apretadas y azules —intervino Patrick por si acaso.

—Tú cállate —le espetó Ryan y se concentró en Maggie—. ¿De verdad eso es lo que quieres?

—Sí —aseveró llevándose las manos al corazón.

—Está bien —accedió Ryan—, pero antes hablaré con John. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo ella ilusionada y se inclinó para darle un beso en la mejilla—. Voy a contárselo a mi prometido —canturreó dejándoles a solas.

—Mato a Ewan —masculló el actor.

—Mira que eres tocapelotas. Maggie acaba de darte lo que quieres —le pinchó Ryan.

—Piensa lo que quieras —dijo sacando su móvil y marcando un número—. ¿Ewan? ¿Estás libre esta noche?

—Depende —respondió el aludido—. ¿Por qué?

—Porque la fiera va a dejarme y necesito apoyo moral.

Ryan abrió los ojos como platos. Vaya mentiroso de mierda que estaba hecho.

—Ya la has jodido, ¿verdad? —preguntó y, como siempre se ponía en lo peor, añadió—: De acuerdo, esta noche os veo y hablamos. Yo también tengo cosas que contaros.

—Gracias, tío —dijo a modo de lastimera despedida.

—Eres un cabrón —le reprochó Ryan.

—Tú escribe el cuento que te han pedido; eso sí, ahórrate la luna de miel, que sabes que no soporto tocarla, y luego te mando un mensaje para decirte dónde nos vemos.

Capítulo 19

—Tu capacidad para encontrar locales de lo más *curiosos* me deja alucinado —murmuró Ryan mirando a su alrededor con una mezcla de curiosidad y vergüenza ajena por la decoración que les rodeaba.

—Se podría decir que tengo un radar interno —respondió Patrick complacido por sus palabras.

El club o antro de perversión escogido en esta ocasión era un bar cutre que tenía toda la pinta de haber sido un local de alterne. Todavía perduraban la iluminación deficiente, los reservados semicirculares, algún que otro biombo y unas sospechosas escaleras por las que no permitían subir pero que, a buen seguro, daban a unas habitaciones. Mejor no seguir elucubrando.

—Es un poco raro que Ewan llegue tarde, ¿no?

—No sufras, a responsable no le gana nadie. Bueno, a lo mejor mi hermano, pero por la mínima.

El dechado de virtudes apareció pocos minutos después. Debía de venir directo desde su oficina, pues aún vestía de traje formal. Eso sí, traía tal cara de preocupación que, nada más localizarlos en ese antro, se puso al lado de Patrick y sin mediar palabra le regaló una colleja.

—Joder, que eso duele —se quejó el agraciado—. ¿A qué viene esta violencia gratuita?

—Por cabronazo, gilipollas y porque te tenía ganas —respondió Ewan llamando al camarero para que le sirviera una copa.

—Que te ha pillado, vamos —apuntó Ryan riéndose.

—Vale, de acuerdo, pero lo importante es que estás aquí y mi deber, como amigo tuyo que soy, es intentar convencerte para que no hagas una locura. ¿Has pensado bien el paso que vas a dar? Me preocupa que ella te haga daño.

Ryan y Ewan se miraron sin dar crédito a lo que acababan de oír. ¿Patrick hablando como un adulto responsable?

—No serás Owen haciéndote pasar por ese hijo de su madre, ¿verdad? —inquirió el abogado sospechando.

—Bájame los pantalones y lo averiguarás —replicó el actor sin ofenderse.

Ryan se atragantó con la bebida porque, si creía estar acostumbrado a las respuestas surrealistas de Patrick, con ésta debía reconsiderar su posición.

—Ya sé que me voy a arrepentir por preguntar; no obstante, me arriesgaré. Aun sabiendo que sois gemelos, ¿no es mucha casualidad que sólo se os pueda diferenciar justo ahí?

Ewan, que estaba al tanto de la historia, se calló limitándose a reír entre dientes. Patrick, que por el contrario disfrutaba creando expectación, dijo:

—Si coincides con mi hermano, pregúntale. Quizá si lo pillas en un día bueno te lo muestre. Y no me desvíes del tema principal por el que estamos aquí —señaló a

Ewan—. Éste y su cuestionable criterio para elegir mujer, porque mira que hay rubias de bote buenorras e imbéciles, pero es que ha ido a elegir a la que no soporto.

—Te estás pasando...

—Y para más inri, míralo: es guapo, listo, con estudios, lo que se dice un buen partido y con la labia suficiente como para follarse a quien le dé la puta gana —prosiguió Patrick su discurso—, doy fe; así que bien podría haber pillado a una tía buenorra y lista, que, pásmate, hay unas cuantas, pero no, va y elige a las más...

—Cuidado... —le advirtió Ewan.

—Déjale que se explique —terció Ryan—. Quizá hay algo que nosotros no sabemos.

—Joder, ya sé que Maggie a veces es... complicada, pero es que deberíais conocerla cuando no está rodeada de focos, cuando es ella misma —comentó Ewan y después dio un buen trago a su copa—. Así que os pido, por favor, que la dejéis en paz.

—Es que no puedo —intervino Patrick apretando los puños—. No puedo y sigo sin entenderlo. ¿Qué pasó con esa colega tuya con la que andabas medio liado? ¿Y con la vecina de casa de tus padres? ¿Y con aquella diseñadora gráfica llena de tatuajes? Si llegas a verlas... joder, vaya trío de ases, hasta yo tuve pensamientos calenturientos con ellas, no te digo más —comentó mirando a Ryan—, porque aquí, el menda, no veas qué currículo tiene.

—Eso ya no tiene importancia —indicó el aludido—. Maggie es con quien quiero casarme.

—Pues tu Maggie ha decidido joder toda la temporada de «Platos rotos» —apuntó Ryan en tono amable—. No quiere serle infiel —señaló a Patrick—. Dice que es una chica convencional.

—Joder, espero que en la cama no, porque, si no, vaya fiasco —dijo el actor mirando a su amigo con cierta lástima, pero éste sonrió.

—Eso no os incumbe y ya está bien, que parecéis porteras —les recriminó el novio.

—Pues algo nos ocultas, porque ha sido tan precipitado...

—¿No se supone que los chicos no hablamos de sentimientos unos con otros? —preguntó Ewan para ver si le dejaban de atosigar.

—Eh, que a mí no me importa contaros mis sentimientos y mis aventuras.

—Ya hablaremos de ti en otro momento y de lo que te traes con la becaria —soltó Patrick para pincharlo un poco.

—¿Te follas a la señorita Grant? —inquirió Ewan sorprendido.

—Como te lo cuento —dijo el actor metido a portera—. Un día tuve que esperar diez minutos de reloj a que salieran del servicio de minusválidos.

—Pues sí. Mirna me importa. Punto —admitió sin más porque ocultarlo no tenía sentido—. Y no sólo somos follamigos, que conste.

—Cuenta, cuenta —le instó el cotilla número uno.

—Otro día. Se supone que estabas preocupado por él. —Señaló al abogado.

—Ah, sí, es verdad. —Patrick entrecerró los ojos y miró a su amigo. Ewan era muy bueno jugando al póquer, pero se conocían muy bien, así que decidió pensar lo peor y ver si, con un poco de suerte, se enteraba de todo—. ¿No la habrás dejado preñada, verdad?

Ryan miró fijamente al letrado y contuvo la respiración. Se le notaba que estaba elaborando una respuesta de esas que no comprometen y, por tanto, Patrick había dado muy cerca de la diana.

—No me jodas, no me jodas —masculló el actor.

—Aún no lo sabemos con seguridad, ¿vale?

—Pide algo más fuerte, porque lo necesito.

—Mira que eres exagerado —le regañó Ryan, aunque pidió otra ronda. A este paso iban a acabar los tres como cubas, pero qué importaba.

Tras aquella semiconfesión, se hizo el silencio en la mesa. El ambiente había decaído bastante, ya que ni a Ewan le apetecía seguir contando intimidades ni a Patrick criticarlas. Así que permanecieron allí sentados, bebiendo en silencio. Por suerte apenas los molestaron; al parecer las parroquianas que por allí pululaban tenían objetivos más atractivos.

Ryan, aprovechando aquel momento y con el ruido del bar y la música de fondo, reflexionó sobre sí mismo y sobre hacia dónde se estaba dirigiendo su relación con Mirna. Pero a los cinco minutos de hacerlo se dio cuenta de que lo mejor era compartir opiniones y, puesto que era una noche «de chicos», lo indicado era conversar en voz alta y así animar el ambiente.

—¿Queréis que os cuente lo que pasó en el servicio de minusválidos?

Al parecer aquella pregunta fue como si hubiera pronunciado las palabras mágicas, porque los otros dos le prestaron atención. Por supuesto omitió ciertos detalles para no ofender a Mirna. Una cosa derivó en otra y les confesó que tenía sobre su mesa desde hacía varios días el contrato de renovación de ella, pero que, por miedo a que lo malinterpretase, no se lo había entregado.

—Mal asunto —convino Patrick—. Yo por eso ni me molesto en hacer regalos.

—Así te va —rezongó Ewan y prestó toda su atención a Ryan—. Yo hablaría con ella; explícaselo bien, déjale claro que, si has tomado una decisión que le atañe laboralmente, no tiene nada que ver con lo que ocurre entre vosotros fuera del trabajo.

—Te olvidas de un detalle, chico listo: también follan en el trabajo.

—A lo que iba. Me da la impresión de que la señorita Grant es una mujer sensata, nada dada a la exageración y, por supuesto, capaz de comprender. Ahora bien, también deberías aclarar el otro asunto.

—Joder, que sensibleros nos estamos poniendo... Voy a pedir algo más fuerte.

—Quizá ésa sea la base del problema —admitió Ryan cuando se libraron de la persona más tocahuevos del planeta y de sus ácidos comentarios—: no sé muy bien

cómo enfocar mi relación con ella. No es ningún secreto que mi vida sentimental no se rige por parámetros muy convencionales y eso...

—¿Alguna vez te lo ha echado en cara? —inquirió Ewan en tono amable—. ¿Has llegado a discutir por ese motivo?

—La verdad es que no. He sido sincero desde el principio y ella conmigo —admitió Ryan reflexionando.

—Pues ahí lo tienes —murmuró.

—Maldita sea, ese idiota tiene razón, eres muy bueno.

—Pues nada, habla con ella.

—He pedido lo más raro que tenían en la carta de cócteles —dijo Patrick regresando junto a ellos—. A ver si así abandonamos este ambiente cursi y nos animamos, que buena falta nos hace.

—Si no nos trajeras a sitios tan pintorescos... —le recordó Ryan.

—Ah, por cierto, antes de que se me olvide. Quiero que seas mi padrino —pidió al actor y éste negó de inmediato y con vehemencia.

—No te lo crees ni tú ni tu perro.

—Habla con Helen —sugirió Ryan—. Ya verás cómo lo convence.

El gruñido de Patrick les hizo descojonarse de la risa, lo que fue el principio de una noche, ahora sí, de bromas, alcohol y anécdotas variadas, que duró hasta que el dueño del local, en persona, los instó a abandonarlo, ya que cerraban y no querían tener a más borrachos por allí.

Ryan se despidió de ellos y se montó en un taxi. Estaba a punto de dar la dirección de su casa cuando, y a pesar de sentirse un poco ebrio, le dijo la de Mirna. Sí, debía hablar con ella y quizá su estado alegre podía ayudarle a pasar aquel trance.

Llegó al apartamento de ella en apenas veinte minutos. Llamó al telefonillo y confió en que Mirna le abriera pronto. Tuvo suerte. Cuando ella preguntó con voz adormilada «¿quién es?», Ryan respondió, no con muy buena pronunciación, «soy yo» y oyó el zumbido de la puerta al desbloquearse. Cuando llegó al rellano, la puerta se encontraba entornada y pasó.

—¿Has bebido? —preguntó tras cerrar la puerta y verlo caminar no muy bien, aparte de traer un olor a antro que apestaba.

—Un poco —admitió sonriendo como un bobo y se fijó en sus ojos enrojecidos—. ¿Has llorado?

—Anda, date una ducha y ya hablaremos mañana —indicó sin responder a la cuestión porque prefería no entrar en detalles.

—¿Por qué has llorado, Mirna? —insistió sujetándola para que ella no se escabullera—. ¿No habrás estado con Stuart?

—¡¿Qué?! ¡No! No he estado con él.

—¿Entonces?

—Es que... bueno, he estado viendo una película...

Ryan entrecerró los ojos. Parecía avergonzada, lo cual no tenía sentido. Puede que

haber bebido le hiciera ver fantasmas donde no los había, pero reaccionar así era exagerado.

—Mirna, ¿qué ocurre en realidad?

Ella intentaba no mirarle a los ojos, se sentía ridícula. Si le contaba toda la historia, él podría enfadarse.

—Nada. —Él resopló, se acercaba un diálogo de besugos—. Si me prometes que no te vas a enfadar...

—Prueba.

—Yo... bueno, el otro día me encontré con Andrew en la biblioteca y me invitó a tomar un café. Me pareció descortés rechazarlo, así que... bueno, terminé charlando con él y aceptando una invitación a cenar y a ver una película... —Hizo una mueca; que Ryan permaneciera en silencio no era buena señal—. Sí, ya lo sé, debería habértelo consultado.

—¿A mí? —preguntó sin comprender.

—Al fin y al cabo, él y tú sois...

—Sólo quedamos de vez en cuando y para follar, Mirna, nada más. ¿Creías que iba a enfadarme por cenar con él sin consultármelo? —Ella asintió—. ¡Por favor! No seas ridícula. En primer lugar, no tienes que pedirme permiso para nada, jamás. Puedes quedar con quien quieras, cuando quieras. No soy tu carcelero. Soy tu... bueno, lo que sea, pero no soy de esos tíos ridículos y posesivos que controlan todos tus movimientos. Si opino sobre tu ropa es por simple criterio estético. Si te pregunto adónde vas es por saber si quieres que te recoja más tarde. Si quedas con alguien que no conozco y te apetece contármelo, estupendo. No voy a fisgonear en tu móvil, a no ser que tengas fotos comprometedoras. —Esto último lo dijo añadiendo un matiz pícaro.

Eso *a priori* la serenó pero, aun así, Mirna, sabedora de la relación que existía entre ambos hombres, murmuró:

—Yo pensé que tratándose de Andrew...

Ryan se frotó la cara. Esto era surrealista.

—Escucha, me parece estupendo que quedes con él, que seáis amigos. No tengo por qué estar yo presente. Ni con él ni con nadie. A excepción de Stuart.

—¿Por qué no puedo quedar con él?

—Porque te hace daño, porque quiere engañarte, porque es un miserable al que le importas un pimiento y sólo pretende tener una criada particular que le dé coba. Por eso.

Mirna sonrió levemente ante aquel discurso.

—Por cierto, ¿qué película habéis visto?

—Una preciosa... *El paciente inglés*. Ha sido... no tengo palabras —musitó volviéndose a emocionar al recordar las imágenes.

—No me extraña, Andrew es fanático de los finales trágicos. Si vuelve a invitarte, pídele que te ponga una con *happy end*. ¿De acuerdo?

—Vale —convino y él le acarició el rostro—. Y ahora será mejor que te acuestes.

—No. Tememos que tratar de un asunto importante.

—Es muy tarde, Ryan... —apuntó ella con toda lógica.

—No. No puedo esperar a mañana. Tiene que ser ahora.

—Cielo santo, son las tres de la madrugada, mañana tengo que trabajar. Y tú también —se quejó y se dio media vuelta arrastrando los pies y con ganas de volverse a la cama.

—Espera, Mirna, por favor.

Ryan la detuvo sujetándola de la muñeca. Acunó su rostro y la obligó a que lo mirase a los ojos.

Ella no quería verse en una situación complicada y menos cuando tenía tantas emociones encontradas respecto a lo que sentía hacia él y su forma de ser. Aceptaba su estilo de vida pero hacerlo implicaba que ella pudiera quedar fuera y eso la tenía loca.

—Durante muchos años pensé que no volvería a sentir lo que sentí con Marie. Ni con un hombre ni con una mujer —ella cerró los ojos, aquello iba a doler— y por eso he vivido sin implicarme emocionalmente. No niego que me ha ido bien. También he creído que, hasta que no encontrara a alguien que despertara lo mismo que ella consiguió, no me dejaría llevar y... ¿sabes qué pensaba?

—No sigas, por favor —rogó desviando la mirada; sin embargo, él no se lo permitió y la mantuvo frente a frente.

—Que eso nunca sucedería, no sólo porque yo me obstinara en seguir a lo mío, sino porque Marie siempre será ella, no habrá otra igual.

—No quiero... no tengo por qué escuchar esto. Te respeto y sé qué clase de persona eres. No necesito explicaciones —musitó intentando que aquella conversación no continuara.

—No son explicaciones ni justificaciones —la corrigió—, ya sé que no las necesitas. Es mucho más que eso, Mirna. Es reconocer que seguir buscando lo que tuve con ella en otra persona es sencillamente una pérdida de tiempo, porque, si por un solo instante creyera que tú podías ser esa persona, yo sería un cretino y un mentiroso.

Mirna iba a llorar. ¿Cómo podía hacerle algo así ahora? Vaya forma de terminar su relación (si alguna vez la habían tenido)... porque ¿qué otra cosa podía motivar aquella confesión? De acuerdo, estaba algo bebido, pero, si lo pensaba con detenimiento, quizá el estar ebrio le ayudaba a soltar la lengua, algo a lo que no se hubiera atrevido sereno.

—Vale ya, por favor.

—Lo que intento decirte, y me está costando una barbaridad, no porque no tenga las ideas claras, sino porque no encuentro las palabras adecuadas, es que considerarte una especie de sustituta sería cruel. Tú nunca podrás ser ella porque tú eres original, nunca serás una copia, Mirna.

¿Quién era la valiente que contenía las emociones? ¿Quién era tan insensible como para mantenerlas a raya? Mirna rompió a llorar. No tenía muy claro qué le estaba pidiendo, pero desde luego había sido la declaración de intenciones más original de la historia. Ni un solo «te quiero».

—¿Y ahora qué quieres que te diga?

—Que no te importa dormir conmigo a pesar de que vengo en unas condiciones lamentables.

Mirna se dejó abrazar; no obstante, le pareció un gesto ínfimo y, sin importarle lo más mínimo que él oliera a tigre y a destilería, se apartó lo justo para poder buscar su boca y besarlo como deseaba. Ryan, al principio, se mostró reacio, pues dudaba de que su condición física estuviera esa noche a la altura de las expectativas; sin embargo, la actitud de ella, agresiva y tierna a la vez, logró que se animara al menos un poco y en menos de cinco minutos ambos se encontraban en el dormitorio, a medio desnudar y muy cachondos, pues la fase de magreo había resultado particularmente intensa.

—Te pido disculpas por adelantado —jadeó Ryan cuando se sentó en la cama para descalzarse y terminar de quitarse los pantalones.

—¿Por qué? —preguntó quedándose ante él sin nada encima, sólo una media sonrisa y muchas ganas de hacer algo perverso porque, si lo meditaba bien, ella nunca había llevado la iniciativa.

—Porque no sé si voy a poder... —dijo mirando su pene, que no estaba lo que se dice del todo animado.

—No me importa.

Mirna cayó de rodillas frente a él y apoyó las manos en los muslos para abrirle más las piernas y tener mejor acceso. Ryan inspiró con fuerza y se sintió realmente mal, por lo que se prometió a sí mismo que la compensaría con creces.

—Ten paciencia —murmuró acariciándole el rostro.

—No soy muy buena en esto, pero... —balbuceó porque en otras ocasiones similares él ya estaba empalmado.

—Escucha, métetela en la boca y deja que se me vaya poniendo dura poco a poco —explicó con cariño—. Será mucho más placentero, pues no sólo me la chuparás, sino que, además, lograrás que mi polla se anime entre tus labios.

Mirna asintió y gimió al mismo tiempo; ¡por favor, qué palabras tan eróticas! Por supuesto obedeció y con cierta cautela fue atrapando su erección y dejando que invadiera su boca. Mientras se concentraba en ello, sentía las manos de Ryan peinándola con los dedos, transmitiéndole toda su confianza y, despacio pero con buena letra, notó cómo se iba endureciendo.

—Tócate entre las piernas, por favor —indicó él percibiendo cómo su estado de excitación pasaba de interesado a cachondo perdido. Mirna jugaba con su polla de una manera muy perversa, pues iba con tal cuidado que cualquier mínimo roce le hacía saltar. Su boca lo acogía en apariencia como si no pasara nada cuando, de

repente, con la lengua, buscaba y estimulaba cada terminación nerviosa y eso, sumado a la voluntad que le ponía al asunto, resultó demoledor.

Ryan comenzó a mover las caderas, a levantarlas para que la fricción fuera mayor, y ella, lejos de apartarse, o de serenarlo, lo acogió sin vacilaciones al tiempo que continuaba masturbándose, tan excitada como él y tan a punto como él.

No quería comportarse con excesiva agresividad, pero, joder, es que se la estaba chupando de una manera que le volvía loco. Había conseguido animarlo cuando ni él mismo confiaba en poder empalmarse y, teniendo en cuenta que había pasado por situaciones muy similares, que no iguales, lo más lógico era reaccionar, aunque tampoco con tanta emoción.

Mirna se volvió más atrevida y, sin pensárselo dos veces, dejó que sus dientes entraran en acción, lo justo para aplicar un toque de dolor, lo que desembocó en un inevitable y espectacular orgasmo. Sin apartarse, paladeó el sabor de su semen.

Ryan se dejó caer hacia atrás, como si le hubieran extraído toda la fuerza, y ella, sonriente por haberle dejado «seco», y a un hombre como él resultaba toda una proeza, no tuvo más que presionar con la yema del dedo sobre su clítoris para correrse.

—Jodidamente perfecto —musitó él en un suspiro.

Mirna se incorporó y con una sonrisa de satisfacción en el rostro se subió encima de él. Lo miró, el pobre estaba agotado. Pasó la mano por su pecho y de repente un par de manos se posaron en su culo desde donde ascendieron hasta su nuca para así obligarla a echarse encima y darle uno de esos besos que te derriten.

—¿Qué tal? —preguntó ansiosa por escuchar el veredicto.

—He fingido —respondió sólo para provocarla un poco.

—Pues finges estupendamente —replicó peinándole con los dedos y mirándolo ensimismada.

Capítulo 20

Un incesante, apabullante y desesperante zumbido hizo que Ryan refunfuñase, estirase la mano, agarrase el jodido móvil y apagara la alarma con un gruñido antes de volver a sumergirse en el sueño. Un brazo le rodeaba la cintura, sentía un cuerpo pegado a su espalda y se estaba así de puta madre.

—¡Joder! —exclamó una voz resacosa con tal ímpetu que aquello pareció una cueva en la que el sonido reverberaba por todas partes—. ¡Joder!

Ryan abrió un ojo, no podía más, y enfocó la vista. Un tipo, desnudo y con cara de malas pulgas, se encontraba en la cama de al lado mirando a su alrededor como si no se lo pudiera creer.

—Dile que se calle —refunfuñó otra voz grave a sus espaldas.

Ryan miró de nuevo el brazo que rodeaba su cintura y después por encima del hombro y sonrió.

—No sabía que eras tan mimoso —se guaseó sentándose. Bostezó y, sin importarle un pimiento su desnudez ni la de los demás, se quedó allí quieto a la espera de que la banda de música que tocaba en su cabeza se tomara un descanso.

—Sólo por las mañanas, *corazón* —bromeó su compañero de cama imitando a cierta rubia pectorra y hasta le dio un sonoro beso en la espalda.

—Dejad de hacer el imbécil —bramó Ewan buscando por el suelo algo de su ropa porque aquello parecía una pocilga.

—Pues no mires —le espetó Patrick en tono provocativo acariciando a su compañero de cama sólo por descojonarse un poco de su amigo.

—Joder, la que liamos anoche... —silbó Ryan sin importarle que un actor jugueteón lo manosease a primera hora de la mañana.

La moqueta llena de ropa desperdigada, botellas vacías, vasos sucios, manchas de a saber qué. Las dos camas revueltas, las mantas tiradas y arrugadas en el suelo... Un actor que no hacía ni caso, un guionista con cara de chiste y un novio desesperado.

—Mierda, mierda, mierda —masculló Ewan mirando la hora y llevándose las manos a la cabeza al recordar lo acontecido la noche anterior. Debería haberse negado en redondo a salir con ellos, pero al final accedió y ahora iba a pagar las consecuencias.

—Tranquilo, que nos dará tiempo —adujo Ryan.

—Son las nueve y media. Voy a llegar tarde a mi propia boda —se lamentó el agonías.

—¿No es una de esas tradiciones chorras lo de llegar tarde? —apuntó Patrick desde la cama sin hacer amago ni de levantarse. Quizá de los tres era el más ducho en esto de soportar las mañanas de resaca tras una juerga descomunal, de ahí que se lo tomara con tanta filosofía. Bueno, también porque de sobra era conocida su capacidad para desesperar a cualquiera.

—Eso es la novia, gilipollas —le espetó Ewan, que no estaba para bromas.

—Venga, pongámonos las pilas que todavía hay tiempo —sugirió Ryan conciliador.

—Yo necesito al menos dos horas más de sueño —murmuró Patrick ajeno al malestar del novio poniéndose cómodo en la cama.

—Eres el padrino, levanta ese culo.

—No me lo recuerdes —resopló el actor desesperándolo aún más.

Ryan, en vista de que parecía el único que podría aportar un poco de cordura, se puso en pie y caminó por la habitación en busca de su ropa. Si se daban prisa no tendrían mayor problema para estar puntuales, pero para eso primero había que tranquilizar al novio y espabilar al padrino.

—Éste es el plan —adujo Ryan—: somos tres tíos y un aseo. Podemos conseguirlo. Tú —señaló a Ewan—, a la ducha. Mientras, yo espabilo a éste —señaló a Patrick.

—Mira que os gusta tocar los cojones por la mañana —suspiró el aludido tumbándose boca arriba y rascándose la barriga.

—Y a ti dar por el culo —rezongó Ewan—. Sabes lo importante que esto es para mí y te dedicas a boicotearlo una y otra vez.

—Me cago en tu falta de confianza —replicó el actor exagerando, como siempre, y terminó levantándose de mala gana.

Sin darse prisa, la verdad, caminó sorteando «escombros» de la noche anterior y llegó hasta las puertas del armario. Con un gesto teatral, a lo secretaria de concurso televisivo y sin haberse molestado en ponerse ni siquiera unos calzoncillos, abrió las puertas de par en par, mostrándoles tres perchas con sendas fundas en perfecto estado.

En la balda inferior, tres pares de zapatos bien lustrados. Había también tres neceseres y tres montoncitos de ropa interior. De entre todo, destacaba una prenda fucsia.

—Como ves, señor desconfiando, lo tengo todo controlado —le espetó con ironía, continuando con su actitud de azafata señalando las prendas.

Ryan se echó a reír a carcajadas.

—Me extraña que tú te hayas ocupado de eso... —resopló Ewan sólo un poco más tranquilo, pero muy poco.

—Pues claro que no he sido yo —se defendió Patrick.

—Ha sido cosa de Helen, seguro —intervino Ryan.

—¿Lo dudabas acaso? —contestó el actor sonriente, para nada ofendido, reconociéndolo.

—Pues nada, vamos a ponernos en marcha —dijo Ryan intentado localizar un botellín de agua en el mueble bar, pero por lo visto anoche acabaron con todo—. Joder, es que no habéis dejado ni los cacahuetes.

—¿Eran cacahuetes? —preguntó poniendo cara de asco como si su dieta estuviera compuesta únicamente de *delicatessen*—. Joder, pues sí que iba borracho, sí. —

Patrick cogió uno de los folletos turísticos que el hotel ponía a disposición de los huéspedes, se lo puso debajo del brazo y se dirigió al cuarto de baño—. Entraré yo primero —les informó con parsimonia.

—Eh, eh, eh —lo detuvo Ewan cual policía de aduana arrebatándole el catálogo—. Que somos tres y tenemos que entrar todos.

—Tío, que yo necesito leer algo por las mañanas —protestó Patrick.

—Tienes diez minutos —le avisó Ewan señalando la puerta y controlando el tiempo—. Si no, echaremos la puerta abajo.

Mascullando por lo bajo, Patrick aceptó el reto.

Mientras tanto, Ewan, aún desconfiando un poco, se acercó hasta el armario y abrió las cremalleras para comprobar que en efecto era su ropa y no un disfraz de payaso. Respiró tranquilo al ver su impecable chaqué de levita negra, pantalón gris y chaleco color burdeos y, por supuesto, el de sus compañeros de juerga.

Ryan encontró por fin lo que buscaba y se bebió de una sentada medio litro de agua. Desistió de ponerse algo encima, porque no tenía ganas de buscar entre el montón de ropa sus bóxers y hasta después de una buena ducha no utilizaría los limpios.

—Anoche nos desmadramos un poco —murmuró aunque para nada avergonzado.

—¿Un poco? —replicó el novio sensato—. Esta os la guardo, joder... —Se miró en un espejo y comprobó que aún tenía los ojos enrojecidos y unas ojeras que le delatarían.

—No exageres.

—Ya veremos si la dirección del hotel opina lo mismo cuando entren las chicas de la limpieza a ordenar esta guarrada. Por no mencionar lo que a buen seguro registraron las cámaras de seguridad.

—Eres como la comida sin sal, Ewan —le reprochó Patrick saliendo del aseo recién duchado. Miró sonriente aquel desorden y suspiró nostálgico—. Esto me recuerda mis días en la universidad. Ah, qué tiempos aquellos... Descontrol, tíos en pelotas, tías si no hubiera mandado a freír espárragos a la estríper, alcohol... ¡qué recuerdos!

—¡Pero si tú nunca fuiste a la universidad! —exclamó Ewan frunciendo el ceño.

—¿Cómo qué no? —adujo Patrick—. Pues anda que no fui veces a visitaros a Owen y a ti.

Ryan aguantó las carcajadas porque con este tipo era imposible mantener una conversación normal. En ese instante oyeron el tono de un móvil, el de Patrick, y éste, al ver la pantalla, se lo pasó a Ryan, que lo cogió sin entender el motivo por el que se lo daba; miró la pantalla y compuso una expresión de interrogación.

—Es Helen, ¿por qué no contestas?

—Porque me va a dar la lata. Hazlo tú.

—Dime, guapa. ¿En qué puedo ayudarte? —dijo Ryan amable.

—Dime que Patrick está contigo, que no ha hecho ninguna estupidez y que ya

estáis en camino.

—Respira. Sí a la primera. Depende a la segunda. Y en breve a la tercera.

—¡Si ya lo sabía yo! —se quejó preocupada.

—Tranquila. Me comprometo a que esté en su sitio, hecho un figurín, a la hora. ¿De acuerdo? —le prometió y Helen suspiró antes de colgar.

—Me tratáis como a un niño —se lamentó Patrick, pero enseguida cambió de actitud y se fue directo a su neceser—. Espero que haya un cepillo de dientes: joder, la boca me sabe a cenicero.

Ewan salió también duchado salpicando agua y más cabreado aún. Ryan, que no entendía qué podía haber pasado ahora, esperó a que dijera el motivo.

—¿Se puede saber qué has hecho con las toallas de ducha que no hay ni una sola seca? —disparó mirando a Patrick, que seguía paseándose con una enrollada en las caderas como si fuera el dueño del universo.

—Pues secarme —respondió éste encogiéndose de hombros.

—¿Y has tenido que usarlas todas? —continuó indagando Ewan de mal humor.

—No pretenderás que me seque el culo y la cara con la misma, ¿no?

Ryan ya no podía contenerse más y estalló en carcajadas, porque no era para menos, y se metió en el cuarto de baño. Joder, luego decían de las mujeres, pues ellos estaban comportándose igual. Se metió bajo el chorro de agua y lo cierto era que espabiló bastante, lo cual necesitaba pues la noche anterior había sido todo un ejemplo de desfase guiados, como no podía ser de otro modo, por el maestro de ceremonias más gamberro de la historia.

Si hacía un rápido repaso... Habían quedado a cenar, hasta ahí todo normal, pero después Patrick insistió (y cualquiera le llevaba la contraria) en pasar por un club alucinante y novedoso (palabras textuales) que resultó ser un local cutre donde, aparte de servir todo tipo de bebidas alcohólicas a precios populares, estuvieron rodeados de féminas dispuestas a todo. Había bastante competencia masculina, pero claro, llevando un famoso en el grupo, tenían más papeletas que el resto para triunfar y, por si no resultaba lo bastante cutre, encima te sangraban los oídos con el jodido karaoke en donde los parroquianos, borrachos o no, se desgañitaban.

A Ewan aquello le sentó como una patada en los cojones, pues Patrick le presentaba una mujer cada diez minutos; se las mostraba como si fuera un catálogo, y el novio, que no era de piedra, intentaba ser educado pero distante. Sin embargo, a medida que la ingesta de alcohol fue haciendo efecto, empezó a animarse y, todo había que decirlo, el tío demostró una entereza envidiable pues no sucumbió.

Como Ewan no quería soportar más aquello, regresaron a la habitación del hotel (idea también del maestro de ceremonias), ya que, ante la más que probable borrachera, era mejor dormir en un hotel céntrico y evitar complicaciones. Lo que ni Ryan ni Ewan sabían era que en la habitación les esperaba una estríper, espectacular, la verdad, que los puso como una moto y, entre la estimulación visual, el alcohol, las ganas de fiesta, las bromas de Patrick, la soltura de Ryan y el cabreo de Ewan,

acabaron, tras echar a la mujer sin dejarle acabar su número, en la piscina cubierta del hotel a las tantas de la madrugada en pelotas y pasándoselo como chiquillos.

Y de ahí, como estudiantes díscolos a la habitación, donde se dejaron caer en la cama, desnudos, sin importarles nada.

Como el señorito les había dejado sin toallas secas, Ryan terminó la reconfortante ducha y se secó cómo pudo con una de las del tocador y después salió a ver si esos dos no se habían matado ya.

—Ya era hora, tío —le recriminó Patrick a verlo aparecer—. Me estaba volviendo loco. —Señaló al novio, que se paseaba por la habitación como un lobo enjaulado a punto de morder a quien se acercara a la jaula.

—¿Qué pasa ahora? ¿Y por qué no estáis ya vestidos? —preguntó señalando la ropa que aún colgaba en el armario.

—Porque el tiquismiquis éste quiere afeitarse primero —respondió el actor como si nada mirando a Ewan, que trasteaba con su móvil.

—¿Y tú?

—Porque me gusta andar en pelotas.

—Voy a pedir que nos suban el desayuno —murmuró Ryan riéndose y el novio, al ver el baño libre, se metió refunfuñando dentro con sus útiles de afeitarse.

—Está imposible. Si alguna vez me pongo así, te doy mi permiso para sacudirme —comentó Patrick de buen humor.

—Lo tendré en cuenta —convino Ryan.

Éste llamó al servicio de habitaciones y pidió, aparte de un succulento desayuno, algún analgésico potente, porque lo iban a necesitar, y observó divertido cómo Patrick sacaba su ropa interior y empezaba a vestirse. No le sorprendió que se pusiera unos bóxers fucsia que hasta podían dañar la retina.

—No voy a preguntar —murmuró Ryan mordiéndose la lengua.

—Mejor, porque no tengo una explicación razonable.

Por fin apareció un amable camarero con el pedido y pudieron recobrar fuerzas. Ewan, ya afeitado y a medio vestir, miraba las *crêpes* y demás *delicatessen* incapaz de tomar nada, ya que su estado de nerviosismo crecía por momentos.

—Vamos mal de tiempo —les recordó a esos dos glotones mientras se hacía el nudo de la corbata.

—Eres un agonías, ¡por Dios, Ewan, relájate!

—¿Alguien se ha preocupado de cómo vamos a ir a la iglesia? —preguntó sin relajarse.

—Pues claro que sí —respondió Patrick disfrutando de su café bien cargado.

—Si Helen lo ha organizado, todo estará perfecto —lo tranquilizó Ryan.

Ewan se miró una vez más en el espejo y torció el gesto. No había forma de disimular sus ojeras. Se peinó con los dedos e intentó que no le subiera más la tensión porque iba a acabar desquiciado.

—Anda, déjale el corrector de ojeras que, si no, la rubia lo va a dejar plantado en

el altar —sugirió Patrick.

—Por supuesto —respondió Ryan buscando en su bolsa de aseo el producto.

—¡No pienso echarme esa mierda en la cara! —protestó Ewan y sus dos compañeros de correrías se quedaron delante de él, uno sosteniendo el envase y el otro de brazos cruzados y con una expresión en el rostro que decía a las claras «ya verás cómo al final pasas por el aro».

De mala hostia y para evitar que esos dos se descojonaran a su costa, agarró el maldito corrector y se fue al baño.

—Desayunemos —propuso Patrick.

—Excelente idea.

Tras dar buena cuenta de las viandas, los que aún andaban desnudos por fin se decidieron a arreglarse bajo la atenta supervisión de Ewan, que no dejaba de refunfuñar y de darles instrucciones como si de un entrenador de fútbol se tratara.

Al fin, cuando parecía imposible que los tres estuvieran listos para salir y contra todo pronóstico, se dieron cuenta de que iban bien de tiempo, aunque eso tampoco serenó los ánimos de Ewan, que no se relajaba ni a tiros.

—Parecemos los tres tenores —bromeó Ryan sonriente, no sólo por su impecable aspecto, sino recordando la noche anterior.

—Ni lo menciones —gruñó Ewan impaciente por salir de allí.

—Con este moñas no hay quien pueda —se burló Patrick—. Porque hay que ser cursi, pero que muy cursi, rematadamente cursi, para cantar *Only You*^[1].

—Mira quién habla —se quejó Ewan picado en su orgullo—, el que parecía tener los huevos apretados mientras cantaba *Like a Virgin*^[2].

—Pues lo hizo bastante bien —terció Ryan, que le hizo los coros en el mismo tono, ganándose ambos un sonoro aplauso por parte de la concurrencia.

—Y tú con *The Show Must Go On*^[3], cielito —respondió Patrick.

—Vaya par de payasos... —arguyó Ewan.

Patrick cantó en falsete y hasta se manoseó a sí mismo como la mismísima Madonna en sus mejores tiempos con la canción *Like a Virgin*^[4].

—Maldita sea, ya vale —pidió Ewan queriendo zanjar el temita de una vez porque, si les daba cuerda, esos dos podían terminar liándolo de nuevo.

—¿Listos? —preguntó Ryan agarrando el tirador de la puerta e iniciando la comitiva.

—Sólo me falta una cosa —adujo Patrick.

—¡Joder! —exclamó el novio—. ¿Qué tripa se te ha roto ahora?

Y Patrick, sin perder la sonrisa ni el buen humor, se acercó hasta su amigo, le sujetó la cara entre las manos, lo miró fijamente a los ojos y dijo:

—Suerte.

Y acto seguido, para estupefacción de Ryan y desconcierto del protagonista, se inclinó hacia delante y lo besó en la boca.

Pero nada de un piquito rápido.

Ryan sospechó que hubo algo de lengua.

Capítulo 21

A pesar de que el novio agonías se había puesto en lo peor, lograron llegar a la iglesia a una hora adecuada. Ya habían acudido los primeros invitados, así que Ewan, dispuesto a que todo saliera a pedir de boca, no perdió ni un segundo y se metió dentro para supervisarlo todo y, de paso, dar la bienvenida al resto de los amigos y familiares.

Ryan había quedado con Mirna directamente en la entrada, por lo que miró a su alrededor, buscándola entre las invitadas. Sólo esperaba que no se hubiera puesto una de esas horrendas pamelas que tanto gustaban a las asistentes. Como no la localizaba, sacó su móvil y la llamó.

—¿Vas en serio con ella? —preguntó Patrick a su lado incapaz de permanecer callado y quieto al mismo tiempo.

—Anda, ve dentro, eres el padrino. —Marcó el número de Mirna y, cuando ésta respondió, dijo—: ¿Dónde estás?

—Detrás de ti —contestó cantarina.

Ryan se giró y vio cómo dos mujeres se apeaban de un taxi y las dos lo miraron con una sonrisa en los labios. Respiró tranquilo, no sólo porque hubieran venido, sino también porque no se habían puesto sombrero.

Estaba realmente guapa con su vestido gris, un toque de formalidad, pero que con el tejido ajustado conseguía el punto de sensualidad que a él tanto le gustaba. Le hubiera encantado ir a recogerla a su apartamento, pero había quedado con los chicos y ella, como siempre, había estado a la altura de las circunstancias. Ni enfados ni preguntas. Confiaba en él y viceversa.

Habían establecido una relación un tanto atípica; de momento cada uno seguiría viviendo en su propio apartamento. Eso les daba la libertad y la independencia para no caer en el tedio ni en la rutina. Les permitía, asimismo, mantener esa chispa de las parejas que no lo hacen todo juntos, que tienen parcelas individuales, y así poder organizar una cita o sorprenderse apareciendo de improvisto.

—Ya estamos aquí —dijo Helen acercándose a ellos. Besó en la boca primero a Patrick, que puso morritos, y después, sin importarle, a Ryan.

Mirna prefirió no preguntar y se limitó a colocarse junto a Ryan y esperar a que él la guiara.

—¿Por qué has venido? —preguntó Patrick con pesar al verla, sorprendiendo a todos por aquel recibimiento tan extraño—. Tenía la leve esperanza de que te echaras para atrás, dándome así la excusa perfecta para ir a buscarte y, al no estar el padrino, retrasar la boda o incluso cancelarla.

—Joder, qué retorcido eres —replicó Ryan sin reírse para evitar darle alas.

—Anda, deja de decir tonterías —murmuró Helen alisándole las solapas del chaqué y comprobando el nudo de la corbata. Después se inclinó y le dijo algo al oído. Eso cambió de manera radical su expresión, pasando de la de fastidio a la

sonriente—. Ahora sé buen chico y ve a tu sitio.

Por increíble que pareciera, el actor acepto sin rechistar y fue en busca del novio para estar en su puesto y que la boda se celebrase.

Mirna permanecía callada porque no entendía muy bien qué pintaba en todo aquello. No era más que una simple empleada, ya no trabajaba como becaria, pero daba lo mismo. Ryan había insistido por activa y por pasiva en que lo acompañara y, la verdad, ahora que había llegado el día, estaba nerviosa.

—Voy a ser el hombre más envidiado de la boda —canturreó Ryan ofreciéndole un brazo a cada una.

Y con las dos colgadas del brazo, entró en la iglesia. Fueron a sentarse en el lado del novio y esperaron allí tranquilos a que comenzara la ceremonia. Como manda la tradición, la novia se retrasó hasta que por fin apareció. Todos se pusieron en pie para verla llegar al altar y Ryan agarró la mano de Mirna porque sabía que a ella todo aquello le afectaba a nivel emocional.

No estaba por la labor de que ella llorase o se viniera abajo, así que se inclinó hacia Helen y le susurró:

—Mirna se lo quiere montar contigo. —Y antes de que asimilara la noticia, le repitió lo mismo a Mirna, quien reaccionó dando un respigo.

Las dos mujeres se inclinaron hacia delante y se miraron espantadas y levemente interesadas y Ryan, cruzado de brazos y mirando al frente como si la cosa no fuera con él, sonreía sin perderse un detalle de lo que acontecía.

Cuando ambas ya se habían olvidado de aquella ocurrencia, atacó de nuevo.

—También quiere hacer un intercambio —le soltó a Mirna, quien fijó la atención en el padrino y se removió en el asiento. Acto seguido, fue a por Helen—. Está dispuesta a todo.

Ésta abrió los ojos como platos.

—¿Estás loco? —siseó Mirna con una sonrisa falsa para que nadie detectara de qué estaban hablando.

Puede que aquella sugerencia fuera de locos, pero así, con la tontería, se había excitado, un poco, lo justo para ruborizarse y, la verdad, allí, rodeada de gente y en un acto tan serio, pues como que quedaba fuera de lugar. Miró a su alrededor por si alguien se había percatado de su estado y respiró tranquila al comprobar que todos los presentes tenían puesta su atención en los novios.

Sin embargo, su alivio duró un suspiro, porque Ryan, sin esforzarse en disimular demasiado, colocó una mano sobre su muslo y comenzó a mover el dedo, con aparente actitud distraída pero que distaba mucho de serlo. Subía y bajaba y, dado que llevaba un vestido de un tejido muy fino y suave, cualquier contacto resultaba intenso. Si a ello le sumabas el ambiente que les rodeaba, la consecuencia era de lo más lógica: estaba a punto de ebullición.

Se removió inquieta y le dio un manotazo para que apartara la mano y la dejara tranquila. Hasta se separó un poco de él, pegándose sin querer al hombre que tenía al

lado, al que no conocía pero que a buen seguro se había dado cuenta de casi todo.

—¿Ves aquella puerta? —le preguntó Ryan señalándosela—, ¿la que está junto al final del pasillo?

Mirna miró hacia atrás y la localizó.

—Sí, ¿por qué? —musitó sin comprender nada.

—Sal con disimulo y entra. Enseguida voy.

—¿Cómo dices? —inquirió en un susurro, alarmada.

—Dejad de cuchichear —los amonestó Helen.

—Si quieres también puedes venir con nosotros —replicó en tono provocador sin importarle que su pareja estuviera unos metros delante y haciendo de padrino.

—Yo me quedo aquí —respondió digna, aunque Ryan sabía que sólo se trataba de una fachada.

Como Mirna parecía anclada al asiento, le dio un suave codazo e hizo un gesto con la cabeza recordándole qué debía hacer.

Ella negó con la cabeza.

Ryan se humedeció los labios; ella tragó saliva.

Él entrelazó los dedos con los de ella y arrastró las manos unidas hasta ponerlas sobre su entrepierna para que ella comprobara que no bromeaba.

Helen a su lado abrió los ojos como platos.

Mirna hizo un barrido visual porque alguien se tenía que haber dado cuenta de aquello y terminarían siendo la comidilla de la boda.

Ryan presionó un poco más y se inclinó junto a su oreja para susurrarle:

—Mira cómo me tienes...

Sin posibilidad de salir de aquel trance airosa, decidió escoger el mal menor y, si ese loco que tenía al lado quería ser irresponsable, que al menos eso ocurriera en privado.

—¿Adónde va? —preguntó Helen al verla levantarse para abandonar su sitio, para lo cual tuvo que molestar a las personas que estaban sentadas en el mismo banco, llamando con ello la atención.

—No lo sé —respondió él encogiéndose de hombros; por supuesto esa contestación no la satisfizo, pero Helen se limitó a torcer levemente el gesto y no hacer más preguntas.

El sonido de los tacones de Mirna se oyó con claridad; sin embargo, los invitados no prestaron atención alguna pues, como en cualquier boda, los novios son de principio a fin el centro de atención.

También se oyó el chirrido de las bisagras, que, al estar dentro de una iglesia, se amplificó, y Mirna suspiró cuando pudo colarse dentro sin que nadie se diera cuenta. Dejó la puerta entornada para evitar llamar de nuevo la atención y miró a su alrededor.

Era una sala en donde debían de guardar trastos viejos; sólo había mesas y sillas deterioradas, cajas de cartón y revistas añejas atadas en fardos.

Se quedó allí de pie, con miedo de tocar cualquier cosa por si hacía ruido, a la espera de que ocurriera algo, aunque no estaba muy segura de querer que sucediera. Los sonidos propios de la ceremonia aún se oían, pero lo que ella quería oír era bien diferente. Si en ese momento concluía la boda, mejor, porque así los invitados se marcharían, pero no ocurrió nada de eso. Unos pasos acercándose hicieron que su corazón se acelerase.

—¿Esperas a alguien? —preguntó con su tono más sugerente cerrando la puerta tras de sí, ajeno al delator chirrido. Había utilizado una frase de lo más manida en eso de los encuentros y ella terminó sonriendo de medio lado; sólo le había faltado decir «nena» al más puro estilo millonario prepotente y ya tendría todo el ambiente creado.

—Sí —respondió viniéndose arriba, y obtuvo una sonrisa que no presagiaba nada bueno. O sí, no podía adivinarlo.

Inspiró profundamente porque, por mucho que lo intentara, no terminaba de acostumbrarse a estas cosas que a él se le daban tan bien: los encuentros improvisados y en los lugares menos adecuados... porque estar allí, en una sala mientras pocos metros allá se estaba celebrando una boda, no era muy habitual.

—Excelente respuesta —dijo chasqueando la lengua y, en vez de acercarse a ella, como podía intuirse, pasó la mano por una desvencijada mesa y comprobó su estabilidad y resistencia.

Después la señaló con la mano y movió un dedo indicándole que se acercara. Mirna, para darle un poco de suspense, se señaló a sí misma como si no se lo creyera y él, mostrándose inflexible, se cruzó de brazos al más puro estilo señor mandamás que no admite réplica.

Mirna no podía apartar los ojos de él, tan guapo, algo a lo que ya debería estar acostumbrada, pero que vestido de chaqué era para envolverlo en papel de regalo y llevárselo a casa para admirarlo durante horas; sin embargo, caminó, despacio, hasta quedar frente a él y, sin dejar de mirarlo a los ojos, posó las manos sobre las solapas de su chaqueta y esperó.

—Éste es el plan —comenzó a decir él y miró su reloj—: tenemos aproximadamente catorce minutos hasta que acabe todo, así que confío en que ya estés animada, porque yo sí. Hoy nos ahorraremos los preliminares, la próxima vez dedicaremos el doble de tiempo y listo.

—De acuerdo —convino y, sin perder un minuto más, ella se ocupó de su ropa interior, dejándola a buen recaudo dentro de su minibolso.

Acto seguido, se subió a esa endeble mesa y separó las piernas para que él se acomodara entre ellas. Por supuesto, Ryan había trabajado en paralelo y ya se había preocupado de desabrocharse los pantalones.

Él puso sus manos sobre los muslos femeninos; le hubiera gustado deleitarse con la suavidad del tacto de los mismos, pero el tiempo apremiaba, así que fue subiéndolos al tiempo que arrastraba hacia arriba la fina tela de su vestido y se lo dejaba arrugado. Después la agarró por detrás de las rodillas y tiró de ella para

posicionarla de tal forma que su culo quedara justo en el borde. Mirna reaccionó con un jadeo y colocando con rapidez las manos también en el canto de la mesa para mantener su estabilidad.

Podían ir contrarreloj, pero a Ryan no le importó perder un minuto en acariciarla con la punta de su erección y disfrutar de su humedad. Mirna miró hacia abajo y tragó saliva. ¿Existía algo más erótico? Probablemente, y con él lo descubriría no a mucho tardar; sin embargo, ahora era imperativo meterse en faena y dejarse de sutilezas.

—¿Preparada? —inquirió sólo para dar un toque divertido al asunto, pues bien sabía que lo estaba.

—No sé si alguna vez se está preparada para algo así —dijo en un suspiro porque no terminaba de asumir aquello.

—Excelente respuesta —replicó dándole un beso rápido en los labios cargado de un sinfín de promesas.

Ryan se posicionó y embistió sin ambages, logrando que los dos gimieran al unísono. Eso sí, un jadeo contenido, para no alertar a nadie de lo que se traían entre manos. Mirna se agarró de malas maneras para no acabar cayéndose y terminó rodeándolo con las piernas, a modo de tenaza, para así establecer el máximo contacto. Cada envite, cada roce, cada giro de cadera, la conducía más cerca del orgasmo. Sin embargo, sabía que Ryan no se conformaría con lo básico y se las apañó para meter una mano entre los dos cuerpos y presionar su clítoris.

No obstante, eso tampoco le pareció suficiente, en especial porque estaban a punto de caerse, ya que la mesa traqueteaba sin descanso. Ryan se retiró y ella, como era de esperar, protestó, pero enseguida comprendió sus intenciones.

El tiempo iba en su contra, pero no pudo resistirse a la tentación de acariciar su trasero, allí, expuesto para él, con las dos manos y hasta terminó dándole un suave cachete.

—Este culo tengo que follármelo —reflexionó en voz alta.

—Haz lo que quieras, pero hazlo ya —imploró porque se les estaba echando el tiempo encima.

No la había preparado como era menester, pero con su propia lubricación podría servir, así que con celeridad se ocupó de minimizar riesgos recurriendo a la abundante humedad que impregnaba su sexo.

Mirna se tensó al notar el primer empujón; su respuesta natural fue apartarse, pero él la mantuvo bien sujeta de la cadera con una mano mientras que con la otra se sujetaba la polla y presionaba un poco más.

—Ryan... —gimoteó con la boca seca, pues había cosas a las que no terminaba de acostumbrarse. Ciertamente le proporcionaban placer, pero el arranque siempre suponía algo de incomodidad.

—Joder... —gruñó a medida que invadía su recto, despacio, dejando que ella se acostumbrara a aquella penetración y disfrutando de cada segundo—. Ya casi está.

Sin embargo, su cautela se vio rota cuando ella empujó hacia atrás y se la metió

hasta el fondo... brusco, doloroso, excitante.

Mirna se agarró al borde intentando en el proceso que la mesa se moviera lo menos posible y soportar las sensaciones que se agolpaban en su cuerpo. Ryan pasó de unas acometidas más o menos contenidas a otras más intensas hasta alcanzar un ritmo imposible de soportar.

Que con cada empujón las patas de la mesa se desplazasen hacia delante provocando un delator chirrido, daba igual. Que los jadeos fueran incontrolables, carecía de importancia. Que corriesen un gran riesgo, incluso les excitaba más.

—Córrete, Mirna —ordenó justo al límite sintiendo una presión sobre su polla que era imposible de soportar, al igual que la tensión en todo su cuerpo en general y en sus testículos en particular.

—Ryan... —balbuceó dejándose arrastrar. Obedeció pero no porque él diera la orden, sino porque todo su cuerpo estaba preparado para ello.

Cayó desplomada sobre la mesa, ahora estática, y permaneció así, soportando el peso de él, sintiéndolo todavía en su interior y con la única preocupación de regularizar su respiración.

Cuando aún no lo había logrado, Ryan se incorporó, liberándola, y tiró de ella para ponerla en pie y, sin darle tiempo a reaccionar, la besó con lengua, mucha lengua, pero también con toda la intensidad que sólo ella conseguía despertar.

—Ahora viene la parte más difícil —bromeó él—. Déjame que te ayude a parecer decente después de haber follado.

Mirna, segura de que su sonrojo daría al traste con cualquier intento, se encogió de hombros, sacó sus bragas del bolso y se las puso apoyándose en él para no perder el equilibrio. Después lo miró y se echó a reír como una niña traviesa.

Cuando abrieron la puerta, él se asomó y sonrió; la ceremonia acababa de concluir y los novios caminaban por el pasillo central en dirección a la salida, lo cual era la situación propicia para, aprovechando la movilización general de los invitados, salir sin llamar la atención.

Ofreció el brazo al más puro estilo *gentleman* y ella lo aceptó encantada. Abandonaron aquella sala y no tuvieron mayor problema en unirse a la comitiva que seguía a los novios, pero, cuando estaban a punto de salir al exterior del templo, alguien llamó la atención de Ryan dándole unos golpecitos en el hombro. Giró la cabeza y se encontró con la cara interrogante de un actor ligeramente envidiosillo.

—La próxima vez que haya una boda, tú haces de padrino y yo me voy a follar con mi fiera, ¿estamos?

Ryan se echó a reír y negó con la cabeza. Sin soltar la mano de Mirna, se mezcló con el resto de los invitados y le dejó con la palabra en la boca. Había cosas de las que era mejor no hablar y menos con un tipo tan curioso.



No me gusta hablar de mi misma, me da un poco de corte, pero allá voy.

Nací en Burgos, donde sigo residiendo y donde trabajo en la empresa familiar; haciendo de casi todo pero donde tengo un pelín de libertad para mis cosas.

Algún día descubriré que es eso de conciliar la vida familiar y la vida laboral.

Me aficioné a la lectura en cuanto acabé el instituto y dejaron de obligarme a leer. Recuerdo que *El perfume* fue el último libro que me mandaron leer y que me aburrió sobremanera.

Empecé con la novela histórica y un día de esos tontos me dejaron un libro de romántica y de ahí, por casualidad, me enganché.

Y de qué manera.

Todavía conservo muchos de los primeros libros que compré, aunque ahora, con los años, muchos de ellos me resulten chocantes. Con el tiempo, inevitablemente, una se vuelve más selectiva.

Vivía en mi mundo particular hasta que internet y los foros de novela obraron el milagro de poder hablar de lo que me gusta con más gente, compartir opiniones y así, a lo tonto, pues aquí estamos.

Me encantaba escribir reseñas y así empecé a contactar con otras foreras, a conocernos y a hablar de todo.

Durante mucho tiempo escribía cosas sueltas, relatos, que siguen por ahí a la espera

de darles el último retoque. Hasta que alguien muy especial me animó a ponerme a escribir en serio y a presentarlo a las editoriales. Y he aquí el resultado.

He escrito varias novelas, ambientadas en diferentes épocas. La primera fue *Divorcio* (2011), que pertenece a la serie «Boston» y en la que se incluye también *A contracorriente* (ganadora del VII Premio Terciopelo de Novela). Entre las de ambientación contemporánea cabe mencionar *Treinta noches con Olivia* (2012), que forma parte de una serie divertida y desenfadada compuesta por seis títulos más. También me he aventurado con novelas de temática histórica como *No te pertenezco* (2015) y *No te he olvidado* (2016). Otras de corte más intimista, como *Sin reservas* (2015) y su desenlace, *Sin palabras* (2016). Asimismo he publicado títulos independientes como *Tal vez igual que ayer* (2016), varias novelas en formato digital, entre las que destaca *No se lo cuentes a nadie* (2017) y, por supuesto, no hay que olvidar la serie «más gamberra» de las que hasta la fecha he publicado: *Quiero lo mismo que tú* (2014), *Dímelo al oído* y *Edición limitada* (2017). Y no podía faltar una de investigación: *Inútil ilusión traicionera* (2018).

Notas

[1] *Only You*, Butterfly Music, interpretada por The Platters. (N. de la E.). <<

[2] *Like a Virgin*, Sire Records Company, interpretada por Madonna. (N. de la E.). <<

[3] *The Show Must Go On*, Hollywood Records, Inc., interpretada por Queen. (N. de la E.). <<

[4] Ver nota 2. <<